

..... *Agustín García Calvo*

¿Quién dice No?

EN TORNO A LA ANARQUÍA

..... *Isabel Escudero*

**El verdadero fundamentalismo
Las mujeres y el dinero**

FUNDACIÓN DE ESTUDIOS LIBERTARIOS ANSELMO LORENZO
.....

GARCÍA CALVO, Agustín

¿Quién dice No? : en torno a la anarquía / Agustín García Calvo. El verdadero fundamentalismo / Isabel Escudero. — 1ª ed. — Madrid : Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1999. — 151 p. ; 21 cm. — (Actualidad ; 5)

ISBN 84-86864-31-3

1. Anarquismo. 2. Poder. 3. Mujeres-Derechos. 4. Feminismo. I. Escudero, Isabel. II. Título. III. Serie



..... *Agustín García Calvo*

¿Quién dice No?

EN TORNO A LA ANARQUÍA

..... *Isabel Escudero*

El verdadero fundamentalismo Las mujeres y el dinero

FUNDACIÓN DE ESTUDIOS LIBERTARIOS ANSELMO LORENZO

.....
COLECCIÓN ACTUALIDAD/5

MADRID, 1999

© Agustín García Calvo. 1999
© Isabel Escudero Ríos. 1999

© Fundación de Estudios Libertarios **Anselmo Lorenzo**. 1999
Paseo de Alberto Palacios, 2
28021 Madrid

Tel 91 797 04 24
Fax 91 505 21 83

Email: mferna4@roble.pntic.mec.es
<http://www.ecn.org/a-reus/cntrous/fal/index.html>

1ª ed. abril de 1999

ISBN
84-86864-31-3

DEPÓSITO LEGAL
SE-992-99

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Enrique López Marín

IMPRESO EN ESPAÑA

.....

Índice

Agustín García Calvo

**¿QUIÉN DICE NO?:
EN TORNO A LA ANARQUÍA
[11]**

**EL DINERO
[47]**

**PLACER Y NEGACIÓN
[79]**

Isabel Escudero

**EL VERDADERO FUNDAMENTALISMO
[121]**

**LAS MUJERES Y EL DINERO
[133]**

.....[5].....

*La transcripción de las conferencias,
que fueron grabadas en cintas,
las ha realizado María de los Ángeles
Montero Junquera.*

*Desde la Fundación le agradecemos
la labor realizada.*

No se sorprenda el lector, o la lectora, con hábito de seguir siempre las normas y reglas impuestas, la mayoría de la veces desde arriba —en el caso que nos ocupa, de los Académicos—, decimos, y lo hacemos en nombre de la Fundación Anselmo Lorenzo como editorial, que no se sorprenda de ver transgredidas las dichas reglas gramaticales. Por deseo expreso y decisión del autor, mantenemos y respetamos su pronunciamiento público de no usar ortografías traidoras al habla que pudieran engañar a los locutores y locutoras. Por tanto se mantiene la fonética del habla corriente.

Y lamentamos muy profundamente no poder reproducir, en algunos casos, las preguntas e intervenciones del público durante las conferencias. La grabación en la cinta no era audible cuando alguien intervenía alejado de la grabadora, o en el cambio de cinta. En estos casos la falta de registro se reflejará con el signo de omisión: /.../

.....
Agustín García Calvo

¿Quién dice No?

EN TORNO A LA ANARQUÍA

Agustín: Gracias por vuestra presencia. Gracias, Pedro, especialmente por esa alusión que bien querría merecer a lo de monstruo, y que no puedo merecer más que cualquiera de vosotros. Todos, como veremos enseguida, tenemos algo de eso de monstruo, porque somos dos, y dos en guerra el uno con el otro. En contra de lo que os quieren hacer creer, de que cada uno tiene su persona bien constituida, esto es mentira. Siempre esta persona está en guerra contra una cosa que le queda por debajo, y es justamente a esa otra cosa que queda por debajo de las personas a lo que voy a estar llamando entre vosotros ahora; de forma que no es al final el coloquio, va a ser por el medio; de manera que estad preparados para empezar enseguida a conversar conmigo y entre vosotros de algo que a todo el mundo le toca, que todo el mundo sufre, sobre lo que todo el mundo piensa, que es a lo que alude ese título de “¿Quién dice ‘no’?”

Todo el mundo sufre, todo el mundo ha pensado acerca de ello, tenéis cosas que decir, y es tan sencillo; no tenéis que estar preocupados. Lo único que os pido es que al menos alguno de vosotros, pronto, en cuanto me oigáis un rato, os dejéis hablar, que es lo que por mi parte intento hacer. Dejarse hablar

es lo contrario de tener que esponer ideas, espresarse uno mismo, dar su opinión: éstas son las formas de la falsificación. Dejarse hablar quiere decir, en la medida de lo posible, quitarse un poco de enmedio y dejar que hable eso que hay por debajo de uno, que es lo que no es personal, ni mío ni de nadie, que es lo que es común, aquello a lo que pueden aludir palabras como no cosciente, el lenguaje mismo, el pensamiento, que no es de nadie, que no es personal, que está latiendo por ahí debajo. Es a eso a lo que llamo entre vosotros, de manera que si acierto a incitaros un poco, ahora, dentro de un rato, en cuanto haga una pausa, no tenéis más que dejaros hablar; es tan sencillo, de decir por lo menos. Luego, claro, os resulta difícil porque, claro, eso de quitaros un poco de enmedio cuesta; hasta tal punto a uno le han convencido de que tiene su persona, de que tiene sus ideas, de que tiene su sitio en este mundo, de que tiene su nombre propio, de que tiene su Documento de Identidad, y todo eso pesa mucho. Dejar que eso se retire un poco, se resquebraje, para que hable el que de verdad sabe hablar, que no es ninguna persona, sino el propio lenguaje corriente y moliente, el pensamiento, ese pensamiento con el que habláis costantemente con esa facilidad por vuestras bocas sin que, sin embargo, tengáis una noción, una idea de los mecanismos del artificio del lenguaje común. Confiar en el lenguaje, no en el de uno, sino en el lenguaje común, es lo mismo que confiar en el pueblo, en eso que nos quede de pueblo por debajo de las personas.

A eso os estoy llamando, y esto ya actualmente tiene que ver con el tema que en el título se ha propuesto, con el “*¿Quién dice ‘no’?*”. Espero muy rápidamente ponérselo a punto para lanzaros a la discusión y a la contradicción si es preciso. ‘No’ es el corazón de todo lenguaje, de toda lógica; es del ‘no’ de lo que toda la lógica, todo el pensamiento corriente nace. Recordad que no me estoy refiriendo nunca ni a filosofías ni a teorías científicas ni a ninguna otra de las cosas que se formulan en la

jerga de las escuelas o de los periódicos: me estoy refiriendo al pensamiento, al lenguaje corriente y moliente; para ése, 'no' es de alguna manera el corazón de donde todo nace. Oís contar que, cuando un niño cae en este mundo, empieza esa larga lucha de alrededor del año y medio entre el lenguaje común que él trae a este mundo —en cada niño que nace se produce esta encarnación del verbo—, entre eso y el lenguaje, el idioma de los padres y de sus alrededores, una lucha que termina triunfando la lengua de Babel, el lenguaje —el español, el que sea— que tiene esa sociedad en la que al niño le ha tocado nacer. Termina así, normalmente —salvo accidentes, casos de enloquecimiento, de locura—, pero termina no sin una larga lucha, y cuando el niño está en ella, no hagáis caso de que os digan que lo primero que aprende a decir es “ma” o “mamá”: lo primero que aprende es a decir 'no' y no sólo es lo primero que aprende, sino que lo traía ya sabido de antes de quedar cazado en esta sociedad; lo traía ya consigo, eso era el centro de la lógica del verbo encarnado con que él venía. Lo primero que dice es 'no'; recordad esto.

Ahora paso al otro término que figura en el título de una manera implícita, porque 'no' se dice a algo, a alguna cosa o de alguna cosa, y sobre esto tenemos que aclararnos un poco si queremos discutir con una cierta precisión. ¿A qué es a lo que se dice 'no'? o ¿de qué es de lo que se dice 'no'? Utilizo este juego que permite esta lengua de Babel con la preposición 'a' y la preposición 'de', porque en este caso tienen que jugar. ¿A qué se dice 'no'?, ¿de qué se dice 'no'? Son dos cosas que tienen que ver entre sí, aunque no parece que sean lo mismo. Todos habéis sospechado, cuando habéis venido aquí (seáis más o menos libertarios, más o menos, por lo menos, ineducados, más o menos indefinidos, que es lo que hace falta para que podáis soltaros a hablar dentro de un momento; no va a hacer falta que tengáis un título especial), pero todos habéis sospechado que aquí veníais a tratar de decir 'no' al Poder, a lo que está arriba, aquello que se contra-

pone a lo que acabo de aludir como pueblo, como gente, aquello bajo lo que la gente está oprimida –como solía decirse–, pero antes que oprimida, más que oprimida, convertida en número de almas de una población cualquiera. El pueblo no era eso, y perece en primer lugar por esa conversión, por esa obligación de ser miembro de tal familia, de ser español, de ser murciano o de Lorca incluso, de pertenecer a esta secta o aquella otra, de estar matriculado en tal o cual institución académica: es decir, entrar a formar parte de conjuntos de números de almas. Ésa es la muerte de lo que había de pueblo en nosotros, ésa es la labor funesta del Poder, labor mortífera del Poder. El Poder, desde el comienzo de la Historia, está dedicado a no dejar vivir, a que no haya pueblo, a que no haya más que conjuntos de personas que se tragan todos los sustitutos de la vida que se les quieran ofrecer desde arriba. Ésta es la función del Poder a la que muchas veces aludo diciendo ‘administración de muerte’.

Sospecháis, por tanto, sin duda, ya al venir aquí, que, cuando se trata de decir ‘no’, se trata de decir ‘no’ a eso; por tanto, decir ‘no’ a eso desde ahí abajo donde he dicho que está el corazón del lenguaje y de toda razón común: en el ‘no’, en el ‘no’ mismo. Decir ‘no’ al Poder, al Estado, al Capital, al Dinero, a la Familia, en especial al Régimen que hoy padecemos, en el cual culminan todos los regímenes de la Historia y donde esa labor funesta que he descrito se da de la manera más perfecta: en la democracia desarrollada que se funda en la fe en el individuo personal; y, por tanto, decir ‘no’ –y esto es lo más difícil y más importante, –decir ‘no’ a la persona de cada uno, en contra de lo que manda la democracia. Decir ‘no’, negarse a creer también en la persona de cada uno, porque cada uno es el Poder, igual que la Banca, igual que el Estado.

Bueno, si ya pensabais antes de venir aquí que se trataba de decir ‘no’ a todo eso –aunque seguramente no se os ocurría incluir en ella la institución del individuo personal, pero sí lo que

suele llamarse el Poder entre la gente más o menos revoltosa—tenéis que tener en cuenta que, aparte de decir ‘no’ a eso, también se trata de decir ‘no’ de algo, y, naturalmente, ‘no’ se dice de la mentira. Es la mentira la que recibe la negación, es la mentira la que en virtud de la negación se descubre como mentirosa, como falsedad, como falsificación. La mentira es la realidad; la mentira es la realidad porque la realidad, ésa que os imponen y ésa que se os vende, es necesariamente mentirosa, es necesariamente una falsificación. Fijáos cómo os engañan, que muchas veces se os confunden los términos ‘verdad’ y ‘realidad’ cuando son —trato de presentároslos rápidamente— todo lo contrario.

La realidad es necesariamente falsa; por eso precisamente tiene que estarse reconstruyendo todos los días: desde la televisión, por ejemplo, por boca de los mayores y conformes, en las instituciones pedagógicas, en la prensa. Tiene que estarse reconstruyendo, demostrando con ello que, si bien es la falsificación poderosa, nunca está del todo tan segura de sí misma, precisamente porque tiene que estarse cada día reproduciendo: “Eso es la realidad, muchacho”, como le puede decir un padre típico a sus retoños. “Eso es la realidad”, que quiere decir, cuando bien se mira, “Eso es el Dinero”, porque la forma más perfecta de la realidad es el Dinero, realidad de las realidades, al cual todas las cosas pueden reducirse y con el cual se supone que todas las cosas reales —digamos redundantemente—, se pueden comprar.

Entonces, el ‘no’ se dirige igualmente a la mentira, al descubrimiento de la falsedad de la realidad; pero las dos operaciones no son tan distintas ni separadas, porque el Poder no puede sostenerse si no es por medio de la mentira. Ésa es su primer arma: no la policía, no los ejércitos de antaño, no los palacios de justicia. La primera es la mentira, la falsedad en la que se os quiere hacer creer cada día. Todas las demás cosas, todas las pistolas, las ametralladoras, las bombas atómicas, nacen de ahí; sin eso, sin falsificación, no hay Poder que se sostenga. La pri-

mera necesidad del Poder es la mentira, de forma que naturalmente quien pretende decir 'no' al Poder, rebelarse contra el Poder, está al mismo tiempo obligado a decir 'no' a la mentira, a las ideas que os venden: lo uno es lo otro.

Ahora supongo que os hago entender un poco cómo no habéis venido aquí a hablar, sino a hacer. Estamos intentando que ésta no sea una sesión cultural donde se dicen cositas más o menos interesantes, se esponen ideas más o menos filosóficas o científicas; estamos aquí aprovechando este rato para ver si intentamos hacer algo. Y hacerlo es decirlo.

Que no os engañen tampoco nunca haciéndoos creer que se habla para llegar a conclusiones y después, como antaño decían los marxistas, pasar a la praxis, venir a la práctica. Ese método es el propio de las instituciones de la realidad: así se actúa en las reuniones de directivos de una empresa, en los consejos de un consorcio bancario; así se actúa en las reuniones de claustros de las facultades universitarias o de los institutos; así se actúa también, por desgracia, en los Sindicatos Obreros. En cualquier sitio se piensa que se habla para llegar a conclusiones y entonces pasar a la práctica, a ver qué hacemos.

Contra eso os estoy hablando. Hablar es hacer. Precisamente porque el Poder está necesariamente fundado en la mentira y ésta es su primera necesidad, si de verdad nos dejamos hablar y decir 'no', estamos ya destruyendo lo primero que hay que destruir, que es la mentira. Todo lo demás vendrá después por su paso, pero lo primero es esto. Si uno, en cambio, intenta hacer cosas, revueltas contra esta forma de Poder o la otra, sin haber entrado a este fondo de la falsificación de la realidad y haber empezado a descreer de la realidad, entonces todas las acciones son inútiles para el pueblo, vuelven a quedar convertidas en maneras de colaboración con el Poder, aunque sean desde la izquierda o desde donde sea, pero, en cualquier caso, ya perfectamente asimiladas.

El primer hacer es este hablar que consiste en decir ‘no’, decir ‘no’ *al* Poder, que, repito –y ahora dentro de unos pocos momentos vais a decir si este punto está claro– es lo mismo que decir ‘no’ *de la* realidad, descubrir la falsedad esencial de la realidad, negarse a creer en la realidad.

¿Quién dice ‘no’? Desde luego, ni yo personalmente –lo cual quiere decir Don Agustinito García, que ha venido aquí invitado por los amigos de Lorca que se reúnen en un local de una institución bien conocida en la localidad y que tiene tal edad y que tiene tal cargo y que, en fin, tiene tal número en su Documento de Identidad–; no ése, desde luego, ni tampoco ninguno de vosotros, a los cuales más o menos les pasa lo mismo, sea cual sea el sitio donde estáis ubicados y sea cual sea el número de vuestro Documento de Identidad: ése no: ése no puede decir ‘no’.

Algunos os pueden hacer creer –y esto es una vieja per-versión de los políticos de izquierda, incluso los anárquicos–, os pueden hacer creer que, en cambio, si nos juntamos unos cuantos y nos ponemos de acuerdo, entonces sí podremos decir ‘no’ al Poder. Mentira: cada individuo está constituido en obediencia al Poder, le debe al Poder no su vida, ciertamente, pero sí ese sustituto de la vida que es la existencia, el ser fulano de tal, el tener un puesto en tal sitio, el tener derecho a tales trabajos y a tales diversiones.

De manera que el pobre individuo personal, ¿cómo va él a hacer nada contra el Poder si está hecho por el Poder, está constituido, tan constituido como lo está el propio Estado español, por ejemplo, tan constituido como lo está un consorcio bancario? Ese no puede decir ‘no’ al Poder de ninguna manera; y cuando se juntan, aunque sea con todas las intenciones revolucionarias –las más rojas y las más negras–, cuando se juntan y se ponen de acuerdo, pues de la suma de individuos nunca puede salir más que lo mismo. Tampoco.

Os estoy hablando contra la solidaridad; la solidaridad con los oprimidos no vale para nada; la suma de individuos no puede dar más que un individuo más gordo, un conjunto de individuos tan sumiso como cada uno de sus miembros. Y bueno, si os hace falta comprobarlo por el sufrimiento práctico y real, pues por todas partes lo veis, en lo que se convierte cualquier consorcio, cualquier solidaridad de gente que se reúne, en principio, para luchar contra el Poder, para rebelarse contra él.

No: ése no puede decir 'no' al Poder, ni el individuo personal ni sus conjuntos. Al Poder, a la mentira, le puede decir 'no' otro, que soy yo: Yo, cuando no se trata de Don Agustinito García, sino todo lo contrario; yo, que no es nadie porque es cualquiera: ése es el que puede decir 'no' al Poder. Yo es lo mismo que el pueblo, porque, en contra de todas las pretensiones de los gobiernos, de los poderes, como ellos no pueden menos de dejar que la gente hable (el lenguaje corriente y moliente es la única cosa de verdad gratuita que se da a todos, a cualquiera, sin distinción de clases ni de sexos, más gratuita que las cosas llamadas naturales, que el aire o que el agua, la única cosa humana artificiosa, la máquina del lenguaje, que se da a todos, a cualquiera, sin ninguna distinción), como no puede menos de darles eso, tiene que darles 'yo' con ello; porque yo, este otro índice, éste está en el corazón del lenguaje junto al 'no' del que antes he hablado.

De manera que cualquiera, sin distinción de clases, de edades, de sexos, es 'yo'. Tiene derecho a decir 'yo', 'me', 'mí', 'conmigo', y es ése que no es nadie, que no existe, pero que hace algo mucho más importante que existir, que es estar aquí, estar presente en cada momento que se habla: es ése el que puede decir 'no': ese 'yo' es contra-personal, ese 'yo' es común, ese 'yo' es el pueblo.

Os engañan constantemente confundiéndoos vuestra personita privada, con vuestro nombre propio, con eso del 'yo'.

Pero ahora estáis sintiendo cómo se separan: una cosa es que pretendan que creáis que 'yo' es fulanito de tal, menganita de cual, y otra cosa es que sea verdad. Eso es mentira y forma parte de las mentiras constitutivas de la realidad de que antes os he hablado.

Estos días me viene muchas veces a las mientes la situación, más o menos imaginada, de un niño que está en el trance que antes os he recordado de quedar sometido a la sociedad de los adultos, de creerse, de tragar todo lo que le mandan. Un niño de dos años tal vez, tres, cuatro, que se asoma al espejo y al que le quieren hacer creer que lo que está allí viendo es él, su personita real. Así se le está educando, eso es lo que el Poder le dicta y manda, ésa es la falsedad. Ese niño, todavía medio vivo, se queda perplejo delante del cristal, y dice: "pero yo no soy ése", "pero yo no soy ése". Y ahí, en esa manera de decir, está surgiendo algo de verdad; en efecto, yo no soy ése.

Podéis, con toda la mala intención, creer de mí que no soy más que este viejo catedrático que se llama Agustín García y que tiene sus ideas y cualquiera de las estupideces que os hagan creer para tranquilizaros; pero yo no soy ése, yo no soy ése. Yo no soy ése, porque soy cualquiera de vosotros, porque yo es común, y es esto de 'yo' lo que puede decir de veras 'no' al Poder, que es decir 'no' a la mentira de la realidad, empezando por la propia realidad de uno mismo.

Para los que anden con pretensiones revolucionarias, les quiero decir que ninguna revolución sirve para nada si no es también revolución contra sí mismo al mismo tiempo; quien se crea que puede surgir de entre las personas algún movimiento liberador, se está equivocando. Es una equivocación vieja, hasta los propios viejos anarquistas se confundían con frecuencia y creían que eso de la libertad podía ser una cosa de individuos. Ahora supongo que vais más o menos entendiendo y sintiendo conmigo que de ninguna manera puede ser verdad. La libertad

no es cosa de los individuos: uno, una, como persona, está sometido, tiene que creer lo que le mandan y, encima de creer lo que le mandan, creerse que se lo cree él, que éste es el gran truco de todos los regímenes, pero especialmente de la democracia.

¿Por qué creéis que el Régimen ha progresado hasta el punto de venir a tomar esta forma del Estado del Bienestar y de la democracia desarrollada que hoy nos está oprimiendo y sometiendo?: porque es la forma más perfecta de la falsificación. Este régimen está fundado en la creencia en el individuo personal, en la creencia en que no hay pueblo, no hay nada de eso común, no hay yo común del que os he estado hablando, no hay más que individuos personales que forman conjuntos: conjuntos de clientes, conjuntos de votantes. Esto es lo que el Régimen en su forma más perfecta está fingiendo que cree y procurando de hecho por todos los medios que se dé así en la realidad. Creen en el individuo y quieren que cada uno de vosotros se lo crea también.

Como antes os he sugerido, se ve que esta labor funesta nunca está cumplida del todo, porque tienen que seguíroslo contando todos los días de diferentes maneras; de manera que eso os muestra que, aparte del individuo personal, queda siempre un resto de niño vivo que trata de decir “yo no soy ése”, y ahí es donde aparece el pueblo, al cual podría referirse un término puramente negativo como ‘libertad’.

Libertad no puede ser más que puramente negativo, como todo lo bueno, como todo lo bueno para la gente. Es el ‘no’ el corazón del lenguaje y el corazón del pueblo. Solamente lo negativo, la negación, puede ser buena para la gente; lo positivo es un engaño. Fijáos cómo habéis llegado a esta sala de engañados, que hasta seguramente os han acostumbrado a llamar a lo bueno positivo y, en cambio, a lo malo negativo. Este es un truco fácil que padecéis todos los días; me gustaría que lo estuvieseis sintiendo conmigo.

Por el contrario, para la gente, para lo que nos queda de pueblo, lo único bueno es lo negativo, la negación, el decir 'no'; y esta negación tiene que referirse no sólo a las instituciones –por supuesto, también; y entre ellas en primer lugar el Dinero–, sino también a la propia alma personal de cada uno. Esa es una condición previa para cualquier forma de acción política que no sea el mero sometimiento.

El régimen que padecéis, que padecemos –la democracia desarrollada– es la muerte del pueblo. No una muerte total, como digo por tercera vez; no total, porque, si no, no tendrían que estároslo contando todos los días y haciéndonoslo creer, pero es muerte del pueblo.

Esto se ve hasta... este progreso del Poder se ve hasta en detalles como el referente a la producción anónima, popular, de canciones, de romances, de baladas; mal que bien, por medio de toda la opresión, venían surgiendo por tradiciones populares voces vivas de estas que cantaban o que hacían eso de contar cantando, que son el género de los romances y las baladas. Bueno, eso duró hasta más o menos comienzos de este siglo; es decir, hasta el momento en que el señor Ford empezó a producir automóviles personales y dio con ello un paso simbólico para el establecimiento del régimen peor de todos, que es el que hoy padecemos: la Democracia desarrollada; el peor de todos para el pueblo.

El mejor de todos, por supuesto, para los individuos personales, porque ¡qué bien vivís en el Régimen del Bienestar!, ¡qué bien vivimos todos! Efectivamente, no padecemos los horrores de los pobres negros de África, ni padecemos los horrores de las pasadas dictaduras de que os hablan vuestros abuelos: vivimos de puta madre. Vivimos de puta madre en el Régimen del Bienestar.

Claro que eso, por desgracia, no es vivir: eso es el sustituto, eso es lo que se le da a las personas; eso es tener un futuro,

trabajar, pasarse horas delante de la televisión, pasarse fines de semana aguantando en la discoteca a ver si llega la madrugada y por fin pasa algo: sustitutos, sustitutos.

Por el contrario, es el régimen peor para aquello otro que quedaba vivo por debajo; eso otro que dice “esto no es vida”, y que sigue diciendo “esto no es vida”, y demuestra con ello que por debajo sigue latiendo el sentimiento, el razonamiento de que hay algo que no es esto, que no existe, desde luego, porque existir lo que existe es la realidad, pero que lo hay, lo hay por ahí abajo, está ahí: las posibilidades sin fin de una vida que no fueran sustitutos; de una razón viva que no fueran ideas, que vienen a ser dos caras de la misma cosa. Eso por ahí abajo sigue latiendo, y sigue latiendo en eso a lo que he aludido como pueblo, y a lo que al mismo tiempo he relacionado con el lenguaje común, el verdadero, no las jergas que imponen desde arriba los educadores, la televisión, los científicos: el lenguaje corriente y verdadero que al mismo tiempo he relacionado también conmigo cuando no soy nadie: yo, el pueblo.

Bueno, esto es apuntaros para introducción (porque os voy a pasar inmediatamente la palabra, y si es preciso el chisme, si las condiciones acústicas son muy malas, para que os podáis soltar hablando) ésta es la primera aproximación al problema de ¿quién dice ‘no’? y ¿qué es a lo que se dice ‘no’?

Sin duda, se os han venido ocurriendo muchas cosas; algunas podrán salir de ahí abajo, del lenguaje común, del corazón, y podrán ser sólo prolongación de lo que yo he dicho como lo podría decir cualquiera; otras serán defensa de las ideas con las que habéis venido a esta sala. Tendréis que oponeros porque vuestra personita lo pide, y decir: “pero, hombre ¿cómo dice usted esas locuras, esas tonterías, hombre? Pero si la realidad es la realidad, no hay más verdad”, y cualquier cosa por el estilo.

Bueno, vosotros dejáos hablar; si lo que sale es algo de

esto segundo, pues qué se le va a hacer: también eso sirve para la contradicción; y, como al principio os decía, tiene que ser así porque cada uno es dos, somos monstruos, y en uno mismo está en guerra lo uno y lo otro, y unas veces por la boca le va a salir eso que viene de abajo, que cualquiera siente, y otras veces le van a salir sus ideas personales, que son las ideas de arriba, claro, las que le han impuesto; pero ¿qué se le va a hacer? Que salga lo que salga; y, Pedro, si me quieres ayudar a ver con las manos que se levantan. Siento mucho tener que recurrir a esto de las manos, pero, bueno, como aquí hay bastante gente, yo no distingo bien.

Público: Bueno, a mí no me gusta este modelo de vida ni para mí ni para mis hijos, entonces a mis hijos se lo digo /.../ pero bueno, queda la esperanza.

Agustín: La esperanza no hace falta para nada, estorba. Esperanza no se puede tener; pero quedarse deprimida, ¿por qué? No, no se queda una deprimida; por el contrario, yo creo que reconocer la vanidad de esas ilusiones que usted misma confiesa que tenía, reconocer la vanidad de esas ilusiones, es como un respiro de liberación, eso da alegría.

Fijáos bien que en esta misma reunión donde se está intentando decir 'no', es decir, hacer 'no', no hay ni el menor peligro de que os aburra nada ni de que os entre ninguna tristeza. Comparad con los sitios en que os dan ilusiones, en donde os las alimentan, lo mismo en televisión que en cualquier reunión en que se trata de ser positivos y hasta optimistas: el aburrimiento cunde inmediatamente; y el aburrimiento es un testimonio de lo que está contra el pueblo. Lo que nos quede de pueblo, cuando oye decir 'no' y lo siente razonar en su propio corazón, de ninguna manera se siente triste ni se deprime. Eso, al contrario, se convierte en un aliento de alegría, y ese aburrimiento propio de los centros positivos –iglesias, escuelas, partidos, sindicatos y cualquier otra especie de reunión positiva–, ese aburrimiento desaparece. Al

contrario, hay un respiro de alegría, no optimismo. Optimismo y pesimismo, para ellos, para los que creen en el futuro. El pueblo no cree en el futuro, sabe que el futuro es la muerte, no puede ser nunca ni optimista ni pesimista. El pueblo sigue la lección de don Antonio Machado: “no hay camino:/se hace camino al andar”, y para que pueda hacerse camino al andar, la primera función es que no lo haya, que no haya futuro. De manera que quédese alegre y sin futuro; desde luego, tiene usted que, como cualquiera, como yo mismo, que seguir ahondando mucho más hondo en la destrucción de las ilusiones. A usted le costará mucho trabajo reconocer que, aparte de las desgracias que me ha contado que pesan sobre sus hijos, también pesa sobre sus hijos la desgracia de ser sus hijos. Esto le va a costar un poco de trabajo creerlo; pero, sin embargo, así es; así es, y como veo que tiene usted esta facilidad para dejarse hablar, seguro que ya lo está reconociendo. Tener hijos y ser hijos de alguien, implica el vínculo de posesión, y eso nunca puede servir para nada bueno; eso no puede servir nada más que para el establecimiento de la muerte; por eso, la familia y su fundamento, la pareja establecida, son mortales, son mortíferas, son muertes del sentimiento, del amor, de cualquier cosa que pudiera haber. A mí, como a cualquiera, esos niños a medio hacer como el que... os hemos contado, nos encantan, nos dan alegría. Percibimos ahí la gracia de algo que podía ser la vida de verdad, pero, desde luego, por eso no nos hace ninguna falta que sean míos ni de nadie; al contrario, si son míos, se me estropean enseguida. En cuanto empiezan a hacerse míos, pues ya no se trata de aquel niño encantador que decía ‘no’, se trata de algo de lo que tengo responsabilidad. En el Estado del Bienestar la responsabilidad maldita puede incluso volverse del revés. Tantas hijas de madres solteras que son responsables de sus madres en nuestros días. Puede estar en un sentido y en el otro, pero, en todo caso, la maldición es la misma. Con la posesión no puede haber nada de sentimiento ni

de razón común, no puede haber más que ideas que sustituyen al pensamiento; por ejemplo, en lugar de enamoramiento, amor, pues una idea de amor es lo corriente, una idea de amor que pasa por sustituto y que se cree que depende de la conciencia y de la voluntad. “Yo sé que quiero a fulano”: ¿quién eres tú para querer eso?, ¿quién eres tú para querer nada?, ¿quién te mandó a ti creer nada, si los sentimientos son una cosa que en todo caso tendrían que arrebatarlo a uno o a una y, por tanto, arrebatar con ello la conciencia y la voluntad?; si lo sabes, si te lo sabes, niña o niño, pues ya lo estás matando; en ese momento, ya ni enamoramiento, ni amor: sustituto, idea, y no digamos si se trata de padres y madres y cosas así. Por debajo todavía de la familia, de la pareja, está el individuo personal. A lo que os estoy incitando es a que reconozcáis que toda rebelión contra el Poder tiene que pasar también por la negación de uno mismo, la negación a la propia persona de uno. La libertad no es mía, es de quien no soy yo, de la gente, del pueblo. Gracias de todas maneras, porque no es corriente que alguien sea capaz de dejarse hablar de esa manera. Y seguimos recogiendo más palabras.

Público: Me llamo Antonio Ramírez y hace once años tenía el honor de escucharlo a usted todos los viernes en la Caravana de Hormigas. Yo le escuché durante tres años y hablaba usted del Capital. Cuando usted dijo lo del tren ese que baja de Madrid tan corriendo, cuanto va a correr es porque van a ganar más dinero, pero /.../

Agustín: Bueno, pues me alegro mucho. La verdad es que no fueron ni siquiera tres años, pero durante dos años esta institución bastante tremebunda que es Radio Nacional de España, se dejó engañar un poco y nos permitió a mí con algún amigo que estuviéramos, efectivamente, todas las semanas una hora no sólo soltando cosas, sino recibiendo llamadas de oyentes de todos los colores; y esto se permitió hace ya unos ocho o diez años, se permitió durante dos años. Esto os lo digo para que veáis que tam-

poco ni Radio Nacional de España ni las instituciones están tan perfectamente hechas; tiene estas rendijas por las que de vez en cuando se puede colar algo de razón y de sentimiento. Ahora por todas partes me encuentro gente como usted, que era de los antiguos oyentes, y esto, claro, me da una alegría pues doble; primero, por el encuentro y, después, porque es una especie de testimonio de que a pesar del poder de la realidad, siempre, sin embargo, cabe aprovechar esos resquicios y hasta por la radio se puede acertar a encontrar no un acuerdo en las ideas, no una solidaridad, sino algo de común, algo de común que despierta en los corazones de cualquiera. Gracias por estar aquí y por ser un antiguo oyente de esa radio.

Público: Por un lado, parece que sí, que esto de la mentira todo el mundo la sentimos que la hay, pero habría que distinguir entre mentira y engaño. No hay nadie que administre la mentira: la mentira se administra a sí misma; es decir, no hay arriba nadie engañador, alguien que nos engaña. Esto lo podemos ver en los dictadores; los dictadores han sido siempre los más amigos del pueblo, según ellos; se les llenaba la boca con términos como el pueblo, en la estructura franquista, o en Mussolini, il popolo, o en Hitler, das Volk. Siempre se ha apelado mucho a los movimientos populares en las dictaduras, ¿no?, y al pueblo. Por lo tanto, habría que decir que los primeros que creen tienen que ser ellos, por el propio bien del pueblo. Luego, en cuanto a lo de la negación...

Agustín: Los que más tienen que creer, efectivamente, son los de más arriba. Que no os engañen nunca haciéndoos creer que el tirano, allá arriba, es maquiavélico y que por debajo sabe la verdad, pero luego opera como si no lo supiera, y organiza la realidad y esclaviza a las poblaciones: esto no es así. El tirano, el que ocupa algún puesto en las alturas, es el que más fe tiene que tener, mucha más fe que cualquiera de nosotros, los que andamos por aquí abajo. Así que ya sabéis, ¿eh?: para trepar en la

pirámide del Poder lo que tenéis que tener es fe. Esto ya os lo dicen ellos; a cualquiera que se mete en una escuela empresarial, en una escuela de marketing, lo primero que le dicen es que tenga fe en la empresa y... fe en sí mismo, seguridad en sí mismo. ¿No estáis reconociendo ya la cara del ejecutivo, el hombre seguro de sí mismo? El hombre que cree, pues ése es el que trepa, porque para trepar hace falta ser idiota, y cuanto más se quiera trepar más idiota hace falta ser, hasta llegar al sumo pontífice o al presidente de los Estados Unidos de América, que tiene que haber reunido condiciones de idiotez en grado sumo para llegar adonde ha llegado. Por tanto, ésta es la condición de la fe, y planteároslo en serio respecto a cada uno de vosotros, porque es así: si queréis estableceros, trepar, no os queda más remedio: tener fe, creer, tragaros lo que os mandan. No hay otro procedimiento. Si os mantenéis mucho en esta guerra a la que os invito con muchas dudas y todo eso, no os voy a decir que vayáis a perecer, porque yo mismo estoy todavía aquí y soy bastante viejo; no vais a perecer, pero, desde luego, trepar por la pirámide mucho no. Para trepar hace falta la fe; si en lugar de ocupar un puesto en la sociedad, de colocaros bien y de ser un alto ejecutivo, os interesa ver si de vez en cuando se puede vivir un poco y pensar un poco, eso es otra cuestión. Para eso no tengáis ninguna fe. Lo que antes estábamos diciendo: la fe es la maldición. Pero, en fin, si os interesa haceros un hombre de Dios, una mujer de Dios, que en el Estado del desarrollo vienen a ser la misma cosa, pues fe y más fe, por supuesto.

Hasta entre los muertos, como, por ejemplo, en las palabras del Evangelio cristiano, de vez en cuando se escapa algo que no es enteramente sumiso, que es un aliento de verdad. Vamos, no en la mayoría de los casos. Vosotros sabéis muy bien, los que estudiáis sobre todo y también los demás, que la mayoría de los muertos que están en los libros son tan idiotas como la mayoría de los vivos. Por eso os los hacen tragar, claro; por eso

procuran que os hartéis de poetas, de filósofos que no tienen nada que deciros de nuevo y de importante, que no tienen más que el nombre. Fijaos bien en qué consiste la educación que recibís, no tanto la de los institutos y las escuelas como la de la Televisión, que es el órgano de educación por excelencia. Consiste en haceros creer en las figuritas de los poetas, de los músicos, de los pintores, de los filósofos, de los científicos, para que nunca se os ocurra de verdad dejaros pensar, dejaros sentir, porque las personas de esos personajes están para perfeccionar esta muerte que se os administra. Pero bueno, igual que entre los vivos, entre vosotros, entre los que estamos medio por azar en esta sala, no todos somos tan perfectamente idiotas, sino que a lo mejor se nos puede escapar algo de entendimiento, de razón, también entre los muertos. La mayoría desde luego es idiota; eso lo sabe la Democracia, porque, si no, no tendríamos el régimen que tenemos. De la mayoría están seguros, y por desgracia tienen razón. El Régimen tiene razón, en el sentido de conveniencia para su práctica: la mayoría es idiota; por eso ¿cuál es la principal plaga, aparte del automóvil, la televisión y la red informática universal, con que el régimen nos oprime?: es la libertad de expresión. Cualquiera puede decir lo que quiera en cualquier medio que le caiga a mano: libertad de expresión, en la cual no sólo se incluyen los idiotas más o menos establecidos que suelen escribir en los periódicos o incluso hablar en Televisión, sino también los fanzines de los muchachos rebeldes y cosas así. Libertad de expresión a troche moche. Se sabe bien que eso no le va a hacer daño ninguno al Poder; se confía en que la mayoría es idiota y, por tanto, si se la deja expresarse, no va a decir más que idioteces, es decir, conformidades con el Poder, con lo cual el Régimen cumple un doble servicio: primero, efectivamente, sostiene esta falacia de la libertad de expresión, y, con ello, la fe en el individuo personal; pero, además, a fuerza de libertad de expresión, se consigue que los Medios estén llenos de estas idio-

teces de los que se espresan, y que, si por casualidad, por ventura, hay alguien que hable de corazón, de razón, pues eso quede aplastado en la balumba de la espresión personal de tantos y tantos. Espantable, espantable. No hay que ponerse triste, sino reconocer: es así el régimen que padecemos. Entre los muertos que yacen en nuestras bibliotecas y en vuestros programas de estudio y por ahí, y que aparecen en las películas históricas de la televisión, lo mismo: la mayoría son, efectivamente, idiotas. Por eso se confía; pero tampoco todos: hay algún muerto vivo que otro. Y esto venía a cuento de palabras nada menos que de los Evangelios cristianos. Hasta ahí, lo mismo que en los recuerdos que tenía Platón de joven de la voz de Sócrates, nunca escrita, lo mismo que en los restos o en los harapos que nos quedan del libro de Heráclito, puede oírse algo de verdad. En el Sermón de la Montaña se dice: “no os preocupéis del día de mañana: el día de mañana cuidará de sí mismo. A cada día con su mal le basta”. Una cosa que os suena a limpio y a verdadero, pero ¡imagináos que la Sociedad hubiera hecho caso de las palabras del Evangelio!: no sólo el Estado Vaticano, como dices, sino todos los Estados no tendrían fundamento, porque todos ellos están fundados en hacernos creer en el futuro, en el día de mañana. Que no padezcáis por el hambre de cada día (eso ni en el Estado del Desarrollo se lleva. Nadie pasa hambre, salvo algunos que se rebelan y no saben cómo, y se pierden en las bocas del metropolitano y a lo mejor se mueren alguna vez de frío. Pero vosotros, no; vosotros nunca os vais a morir de hambre ni de frío, ni siquiera vais a saber qué es eso en toda vuestra vida), pero el pan de mañana, ah, amigo, ése sí que es la muerte, el pan de mañana; el de mañana, el pan abstracto, el ideal, contra el que habla la Voz de Jesucristo en el Sermón de la Montaña precisamente. Él dice: “El pan de cada día”. El pan de cada día; y ese pan de cada día se opone a esa preocupación por el mañana. Pues esas voces, como las que recordabas tú misma ahora: “que se niegue a sí

mismo”, “el que quiera seguirme que se niegue a sí mismo”, con otras partes del Evangelio es donde se muestra lo que antes os decía de nuestra constitutiva mostrosidad: que uno es dos. Porque, claro, estamos en la cuestión de nuestra charla de hoy: si uno se niega a sí mismo, está claro que uno es el que niega y otro es al que se niega. ¿Os dais cuenta de cómo estáis constituidos de dos en guerra? Y es justamente lo que hemos estado hablando hoy. Os lo recuerdo: hasta en vuestras bibliotecas, por error, por imperfección del Poder, hasta en vuestras clases, hasta en vuestros libros de vez en cuando, también de entre los muertos, puede salir alguna voz que no sea idiótica y conforme. Es raro, pero sucede de vez en cuando gracias a que la realidad no está perfectamente constituida.

Público: Pues empezaré por reconocer que /.../

Agustín: Yo sé que, yo sé que a los que no quiero llamar jóvenes, sino que estáis por fortuna menos formados, les cuesta más trabajo por –no sé– alguna pequeña timidez, lanzarse a esto, pero, por favor, romped con eso...

Público: /.../

Público: Yo quería, en fin, estar de acuerdo contigo –perdona la confianza– en que he estado, pues toda mi vida, metido en esa maraña de no, que nos has espuesto tan estupendamente, y tengo conciencia de ello, y aun esta noche me lo has puesto más delante de los ojos, ¿eh?, me lo has puesto más delante de los ojos, hasta el punto que yo he entrado, he decidido voluntariamente hacer una nueva etapa a mi edad y en mi vida, y a los amigos que me lo han preguntado, les he dicho, eh, me han dicho: “¿qué vas a hacer?”, y yo les digo: “vivir”. Es la asignatura que tengo pendiente. La conferencia de esta noche era muy atractiva para mí, porque precisamente sé, tengo conciencia de que tenía que decir no a muchas cosas. Lamentablemente, no solamente no sé decirlo, sino que no digo lo que debo, no digo que no las veces que debo decirlo, y quizá como deba decirlo; y

es más: después de oírte, lo que tengo es un cacao impresionante, tengo que reconocerlo: tengo un cacao impresionante después de lo que acabas de decir, que no creo que me vaya a ayudar, a pesar de que era mi propósito y mi deseo –y lo sigue siendo, ¿eh?– Quiero, quiero vivir y quiero salir de esa maraña, de esa trama de noes y de historias de... que tú tan perfectamente has explicado. Entonces, ése era mi planteamiento: que quiero vivir. Y para eso hay que decir no y, hasta ahora, todavía no sé cómo, no se cómo afrontarlo...

Agustín: Desde luego, no querría que de aquí saliera ninguna especie de cacao, ¿eh? La mayor parte, cuando os marchéis, vais a procurar tranquilizaros y deciros: “ideas de ese señor, y tal”; pero cacaos y caos, no. La cosa está bien clara: de la confusión vive el Poder, pero la gente de abajo, que habla el lenguaje corriente y moliente, nunca puede dar lugar a cacaos y confusiones. La cosa es muy sencilla de decir y muy clara. Lo que pasa es que después, que sea difícil que esto se produzca, es otra cuestión. Pero, claro está, y no tienes más remedio, antes de preguntarte cómo lo vas a hacer, preguntarte quién lo hace y contra quién lo hace. Si te haces la ilusión de que eres tú el que se va a liberar, estás perdido; estamos al cabo de la calle. Tú no te liberas; tú no dices ‘no’, personalmente. Nadie dice no personalmente, nadie va a encontrar una liberación en su vida. El individuo personal no entra en la tierra prometida, como le decían a Moisés: “no entro en la tierra prometida”. Si uno dice ‘no’, no es para resolver su vida ni alcanzar alguna otra meta; es simplemente porque, aparte de uno mismo, siente que hay algo más en él, por debajo de él, y que eso merece más la pena. De manera que es, sin duda, muy difícil liberarse de uno mismo, pero parece que no está excluido del todo; y, desde luego, es claro; desde luego es claro, es decir, lo de que uno es dos. Hay unos versos en que don Antonio Machado –entre los cuales, de vez en cuando, pues se oyen cosas de ésas vivas, que se salen de la idiotez mayo-

ritaria— planteaba bien esta necesaria dualidad de uno mismo. Son tres versos sueltos que terminaban diciendo:

*O que yo pueda asesinar un día
en mi alma, al despertar, esa persona
que me hizo el mundo mientras yo dormía.*

El mundo, la realidad de la que estamos hablando. Esto y otras muchas formulaciones nos dan lugar a eso, ¿no? Renunciar a la libertad individual es primario. Si uno sigue creyendo que el que se libera es él y que la persona se opone a la sociedad, no estamos haciendo nada, porque la persona no se opone a la sociedad. Haga lo que haga está constituida por ella. De forma que, quien dice 'no', nunca es la persona individual. Se dice 'no'. 'Se', este es otro precioso implemento del lenguaje corriente: el impersonal 'se', 'se'. Se dice 'no' a pesar de uno mismo, a pesar de uno mismo y gracias a que uno no está bien hecho del todo.

Público: /.../

Agustín: A mí, en primer lugar, me dejas conmovido, y supongo que lo mismo les ha pasado a muchos de tus compañeros y otra gente, porque no es corriente que alguien se deje, se deje hablar, tal como yo pedía, de esa manera tan decidida y tan suelta. Esto es algo que conmueve y que da alegría, como antes decía respecto a la posible depresión o tristeza. Sí: aunque al salir de aquí o mañana o cuando te hagas mayor, vuelvas otra vez a creer y a tener fe, ya el solo hecho de dejarse hablar un rato este momento, ya para mí es mucho, independientemente de todo lo que te pase después. Tu futuro no es lo que me importa, y pienso que a ti no te importa. Lo que importa es este momento en que te has dejado hablar un rato. 'Yo', ese 'yo' común que se opone a mi persona, conocerse no se puede. No se puede conocer, porque se conoce la realidad. Se puede decir al revés: realidad es aquello que se conoce, aquello de lo que se habla; pero lo que no es real,

lo que está por debajo de la realidad, como yo, como pueblo, eso no se puede conocer con las armas y los procedimientos de la realidad: sería enteramente contradictorio. De manera que lo único que con ello cabe es lo que tú has hecho: sentirlo –está ahí, aunque no exista– y dejarle hablar, que es hacer, y que él lo haga. Tú ni yo no tenemos que plantearnos, como los empresarios, el problema de qué vamos a hacer. Eso es para la empresa y para la Banca. Hay simplemente que sentir, sentir de veras, y dejar que eso que no es yo personal, que eso que es común y pueblo hable, diga ‘no’, que es actuar, que es hacer, y él, él encontrará su camino. Cuando esteis diciendo ‘no’ más o menos acertadamente en algún sitio y alguien os salga, como siempre, con la mandanga de “Bueno, y entonces ¿qué?: ¿qué alternativas nos ofrece?”, y cosas por el estilo, que es con lo que se encuentra uno, tened el valor de saber decir también ‘no’ a esa insinuación estúpida. Tened también el valor de saber decir: “No: yo no conozco ninguna alternativa; yo no conozco otro mundo de sustitución; yo no tengo un plan, yo no creo en el futuro. A mí me basta con intentar dejarme vivir y, por tanto, decir ‘no’ y razonar, y ya es mucho y ya es difícil. No me vengas con esa monserga de cuál es la alternativa o la sustitución o la buena sociedad, porque eso no me lo dices nada más que para entretenerme y para desvirtuar ese ‘no’ que yo estuviera pudiendo decir”. Es una valentía algo difícil también; pero, por supuesto, de todo corazón os la recomiendo. Sabed negaros a toda propuesta de alternativa. Ya hay mucha tela cortada con la realidad, que es lo que conocemos, la que tenemos aquí, y ya el irla desmontando y descubriendo su falsedad es algo que va a durar mi vida y todas las vidas de muchas generaciones, y ya hasta el sin fin. Por tanto, no cortar, no cortar esta acción –de verdad común, de verdad de abajo– con la pretensión de la alternativa o del conocimiento. Hay, bueno, por lo que toca a ti y a mí y a cualquiera, hay que renunciar a ese otro personal que no soy yo. Fijáos cómo se

decía en esos versos sueltos de Machado:

*O que yo pueda asesinar un día
en mi alma, al despertar, esa persona
que me hizo el mundo mientras yo dormía.*

Fijáos que dice “yo” y habla en contra del yo de esa persona, a la que yo se desea que pueda asesinar. Acertó ahí a formularlo de una manera sumamente clara. Por un lado está yo, al que no se le llama persona, al que no se le conoce, pero que dice yo, y que dice que yo pueda asesinar un día en mi alma, al despertar, esa persona que me hizo el mundo (porque también acertó a decir que la persona y la realidad son la misma cosa, de un mismo orden) mientras yo dormía, que es la situación habitual en que se está. Este adormecimiento en que se nos suele tener, como pueblo o como yo, a favor de la imposición de las creencias personales.

Público: Bueno, que ya en parte la pregunta se me ha contestado, ¿no?, que era muy parecida a la de mi compañero Carlos, y era que si, después /.../ Yo estoy de acuerdo con lo que se ha dicho, ¿no?, pero...

Agustín: /.../ sacas el asunto económico, y además está bien sacado. Efectivamente, uno es contradictorio: uno es dos, en guerra el uno con el otro, y eso no hay quien lo cure. Entonces, si uno no quiere o uno siente repugnancia a adoptar la postura del que se retira, del anacoreta, del místico, porque reconoce ahí también otra mentira –que es una mentira fundada en la propia persona individual–, si uno no quiere eso, sino que quiere seguir metiendo la nariz en este mundo –como ‘yo’ has recordado muy bien–, no le queda más remedio que plantear la cuestión de una manera económica, como un ten con ten. Desde luego, uno se aprovecha de la evidencia de que la realidad, por poderosa que sea, no está nunca costitudida del todo, perfectamente, ni mi per-

sona real tampoco, que tiene resquebrajaduras. Ni el Gobierno, ni la Banca, ni el Dinero están perfectamente costituidos. Esto es lo que le da a uno aliento para luchar en algún sentido. Si estuvieran bien hechos, no habría nada que hacer. Pero el hecho de que ellos tengan que fabricarlos todos los días y llenaros la cabeza de las mismas estupideces una y otra vez para que os lo creáis, demuestra, como antes decíamos, que no están bien hechos del todo. Bueno, pero entonces se trata... tu cuestión es cómo aprovechar esas resquebrajaduras –las de la sociedad, las del dinero, las de mi propia persona. Pues ahí no hay ninguna receta, no hay más que un ten con ten, un cálculo de orden económico. Por ejemplo, Radio Nacional 3. Meterme en Radio Nacional 3 y que incluso me dieran por cada emisión... no me acuerdo cuánto, pero a lo mejor me daban quince mil pts, eso, desde luego, es una cesión. Te metes nada menos que en el Ente Radiofónico Nacional –bastante horrible, ¿no?, y gracias a eso te admiten que puedas hablar los viernes. Bueno, yo hice el cálculo y dije: “Bueno, se ve que las radios, ni siquiera Radio Nacional, no están tan bien hechas del todo como para que puedan admitir esto. Yo ¿cuánto pago aquí, cuánto pago en sometimiento, en engordamiento de mi persona? Pues pago tanto, bastante: no demasiado. No es como cuando me proponen salir en la Tele. Ahí el precio es enorme en cuanto a engordamiento de la persona y en cuanto a sumisión. El que sale en la Televisión es el que existe de verdad. ¿Os habéis dado cuenta, antes de venir yo aquí, lo poquito relativamente que yo existo como persona individual? Comparadme con los personajes que aparecen en la Televisión: éstos sí que existen de verdad. De forma que en vista de que el precio, en el caso de la Televisión, es enorme, jamás se me ha ocurrido acceder a eso, jamás se me ha ocurrido acceder a salir. Pero Radio Nacional no era lo mismo, se ve; se ve que el precio no era tan grande y, en cambio, que las probabilidades de que sucediera algo de lo que, por fortuna, después sucedió con

creces, que es que hubiera mucha gente que se pegara a esa Radio y que se lanzara a hablar y que ahora, diez años después, lo recuerde como algo que le ha dado vida, eran relativamente grandes, y en ese caso calculé y acerté. Calculé y acerté, y resistí dos años. De la Cátedra no puedo presumir tanto; no puedo presumir tanto porque llegué a ella de muy muchacho, y la verdad es que no tenía tiempo de acertar el cálculo ni las vi las cosas tan claras. Pero después seguí estando en ella, nunca me escapé de la Cátedra tampoco, (bueno, me echaron en el sesenta y cinco, pero eso era cosa de ellos; pero eso fue un favor que me hicieron ellos por su cuenta), y seguí metiéndome en la Cátedra: porque, efectivamente, es una ignominia cobrar un sueldo como catedrático y estar bajo este título y tener este engordamiento de persona, es un precio bastante alto el que se paga, pero las facilidades de comunicación con gente menos hecha –en las aulas y en los pasillos– son muy grandes también, y la verdad es que yo todo a lo largo de estos años me lo he seguido pasando muy bien encontrando cosas, hablando con los chicos y las chicas que me caían por cerca, ¿no? No sé si he acertado o no en este cálculo, pero es un cálculo. Os he puesto algunos ejemplos de la Televisión, el de esa Radio, el de la Cátedra, cosas por el estilo. Y no hay ninguna receta, no hay más que tener sensibilidad y dedicarse al tanteo. Desde luego, tenéis que atender a las dos partidas. No que te digan “¡Uf, qué enorme audiencia!”; “¡Uf, quinientos lectores del diario El País!”. “¿Cómo te vas a perder esa ocasión?”, no sólo esta partida, sino la otra. ¿Cuánto se paga?, ¿cuánto se paga en sometimiento y en engordamiento personal?; y entonces, pues una vez, con suerte, se acierta. No conozco ningún otro procedimiento más seguro. Dada nuestra duplicidad –la guerra que cada uno vive consigo mismo–, no cabe más en estas cuestiones que el tanteo económico. Tanteo a la económica, es la verdad.

Público: /.../

Agustín: Aquí no se trata de crear caos, sino todo lo contrario. Ahora un poco habrá que descrearlo en lo que tú has hecho. Yo común no existe, no es el que verdaderamente existe, sino que no existe. El que existe es el yo real, de manera que quede claro esto: La existencia es la existencia. Yo, que soy cualquiera porque no soy nadie, no existo. El pueblo no existe: ahí tiene su gracia y su fuerza. Si uno está convencido de que la realidad es todo lo que hay, estamos al cabo de la calle y, desde luego, no hay nada que hacer. Pero, fíjate: aunque con este hablar, que pretendo que sea un hacer, no se hiciera nada positivo, como dicen ellos, si por lo menos se matara las ilusiones de las rebeliones, si se evitara en algo que las rebeliones cayeran una y otra vez en las trampas de siempre, ya sería muchísimo. Siempre el matar las ilusiones está en el sentido del hablar de veras, de decir 'no', del hacer, sea lo que sea lo que se consiga. De manera que este yo, que no es nadie, que es cualquiera, no es la suma de individualidades: simplemente la negación de la individualidad. Es común, es pueblo, está en el lenguaje corriente y moliente, y para él, desde luego, no hay ningún peligro en todo lo que se dice. Al contrario, se le intenta dejar hablar; pero ahora, para tu persona y la mía y la de la banca y la del Estado, para ésa sí que hay peligro, y para eso sí que hay peligro, y para eso estamos aquí, para ver si aprovechamos esos peligros.

Público: /.../

Agustín: Está bien tu problema, está bien planteado; pero no sé por qué dices 'individuo' las dos veces. Individuo no es más que el real: yo no es individuo ninguno, porque yo es común, es cualquiera: a eso no se le puede llamar individuo. La guerra es entre el individuo —el único que hay, que es real— y aquello que está por debajo y que no es individuo, que es común, por supuesto; y ése, si, como tú mismo dices, es el momento de decir que no, ése no existe, no tiene futuro: ése está diciendo que 'no'. Lo que pasa es que, como yo es cualquiera, las bocas que lo pueden

decir en cada momento son sin fin, sin fin. No se trata de un individuo personal. Precisamente en eso tiene su fuerza y su gracia. No llames más individuo a eso otro que no existe, pero que tiene ahí su gracia, en el no existir: es yo. 'Individuo' es una palabra de la jerga filosófica; viene de arriba, de las escuelas medievales. En cambio, 'yo' es del lenguaje corriente. Fíate siempre del lenguaje corriente; desconfía de términos como 'individuo' o 'sujeto', que vienen de las jergas de arriba, como el verbo existir, que le pasa lo mismo. Hay, hay pueblo, por ejemplo; hay vida, por ejemplo; hay posibilidades, por ejemplo. Eso es del lenguaje corriente: 'hay'. Pero 'existe', para ellos. 'Existe' es invención para Dios, y ahí tiene su destino. Existe el individuo, de manera que, ¡que existan ellos, que existan ellos! Yo, no. Yo, a lo mejor, puedo descubrirme y hablar un momento, hacer algo, vivir, pensar, pero existir no.

Público: /.../

Agustín: Apenas se puede graduar. Desde luego, podemos decir que en el régimen actual el Capital y Estado se han fundido. Dinero, la suma realidad, es la principal mentira. Ésa por supuesto. Pero el individuo personal, en el que la democracia se basa, es también una mentira de primera importancia, hasta el punto de que se puede decir que tanto la mentira Dinero como la mentira Individuo personal, pueden venir a ser la misma en cierto modo. En cuanto a lo otro, no hables nunca de los pueblos, porque si dices los pueblos estás ya admitiendo fronteras y, por tanto, en lugar de pueblos, te están haciendo decir Estados más o menos disimulados. Pueblo no tiene fronteras, no tiene definición, no existe. Ahí tiene su gracia y su fuerza. En cambio, lo que los políticos llaman los pueblos y señalan en el mapa y les ponen sus fronteras, eso no es pueblo, eso ya son conjuntos de poblaciones de número de almas. Como en uno de los romances que sacaba el Ramo de Romances y Baladas, decía el bandolero catalán al que llevaban a la horca, en el momento de morir,

¿eh?: “El pueblo no tiene patria”. Esto conviene no olvidarlo. El término ‘patria’ ya no se lleva mucho, a favor de términos como Estado y demás, pero el engaño subsiste. El pueblo no tiene patria.

Público: Y si la patria no tiene pueblo, ¿qué es?

Agustín: Un conjunto de almas individuales; eso es lo que ellos quieren. Por eso te pueden poner un número en el Documento Nacional de Identidad, porque os tienen contados. Perdonad, que es que antes he dejado de responder... ¿Quién me hizo la cuestión de si yo creía que esto es oportunismo, que si cosas así se podrían decir entre gente desheredada y miserable y todo eso? Eso convenía haberlo cogido al paso, porque es importante; una dificultad que os puede salir. Desde luego, yo he estado hablando entre vosotros, y sé bien, más o menos, que podía decir tranquilamente lo que antes os he dicho: no os vais a morir nunca ni de frío ni de hambre. De manera que eso quiere decir que ya sabía la clase de gente con la que me las iba a ver. ¿Cómo voy yo a ir a meterme en una boca de metro metropolitana y decirles a los que andan allí vagabundeando y pidiendo limosna una cosa como ésta? En todo caso, si me sale decirles algo, les diré otras cosas que la situación me sugiera. ¿Cómo voy a ir a contarles esto a los negros de Namibia en el momento en que se encuentran? Sí, algo les diría, sin duda, si supiera hablar su lengua, pero sería otra cosa, otra cosa bastante distinta, la que la propia situación requiriera. Estoy hablando para vosotros, entre vosotros, gente que, como yo, personalmente está bien, se encuentra bien en la Sociedad del Bienestar; pero es muy importante que aquí, entre la gente que nos encontramos personalmente bien, aprendamos a decir ‘no’, porque este ‘no’ a nosotros, personalmente, no nos va a liberar, pero, desde luego, sí que va a estar luchando directamente contra la miseria de los pobres del metro y de los negros de Namibia; porque esa miseria está sostenida, está criada y sostenida por el propio Estado del Bienestar, tanto la una

como la otra; y, por tanto, quien ataca al Estado del Bienestar, partiendo de la situación normal, está haciendo más de lo que cree en la lucha contra la miseria, contra el hambre, contra el frío de los que padecen –según nos cuentan– esas cosas en los alrededores. Eso había que cogerlo al paso también.

Público: Yo creo que respecto a lo del individuo se podría poner un ejemplo, pues muy elocuente, que las calles están llenas de ellos, de esos individuos. El ejemplo más multitudinario del individuo es el automóvil propio y particular, que es el caso eximio del individuo. Hoy día, los individuos se han convertido en automóviles propios y particulares, que es en lo que se sostiene el régimen de desarrollo democrático, ¿no?, que aumenta la personalidad en cuarenta veces la que uno tiene, que uno, cuando está dentro de ese aparato –ya lo mismo da que sea de cualquier sexo que sea–, se conduce absolutamente como cualquier otro conductor. Es decir, se uniforma de alguna manera, y eso me parece que es un ejemplo de individuo democrático, ¿no?, el automóvil...

Agustín: Sí, sí; no en vano el automóvil personal es una de las instituciones clave del régimen que hoy padecemos. Efectivamente, no creáis que es en vano que el automóvil personal quiera decir que la persona tiene cincuenta veces más volumen por término medio. Es importante; es importante que tengan un caparazón de lata más o menos fuerte, porque eso representa el límite y la definición del individuo. Por eso, el conductor que va dentro, con esa cara que tienen de que creen que saben que van a algún sitio, está tan bien definido, tan cerrado dentro del caparazón del automóvil. Es el auto realmente la persona; es una institución fundamental. Esto de que el auto sea tan fundamental para la democracia, para la fe en el individuo, está en correlación con el hecho evidente de su inutilidad para la gente. Lo uno va con lo otro. Nada puede ser tan útil para el Poder si al mismo tiempo no es tan inútil y perjudicial para la

gente que de verdad podría vivir y seguir pensando. Es el medio de transporte más inútil, más declaradamente inútil que se pueda haber inventado. Por eso mismo es un hijo favorito del Poder, por eso mismo se le cultiva sobre todas las cosas. Alguien dirá que es por mover dinero tal empresa o tal otra; es verdad, y el Estado está casado con el Capital y saca también mucho provecho del automóvil. Pero, por debajo o por encima de eso, está la necesidad de sostener la persona, el individuo personal, por medio del aumento del volumen del caparazón.

Público: Es un paradigma de la libertad.

Agustín: Sí, eso de querer ir a donde van es la equivocación. Eso es todo lo contrario de aquello a lo que he aludido por libertad.

Público: /.../

Agustín:... también en condiciones de responder. Están acostumbrados a que llaméis a lo más ideal, a lo más impalpable, que es el Dinero, a lo más ideal, que es el Dinero, que lo llaméis material, palpable, y, en cambio, a cualquier cosa que se opone al Dinero, a cualquier 'no' por palpable que sea, enseguida te salen con lo de ideal y abstracto y cosas de esas, ¿no? Este vuelco, esta vuelta del revés tenéis que tenerla siempre presente: ellos os quieren hacer pasar como palpable y como material nada menos que el Dinero, que es lo más sublime, lo más ideal, lo más abstracto, lo más impalpable que pueda haber. En consecuencia, en cambio, cuando os hablan como yo de lo más palpable, a ver si se puede vivir, aunque sea un momento, hablar aun sólo un momento, "¡Oh, qué idealista!" Te están diciendo que a ver si este pobre cuerpo se puede palpar... si lo dejan un rato, te están diciendo si por esta boca pueda salir algo que no sea la mentira, te están diciendo yo, que no es nadie, pero que está cada vez que se habla, lo más inmediato. Entonces, los enemigos del pueblo, pues enseguida tienen preparado: "¡Oh, eso es idealista, tópico, abstracto!" Es decir, que vuelven las cosas exactamente del revés

y, por tanto, tenéis que estar siempre preparados para darles otra vuelta del revés. Con el individuo no hay que tener miedo, porque normalmente nadie no sólo no se muere ni se suicida, sino que ni siquiera se vuelve loco cuando descubre más o menos la falsedad de la realidad que es su propia realidad. Simplemente se sigue siendo un monstruo, se sigue siendo un monstruo. Un individuo personal, ya hay alguien que está contra él, que está en guerra contra él. Pero no debes decir humildad y cosas así, porque eso son virtudes del individuo. Quiere decir simplemente roturas, resquebrajaduras, imperfecciones. Con eso es con lo que el individuo contribuye, y esas, efectivamente, esas roturas, resquebrajaduras, imperfecciones, se puede siempre intentar no cerrarlas, dejarlas abiertas como heridas por las que el pueblo puede hablar. Esa es la contribución que el individuo tiene. Gracias a que no estamos perfectamente hechos, ni cada uno de nosotros ni el Poder en su conjunto.

Público: Vamos a ver, Agustín. Para aclarar un poco la relación entre yo y el individuo, cuando la Voz del pueblo por boca de alguien habla, lo que importa ahí no es el alguien o la boca que habla, sino que hable el pueblo. Entonces, ¿acaso hay un hacer más fuerte, o es más hacer el que hable una sola boca o que hablen muchas, puesto que las bocas son contables por ser del individuo? ¿Podemos decir que con que por una boca hable el pueblo, en cierto sentido está hablando por todas las bocas? ¿Hay que querer que hablen muchas bocas o basta con que hable una?

Agustín: Bueno, gracias por esto. Efectivamente, esto es un motivo de perplejidad bastante importante. Primero, respecto a una boca, por el hecho de ser una, como tú mismo has recordado, por desgracia nunca se puede estar seguro de que lo que habéis oído por esa boca es verdaderamente algo que sea verdad contra la realidad, algo que sea voz del pueblo. Tenéis síntomas: por ejemplo, algunos de vosotros, pues, oyendo, han palpitado

conmigo, han sentido. Eso no vale, eso no da ninguna seguridad. Puede que yo sea un falsificador; puede ser que yo os esté engañando. ¡Qué se le va a hacer! Yo, por supuesto, no lo creo; pero no podéis tener ninguna seguridad. Esos síntomas —que uno se sienta, no de acuerdo en las opiniones, sino palpitando en común— para mí son muy valiosos; pero, desde luego, no equivalen a una seguridad en que estáis oyendo de verdad voz del pueblo. Y uno, ni yo ni nadie, nunca se libera lo bastante de su máscara personal para pretender que por su boca surga la voz del pueblo. Esta inseguridad es lo primero. Estamos condenados siempre a sentir, sentir que, efectivamente, allí ha sonado algo que no era lo que nos están metiendo todos los días, las ideas ya hechas; pero sentir nada más, y dejarlo que después siga funcionando por sí. Esto respecto de una boca. La cuestión de si es mejor que sean muchas bocas, es una cuestión complicada. Una cosa que puedo decir de cierto es que en una reunión como ésta de unas doscientas personas, puede efectivamente suceder que algo de voz de pueblo se escape mucho más fácilmente que si se trata de seis amigos en la barra o de cuatro personas en el hogar materno o en el hogar marital o donde sea. Mucho más fácilmente que si se trata de un novio y una novia que andan cortejando. Eso es mucho más difícil. En esas reuniones de muy pocos, fácilmente contables, de dos, de una familia, de un grupo, no se puede hablar más que como personas, decir una vez y otra lo que está mandado por Televisión y los medios que se diga. Es muy difícil que digamos algo en casa, a la hora de comer, muy difícil. Aquí, entre gente que es relativamente numerosa y relativamente desconocida en parte unos de otros, esto se hace mucho más fácil. Yo tengo, por tanto, una cierta confianza no en el número, pero sí en la abundancia. Y la que tengo en la abundancia de gente se refiere tanto a los oídos como a la lengua, como a la boca. Es más fácil. Es más fácil si bastante gente parece como si hablara y oyera en un cierto, no acuerdo, sino en

una cierta comunidad. Es más fácil que aquello sea de verdad voz del pueblo, es más fácil matar al individuo. Una pareja no mata al individuo, lo reafirma; una familia no mata al individuo, lo reafirma; una reunión improvisada más o menos como ésta, entre pocos cientos y más o menos desconocidos, ésa no tiene una operación tan fatal. Ahí es más fácil que por parte de unos cuantos surja voz de pueblo. Esa es la manera en que entiendo que hay alguna relación entre la cantidad, la cuantía de gente y las posibilidades, siempre inseguras, de que se esté diciendo algo que no sea simplemente un sostén de la realidad.

Público: /.../

Agustín: Hay una parte en que sueñas un poco a pueblo, pero otra parte, claro, como te declaras creyente, pues ya eres distinto. Estás... quiero decir que en tu manera de hablar se está poniendo en escena lo que yo he dicho de que cada uno es dos, de que hay esa contradicción. Tú mismo la has espuesto de una manera bastante viva esta contradicción. Claro, cuando tú dices eso de la conveniencia o necesidad de la fe para cambiar algo, es porque crees que no hace falta fe para sostenerlo. Tienes que convencerte de que el Dinero, el Capital, el Estado, sólo se mantienen por la fe. Hasta en la Banca se llama a la fe crédito; y el Dinero es siempre futuro y, por tanto, necesita fe, necesita fe. Y en ese sentido es como debes emplear el término 'fe'. Y si es verdad que la realidad y el Poder se sostienen por la fe, está claro que la rebelión del pueblo no puede emplear el mismo instrumento: tiene que emplear el descreimiento. Y finalmente, en cuanto al miedo de que a quien dice 'no' la sociedad lo aplasta, pues eso hay que verlo. Eso hay que verlo, porque la sociedad no está tan perfectamente constituida, y entre la gente hay muchos rasgos de inteligencia y de astucia, y hasta de virtudes del tipo económico que antes decíamos, que permiten sobrevivir y seguir metiendo la nariz, que hacen que sea raro que el Poder aplaste. El Poder en la sociedad aplasta más bien a los tipos de gente que

ellos pueden catalogar debidamente, como funcionarios o como criminales o como jueces, da igual. Pero los que no se dejan catalogar tan bien, éstos muchas veces se les escurren, se les escurren, no los aplastan. No hay que tener demasiado miedo. Fe no, pero miedo tampoco. El Poder es muy poderoso, pero no es todopoderoso. Siempre quedan rendijas, resquebrajamientos, y es a eso a lo que nos hemos estado refiriendo aquí, como decir 'no', o, como el pueblo dice, "respirar por la herida". Eso siempre cabe, y no implica de por sí ninguna condena a muerte.

Público: /.../

Agustín:... para éste. El Estado de desarrollo, esta democracia desarrollada, no puede subsistir sin ellos. Están todas las penurias y las hambres, están fabricadas desde aquí, empezando por la división en cuadrículas de los Estados africanos según el modelo de los otros. Matar pueblo y convertirlos en pueblos, con sus capitales y sus capitostes: ésa es la primera gran operación y, por tanto, de esa manera sujetarlos al manejo de la Banca. De manera que, si hablas de responsabilidad, es mucho más todavía que la que has dicho. Por eso es por lo que es importante matar este Estado, y no creer jamás en el Estado del Bienestar, porque con eso es con lo que estás haciendo algo para liberar a los demás. No haciendo obras de caridad, no compadeciéndose mucho por las hambres o por las epidemias de los países de alrededor: sintiéndolas aquí, entre nosotros, como un resultado de esto mismo. Y, finalmente, tal vez será bueno para acabar quitarte toda confianza —que no sé si con mucha sinceridad has espresado— en los intelectuales. Me estrañaría que siguieras creyendo en los intelectuales de este país ni de ningún otro. Los intelectuales son unos servidores del Poder, están hechos para engañar, para engañar al pueblo. Ahí los tienes a todos los intelectuales, se llaman científicos, filósofos, literatos, todos esos que salen en la televisión, que existen: están para eso, están para engañar, para sostener la mentira, volverla a reconstruir. De forma que, vamos,

ni en broma se te ocurra decir que puedes tener alguna confianza en los intelectuales. Confianza, que es lo contrario de fe, no se puede tener más que en el pueblo, en lo que nos queda de pueblo y de vivo, y, por tanto, en nuestras imperfecciones como individuos personales, a través de los cuales y en contra de los cuales de vez en cuando algo de pueblo puede respirar por la herida.

Conferencia impartida en Lorca (Murcia) el día 21 de noviembre de 1997

.....
Agustín García Calvo

El Dinero

Agustín: Vamos a hablar de lo que todo el mundo habla, no hay cosa de la que se hable más. Esto es lo primero que quiero recordaros. Además, os advierto que esto no va a ser una charla seguida, sino que cuento con vuestras voces; no vuestras voces personales, sino lo que pueda quedar de pueblo en cada uno de vosotros y se pueda manifestar por su voz. No esperéis coloquio final, interrumpid en cualquier pausa que haga.

Es una cosa que se sufre, de la que todo el mundo sabe, de la que todo el mundo también tiene ideas; por supuesto, falsas, equivocadas, como son todas las ideas, pero contra las que, sin embargo, cualquiera también puede razonar. Por eso, llamo desde ahora, ya, a vuestras voces.

Lo primero que os hago costar es esto: es de lo que más se habla, de una manera o de otra. De lo que más se habla, por supuesto, en las casas –por llamarlas así–, en los nichos de bloques de viviendas como son la mayoría, en los ratos en que la televisión no está funcionando para hablar de lo mismo, también de una manera más o menos disimulada, sea en publicidad o en concursitos o en lo que sea, y, a veces, la familia incluso con la televisión delante y todo también sigue hablando de lo mismo: de la compra, de la oposición del niño o de la niña, de

este arreglito o del otro: de Dinero. Incluso no hay que olvidar que, por aburrimiento o por miedo de hablar de otras cosas más interesantes, se habla también de Dinero muchas veces. Estoy por ahora recordando la vida privada, la vida corriente: la familia, los amigos en la taberna, los novios o parejas en formación. Muchas veces observaréis hasta eso, que por miedo de llegar en un momento dado a tocar alguna cuestión que puede ser de verdad candente y quemarles y ser interesante, pues se pasa hablando del sueldecillo, del aumento, del subsidio de paro, del pisito que se quiere comprar, del auto que se quiere cambiar: de Dinero. Y esto mismo de hablar de Dinero por no hablar de otra cosa, lo encontraréis igualmente en el plano público. Muchas veces, no ya sólo la propia televisión –rey de los medios de formación de masas por excelencia–, sino en cualquier otro sitio, pues parece que lo más familiar o fácil de inmediato es hablar de una manera u otra de Dinero, y, por desgracia –tengo que añadir– en una reunión sindical, por poner otro tipo de ámbito público, pues lo mismo, lo mismo. No va ahí a tratarse de cosas verdaderamente interesantes y que pueden producir perturbaciones en los corazones y las mentes de los asistentes, ¿no?, hay que hablar de Dinero, en cualquiera de sus formas. No tengo que recordáros las, pero ya sabéis que todas las cuestiones que normalmente se supone que a los trabajadores les interesan, o que cada sindicato supone que a los trabajadores les interesa, todas se reducen a lo mismo: lo mismo si se trata de pérdida o creación de puestos de trabajo, que si se trata de aumentos o disminuciones y de la relación del índice de precios con el aumento que el gobierno o quien sea ha autorizado... sin fin: de Dinero.

No hay cosa de la que más se hable, y es importante que retengáis eso: muchas veces, para no hablar de otras cosas que pueden ser más comprometidas, para evitar el entrar de verdad a fondo en la vida, en el engaño que se nos vende como sustituto de la vida, para no entrar en el descubrimiento de las falsifica-

ciones sobre las que la vida de uno está hecha, por pura conformidad, se habla también de lo que está más a mano, y lo que está más a mano, de una manera o de otra, es siempre el Dinero. Incluso –ya os lo dije antes– en la vida privada, entre amigos o entre novios en una pareja en formación. ¿Cuántas veces, sin saber qué decir, en un silencio embarazoso, se acaba por aludir a cualquiera de esas cuestioncillas referentes a los pisos, o los puestos, o los jefes, o al IRPF... ¿No se sabe que el destino que os ha tocado es el trabajar y que el trabajar es vuestra vida y que la manera de asegurar, como dicen, vuestra vida, es decir, vuestro futuro, es tener un puesto de trabajo o provisionalmente cobrar una subvención de paro lo bastante alta para esperar siempre el día de mañana, que os llamen a ocupar un puesto de trabajo, y cosas por el estilo? El tejemaneje en el que estáis metidos, esto es lo que le oís decir a cualquiera: cualquier político, cualquier Jefe de Empresa, cualquier Jefe de Banca, y todos lo mismo. El trabajo que les cuesta a los Medios de Formación de masas hacer creer, por medio de titulares, que fulano dice algo distinto de mengano, que ha dicho de verdad algo que se salga de la línea: es imposible. Cuando se mira bien, las diferencias no son más que disimulos; todos tienen que decir lo mismo, y este lo mismo es el acatamiento al verdadero señor: al Dinero.

Todo esto que os digo, y que supongo que resuena en vuestros corazones –ahora lo comprobaremos, en cuanto empezéis a soltar la voz–, se refiere, por supuesto, de la manera más exacta, al gran Dinero. Este es el que nos está importando en estos momentos: el gran Dinero; es decir, ése del que vosotros, no sólo es que no tengáis ideas –que eso sería lo de menos–, sino que tenéis, gracias a los Medios de Formación de masas, unas ideas equivocadas: por medio de los manejos de las cifras. Sí, vosotros las tenéis de vez en cuando en la Prensa, tanto en los presupuestos de los Estados como en las cifras de los negocios de la gran Empresa Internacional, las tenéis: os dicen: siete mil

millones de dólares, ochenta y cuatro billones de pesetas. ¿Qué quiere decir para vosotros eso? Son cifras para el entretenimiento, para vosotros no quieren decir nada. A vosotros os dan un Dinero en calderilla con el que todavía parece que se puede comprar algo; en el mejor de los casos, pues compramos una torta de pan o pagamos un café; en el peor de los casos y el más corriente, cambiar de auto o cambiar de televisión, que es lo que está mandado, eso es lo que se lleva la mayor parte de vuestra pasta, por así llamarlo. Bueno, en todo caso, es un Dinero de calderilla, con el cual se os quiere hacer creer que las cosas funcionan como antaño, que el Dinero es algo con el que se puede comprar cosas, y cosas necesarias y buenas y placenteras. Gracias a esta diferencia: en el gran Dinero no pasa nada de eso. Una Empresa internacional o los chanchullos entre la tal Empresa y los varios Estados del desarrollo, no cuentan para nada con las cosas. A una gran Empresa le da lo mismo importar lapiceros de los chinitos esclavos de Hong Kong, que dedicarse a fabricar tractores para que los labradores de Andalucía los cambien, o que importar cigarrillos turcos o que traer alfombras persas o que ganarse un encargo para la fabricación de locomotoras de AVE o de Talgo: da igual. Todo es un magma, un magma. Para el Dinero de verdad, para el gran Dinero, no hay cosas. Las cosas como las que os he citado son un mero pretesto. A la empresa le da exactamente igual. Por eso os engañan cuando os quieren hacer creer que con el Dinero de vuestro bolsillo... con ése sí, con ése se compran todavía cosas, determinadas, que tienen sabor, que se sabe o se cree saber para qué sirven: ése es el Dinero con el que os engañan, el dinerillo, el Dinero en calderilla ; pero, desde luego, este engaño con el que os hacen vivir, está en relación con el Dinero de verdad, con el gran Dinero. Está en relación precisamente, y esta condición suma de engaño es la que revela esa relación.

Con esto tengo que pasar a preguntaros qué es en gene-

ral el Dinero. ¿Qué es esto de lo que estamos hablando, esto que es de lo que más se habla? La pregunta '¿qué es?' es la pregunta que uno de los pocos muertos que quedan vivos, Sócrates, se dedicó a hacer a lo largo de toda su vida. Cuando la gente sacaba términos de estos: Justicia, Educación, Estado, la actitud era '¿qué es' Porque, generalmente, las cosas funcionan como funcionan así de bien gracias a que nadie se hace esa pregunta: se da por sabida. Como habláis tanto del Dinero, como habláis tanto del sueldo, de la suvención del paro, del aumento o disminución de las tasas de esto o de lo otro, pues os creéis que sabéis de lo que estáis hablando. ¿Cómo no vais a saber, si maneáis tantas cifras, si vuestros periódicos y televisores están llenos de eso? Y, sin embargo, no lo sabéis, no lo sabéis, no lo sabemos. Este Dios se mantiene como se mantiene y nos domina como nos domina gracias a que no se sabe, no se le dirige esta pregunta. A todos los dioses de todas las religiones les ha pasado más o menos esto, dominaban en la medida que no se venía a descubrir su vacío, que el nombre de Dios estaba vacío, que es lo que se consigue mediante la pregunta '¿qué es?', ¿no? Esto es lo que pasó –se cuenta–, entre otras muchas ocasiones, cuando los romanos, Pompeyo y los siguientes, tomaron Jerusalén y acudieron al Gran Templo, prohibido desde siglos para la entrada de todos, y descubrieron el vacío. Entonces, una y otra vez, se demostró que el Poder precisamente consistía en ese vacío. Esta noche nos estamos dedicando a intentar pegarle por lo menos un picotazo a ese Dinero, preguntando ¿qué es?

Todo el mundo por lo bajo, como gente, como pueblo, ha tenido siempre alguna sospecha del engaño, de la vaciedad que había allí. Esto se ha manifestado en muchas cosas, en dichos, más o menos involuntarios, escapados de la boca de la gente. Se ha manifestado también en la manera en que el pueblo, muchas veces, más bien en otros tiempos, antes del régimen actual, hablaba de Dinero con nombres como 'la pasta', que aca-

bo de emplear; es decir, no se dignaba darle su nombre propio, y las maneras en que se rehuía el nombre del Dinero eran interminables. El Dinero –éste fue un descubrimiento de otro de los pocos muertos vivos que nos quedan, de Freud–, el Dinero tiene una relación inmediata con la mierda, que es otra de las cosas que tampoco se debía mencionar: la caca, excremento, pero la mierda no. ¡Mierda no! y como sabéis, por ejemplo, entre los franceses, ahí llegó esta prohibición al extremo de que ¡Merde! es hoy todavía el más fuerte de los juramentos: sacar la palabra directamente. Pues ‘la pasta’, los fondos y todas las demás cosas que recordáis se parecen mucho en su tratamiento. Freud mostró claramente la relación entre la mierda y el Dinero. Él la mostró sobre todo a propósito de la formación del alma, claro, en un niño. Él descubrió con bastante claridad que la primera relación económica que el niño establece con sus padres es, cuando después de algún conflicto intestinal, como suelen padecer a los dos o tres añitos, un fuerte estreñimiento o lo contrario o así, el niño les ofrecía a sus padres una cagadita bien hecha y en su momento, y entonces éste era su obsequio y ésta era la primera relación económica.

Pero, desde luego, aunque Freud se dedicó más bien a examinar este aspecto, podemos, y es lo que voy a hacer ahora, generalizarlo mucho más. Se parece a la mierda en cuanto que los alimentos diversos que ingerimos y de los cuales, de muchos por separado, extraemos o nos parece extraer un placer especial, y encontramos incluso mucho agrado en variar, sobre todo si somos un poco ricos, variar de comidas, no tener siempre la misma dieta, y alimentarnos con productos muy diversos, todo eso en el excremento queda anulado: todo en el excremento, en la otra punta, por decirlo así, toda aquella variedad, todos aquellos olores y sabores diversos, todo aquello queda completamente anulado y reducido a lo mismo. Este es el gran parecido con el Dinero en el que quiero insistir ahora. Esta es la relación que me

importa: la relación del Dinero con las cosas. La relación del Dinero con la riqueza. En contra de lo que os quieren hacer creer, de que se trata de un intercambio, que por medio del Dinero se adquieren cosas y, viceversa, vendiendo cosas se adquiere Dinero, en contra de esta mentira dominante, convendría que desde hoy empezáramos a ver cómo esto no es así. No se puede comprar nada con Dinero sin que eso que se compra quede transformado, pierda su condición de cosa. Como una vez me salió decir “la marca en el precio del bollo lo cambia al bollo de gusto”. Esto es lo que hay que recordar: la transacción, el intercambio que se os presenta como inocente, como normal, como cotidiano, es falso que lo sea, no es inocente.

Las cosas en verdad quedan anuladas por el Dinero. El Dinero, del que empecé mostrando que, puesto que es de lo que más se habla, es la realidad de las realidades, al mismo tiempo también que es la realidad de las realidades, al mismo tiempo es la muerte de las cosas. La muerte de las cosas palpables, diferentes, útiles de veras para nuestra carne y nuestros deseos, sabrosas de veras, palpables: cosas, todas éstas son las que mueren bajo el Dinero. No penséis que exagero demasiado. Desde luego, hay grados, pero esto que os digo en general respecto a esta cosa de las cosas que es la que hace desaparecer las cosas, en los diferentes grados se puede apreciar. Fijaos en las cosas que el Estado del Bienestar os pone en el mercado. Muchos de vosotros, trabajadores o parados (que me da lo mismo, porque, si fuerais parados para siempre y desengañados y no estuviérais esperando que acabara el paro, sería diferente, pero, si no, da lo mismo...), pero hasta el poco Dinero en calderilla que os dan, ¿en qué os lo gastáis? Os lo voy a repetir rápidamente: en algo así como el diez o el quince por ciento, en cosas que os sirven, que de verdad necesitáis y os gustan: El resto os lo gastáis en cosas perfectamente inútiles y que, cuando se las mira bien, no son más que Dinero envuelto en papeles de colores. Esa es la condición de la mayo-

ría de las cosas que os venden. Si el Capital no os obligara, con motivo del teje maneje del trabajo, a tener un auto y a tener que cambiarlo para trasladaros, si no os obligara (porque si no, ¿qué diablos vais a hacer en casa los ratos que nos estéis jugueteando amorosamente y, desde luego, los ratos, que nunca se dan, en que os pongáis a hablar en serio con la mujer o el marido ni con los niños, si no tuviérais el televisor que os lo resuelve todo), si el Capital y el Estado no os obligaran a comprar esas cosas y otras más, desde luego no habría motivo de penuria ninguna ni con el más escaso de los sueldos, hasta dentro de la miseria que se os da. Pero estáis obligados a comprar inutilidades, y las inutilidades son la mayoría de lo que compráis. En cuanto se lo mira un poco de cerca, son cosas que no se han fabricado nada más que para comprarlas, no tienen ningún otro sentido. Entrad en un supermercado, hipermercado o cualquier otro ambiente de esos de los que no quiero acordarme para no quedarme mareado aquí mismo, entrad en cualquiera de los espacios y recorred con los ojos las estanterías, id mirando, id mirando cada cosa hasta qué punto os la meten, es decir, os crean la necesidad, os crean el deseo, y hasta qué punto habéis entrado allí buscándola, por deseo, por necesidad. Os encontraréis esa proporción. Queda un resto, un resto de cositas que todavía se palpan, tienen sabor, una minoría; la mayoría, como todas las mayorías en el Estado Democrático que hoy día padecemos, la de las poblaciones, y la de las cosas –me da igual–, la mayoría está sometida a esta ley que he dicho. No sirven para nada, podríamos prescindir de ellas. Si alguna vez me he dado el gustazo de acompañar a alguien un poco más pervertido que yo a entrar en un supermercado, es para darme cuenta de la inmensa cantidad de cosas que no hacen puñetera falta para nada, sin las cuales puedo vivir sin hacer la menor intención de ahorro ni nada. Eso es una de las pocas utilidades que puede tener un supermercado. La mayoría es así, y quiero aclarar lo que he dicho: Dinero envuelto en

papeles de colores. Eso es lo que son las cosas en su mayoría, que se os venden y compráis, dejando aparte ese residuo, ese margen de situaciones de otros tiempos /.../ porque como he dicho, no es verdad que estén fabricadas ni para comer ni para frotarse la piel ni para hacer más agradable el baño ni para pasar menos calor en el auto por dentro los días de verano ni para ninguna de las tonterías que os cuentan por la televisión: esos son los pretextos. Están hechas para comprarse y venderse; su única función en este mundo es comprarse y venderse, y una cosa que está para eso, una cosa que no se sostiene más que por la función de la compraventa, es una cosa que ya es Dinero. La cosa se os ha convertido en Dinero. Ya en regímenes anteriores era una cosa vieja lo que los capitalistas desarrollaban como inversión. Muchas veces, en lugar de tener esta forma de dinerillo que es la que se os da –billetitos de Banco y cosas así–, pues era mejor invertir en joyas, en fincas; naturalmente, quien invertía en fincas, en joyas, estaba declarando que para él ni las joyas eran joyas ni las fincas eran fincas. Las joyas eran Dinero, se supone que más seguro, y las fincas eran Dinero, y la condición de fincas o de joyas era un mero pretexto, porque así funcionaba el mercado. La propiedad –tengo que decirlo un poco deprisa, pero, si os quiero oír hablar, tengo que irme quedando alguna–, la propiedad y el disfrute no casan entre sí, son incompatibles. Pensar que un señor puede invertir sus capitales en la finca y disfrutar de ella, eso es como soñar con una figura, como a veces suelo hacer, del siglo pasado, de un burgués de la dorada burguesía, nada más tenemos que ver a los potentados de hoy día, ver que eso de tener y al mismo tiempo disfrutar... Disfruta, disfruta el rapaz que todavía es capaz de colarse por una tapia y comerle los higos al dueño de la finca y salir escapado; ése sí, ése a lo mejor sabe a qué saben los higos; pero que el dueño pueda hacer lo mismo... En contra de lo que os cuenten, la propiedad y el disfrute no casan, no se pueden unir; las cosas, si se toman como

propiedad –y especialmente en el caso que he dicho, algo anticuado, de la inversión en fincas o en joyas–, inmediatamente se convierten a su vez en Dinero. Vienen a ser formas de Dinero disimuladas, recubiertas, como antes decía, de papelines de colores, como en el supermercado.

En el régimen actual esto se cumple de la manera más rigurosa. Las cosas, en cuanto están sólo para comprarse y venderse, por tanto, para conseguir que el Capital siga moviéndose y, por tanto, el Régimen que padecemos se mantenga, esas cosas no son cosas: son Dinero, son formas de Dinero, y esto es lo primero que hay que reconocer si no se quiere engañar. Muchas veces, la gente sigue preguntándose, como en tiempos de los abuelos, qué es lo que el Dinero puede dar, si el Dinero da la felicidad, si el Dinero no da /.../ esas mandangas tradicionales que nos vienen casi como de los cuentos de Maricastaña. Tenemos que responder decididamente a esto: el Dinero es poderosísimo, es el verdadero señor de este mundo, como antes he mostrado al recordaros que Estado y Capital han quedado reducidos a la misma cosa en el Régimen que hoy día padecemos; es más poderoso que nadie, es Dios, es el único verdadero rey, es el único verdadero jefe de empresa, el Dinero en abstracto, el Capital: puede mucho, pero, como todos los poderosos, no puede hacer más que lo que está hecho. Lo que no cabe imaginar es que el Dinero pueda servir para algo que no sea esto para lo que sirve. Lo mismo que os mostraba cómo era incapaz de imaginar a un político que de repente dijera que no hacía falta trabajar o que de repente dijera que se acabó el automóvil, de la misma manera os digo: el Dinero, por boca de cualquiera de sus servidores, nunca –ni por varios ni por ningún otro procedimiento–, nunca puede producir nada más que lo que está hecho, es decir, Dinero. El Poder, de los políticos y de los banqueros –me da igual–, de los empresarios, el Poder es el poder de hacer lo que está hecho. Ese es el poder poderoso, ése es el que os

mata, ése es bajo el que verdaderamente estáis padeciendo. Que el Dinero pueda dar riqueza, eso es inconcebible. El Dinero es la muerte de la riqueza. La riqueza de verdad, ésa palpable y sensible, ésa de las cosas cuando eran cosas, ésa el Dinero no puede darla, porque, después de lo que os he dicho, ya se ve que es imposible. El Dinero se constituye como muerte de esas cosas, como muerte de la riqueza. Por tanto, pensar que el Dinero pueda dar riqueza, en el sentido de cosas palpables, sensibles, que puede dar vida, eso es estúpido, eso es quererse engañar. Eso el Dinero no puede hacerlo: es tan poderoso porque puede hacer lo que está hecho, pero para ello no puede hacer lo que no está hecho. El Dinero... estos días pasados me salía la fórmula, recordando esta monserga de las abuelas: 'el Dinero ¿puede dar la felicidad? El Dinero –¿qué tonterías se decían?– no da la felicidad, hija mía, pero ayuda a soportar la infelicidad', o ¿qué otras tonterías se decían?: unas cuantas, unas cuantas son tradicionales, ¿no? Hay que acabar con esto lo primero, éste es el primer peldaño en la lucha contra el Régimen que padecemos. El Dinero no puede dar la felicidad por la sencilla razón de que la felicidad no se sabe qué diablos es, y el Dinero sí se sabe, y entre lo que no se sabe y lo que sí se sabe no hay casamiento posible. La gracia de eso a lo que aluden palabras como 'vida', 'felicidad' y todo eso, la gracia es que no se sabe qué son, que se inventan, que no están hechas de antemano. En cambio, el Dinero es lo que se sabe y se cuenta, lo que está verdaderamente hecho de antemano. De manera que es imposible esa relación, no hay casamiento. Entre lo que no se sabe qué es, y que en eso tiene su gracia, y lo que sí se sabe qué es, no hay casamiento, no hay /.../ Lo uno no va con lo otro.

Esto conviene recordarlo bien; y ahora tengo que terminar, pues, como es natural –terminar quiero decir antes de pasarnos la palabra–, volviendo a este tipo de instituciones a las que la CNT, entre otros muchos, pertenece, que son colectivos de tra-

bajadores, por decirlo con los términos antiguos, y, en los casos más extremos, sindicatos. Tengo que volver a meterme con esto, porque es lo que más de cerca nos interesa. Ya antes lo he hecho de paso. Una de dos: o venimos, sea a la CNT o a cualquier otro sitio así, porque no aguantamos el Régimen que padecemos y porque deseamos, de alguna manera, acabar con las mentiras que lo constituyen, o venimos a alguna otra cosa, a algún otro juegucito, pero en ese caso no sé a qué diablos viene el llamarse comunismo o anarquismo u otro ismo ni nada de eso. Si la gente que más padece el Régimen, más o menos se habla entre sí y se junta, parece que es evidente que tiene que ser con una intención decididamente negativa, decirle ‘No’ al Régimen y hacer todo lo posible, por astucias o por fuerzas o por pura inteligencia o por puro corazón, sea como sea, para acabar con ello. Decirle que no de verdad, decirle que ‘No’ con la boca y con las manos, (todo va junto, nunca está tan separado lo uno de lo otro), y, si no, no tiene sentido.

Bueno, pues cuando entonces nos encontramos en la colectividad, en el sindicato en el caso extremo, ahí toma la forma que suele tomar precisamente para atraer trabajadores. ‘No hay que asustarlos –estamos igual que el político o el empresario de antes–, no hay que asustarlos hablándoles de cosas de verdad. ¿Cómo vamos a llamar a un sindicato a la gente diciéndole que vamos a luchar contra el Dinero? Hay que ser prudentes, tenemos que hacernos nuestra población y, entonces, los tenemos que atraer a que hablen ¿de qué?: de Dinero, lo que se supone que le interesa a cada trabajador, es decir, la seguridad de su puesto, la posibilidad de mejora, las condiciones del paro, la creación de puestos de trabajo para sus hijos, las facilidades para que los hijos estudien o dejen de estudiar...’ bueno, todas las cosas que sabéis que se discuten y que se supone que son las que interesan, que son prácticas. Y que se discuten no sólo en el sindicato; son las que se discuten en una reunión de profesores de

un centro o en cualquier otra reunión de más o menos trabajadores donde sea. Pues así no hay manera, comprenderéis. Si, por el truco que sea, aquella rebelión contra el Poder que padecemos, que, como he mostrado claramente, no es otro que el del Dinero, viene a hacernos pasar el tiempo y emplear nuestras comunicaciones y reuniones hablando del Dinero y dando por supuesto que aquello es lo que nos interesa, ¿qué diablos estamos haciendo? Así no hay manera de dar un paso adelante. Está condenado, está condenado desde la raíz, está condenado al servicio, porque no cabe la menor duda de que todos los colectivos de trabajadores en los niveles más bajos que dedican su vida a hablar de Dinero están formando el mismo sistema que forman por arriba los bancarios y los ministros; que son los mismos: todos hablan de lo mismo y, por tanto, sirven al mismo Señor.

El pueblo, que, lo mismo que la felicidad, no se sabe lo que es, el pueblo es algo que sólo vive sin Dinero. Aquello que nos quede de pueblo, que es lo mismo que quiere decir de vivo, no es compatible con el Dinero. El Dinero no es compatible con nada bueno, no es compatible con nada bueno. En este sermón no os estoy haciendo ninguna propuesta moral como si fuera un cura, diciendo que renunciéis a ganar o a gastar y que os dediquéis a un ascetismo del dinero. No, no, porque a mí las personas no me interesan, y cada uno hace lo que puede y tiene sus contradicciones y las resuelve como puede. Me interesa lo que está por debajo, lo que nos queda de pueblo. Y es de ése, es de ése del que digo no sólo que no necesite Dinero, sino que no es compatible con el Dinero, que nada bueno, nada bueno es compatible con el Dinero, y que quien no empieza por reconocer cuál es el Señor que nos mata y que lo primero es denunciar o luchar contra Él, todo lo demás que haga lo está condenando al servicio de una manera inevitable, de una manera –y con esto voy a dar la voz– de una manera especial también por medio del aburrimiento: es otra aparición del vacío.

No creáis que el Estado, que es el mismo que el Capital, tiene tanto interés en que los trabajadores se preocupen de la subida o bajada del IRPF o de la tasa de relaciones entre el índice de precios y lo otro, porque de esta manera tiene a todo el mundo colaborando en el mismo juego. No sólo es por eso: es porque también el Señor, ya desde lo alto, sabe que no hay cosa más aburrida que hablar de las cuestiones prácticas, es decir, de las del Dinero, y el Señor tiene un interés enorme en que os aburráis hasta el extremo, en que vuestra vida sea un puro aburrimiento, entre otras cosas porque, de esa manera, luego os puede proporcionar los medios de llenar el aburrimiento –con la televisión a la cabeza– que es, como comprenderéis, pues la industria de las industrias. Tienen mucho interés en que os aburráis. Entonces, pues pensad que en una reunión de trabajadores, de profesores y tal, en que se hable de lo que hay que hablar, ¿eh? (“dejémonos de chorradas, no vamos aquí a hablar del amor o de la vida o de tal o de trabajo así por las buenas, ¿no?, vamos a hablar de lo que está mandado, de lo que está a la orden del día”) el aburrimiento está garantizado. Todo el mundo inmediatamente sabe que se va a pasar dos horas de aburrimiento mucho más intenso que el que puede pasarse en el propio tajo o en la propia oficina, que ya es mucho, que ya es mucho. Pero todavía, en comparación, en el tajo o en la oficina, pues de vez en cuando, ya se sabe –no sé–: pára uno, cambia de ritmo o cruza unas palabras con el compañero; bueno, la cosa no es tan grave. Pero en una reunión sindical de trabajadores, financiera, ahí no hay escapatoria, ahí el aburrimiento integral está garantizado. Esto demuestra que en vuestros corazones sentís que lo que de verdad vale es lo que está por debajo del Dinero, eso que el Dinero no puede comprar y que, por tanto, el Dinero se establece en una superficie en la que habláis de él y os condenáis a ese aburrimiento integral.

Pero ese aburrimiento no es ninguna tontería: el Estado

y el Capital tienen un interés enorme –repito– en que vuestra vida se quede convertida en un vacío. La mejor manera de que la vida quede vacía es llenarla de un hablar acerca de una cosa esencialmente vacía como es el Dinero. Este es el gran truco. Tratando de y hablando de algo esencialmente vacío como el Dinero, se garantiza que la vida quede reducida a puro tiempo, tiempo vacío, que es la verdadera aparición del Dinero, la verdadera moneda, porque el Dinero es tiempo. Esa es la intención suprema del Jefe y del Señor sobre nosotros; de manera que se trata de conseguir ese aburrimiento y, vuelvo a insistir, al mismo tiempo (no da puntadas sin hilo, como véis), al mismo tiempo eso garantiza que vuestro aburrimiento os lleve a la compra de los medios de diversión, que creáis que, puesto que ya durante siete u ocho horas os habéis aburrido bien, habéis trabajado, habéis cumplido y todo eso, pues por lo menos luego, luego tengáis el mismo aburrimiento pero recubierto, disfrazado, por medio de la televisión o de otras cosas, que es lo que hace, lo que lo garantiza más y más; que si al cabo de haber cumplido como buenos trabajadores once meses, habéis conseguido, a lo mejor gracias a los sindicatos, que se os den treinta o treinta y un días de vacaciones, pues tengáis garantizado que vais a tener un mesecito más en que vais a pasároslo peor que ninguno de los otros meses, sudando con el auto de acá para allá y sufriendo como nunca, pero, evidentemente, divirtiéndooos y, al mismo tiempo que os divertís, pues pagando a las agencias de viaje, a los gasolineros y a todo el resto, que es lo que está mandado. Este es el truco.

Con esta, pues, consideración sobre el aburrimiento, es decir, el vacío, quería terminar lo que tenía que deciros, intentando empezar a romper esta mentira del Dinero. Y ahora ya os dejo, para el rato que nos quede, la palabra.

Público: Buenas noches. Bueno, yo, en primer lugar, felicitar por la elocuencia y, en fin, felicitarte, y empezar con dos temas.

Uno, en mi opinión, la pintura que has hecho, extraordinariamente buena, pero un tanto negativa intencionadamente. Supernecios seríamos si solamente hubiéramos oído hablar del Dinero. Además del Dinero hemos oído la sensibilidad de García Calvo, entre otras cosas; pero además de eso, cuando hemos entrado en el conflicto de /.../ los ojos de una mujer, y además de eso, cuando nos pasamos por el campo hemos visto el trigo moverse; y además de eso, como en casi todo, todavía sabemos apreciar que un diamante es peor siempre que una estrella, y muchas más cosas; y eso no es hablar de Dinero, y con eso no compramos ni nada. Quiero decir con ello que tu pintura me ha parecido exagerada, e intencionadamente exagerada, y tengo que decirlo un poco, porque me ha parecido que... , me ha recordado en todo momento /.../ yo creo que más brillantemente espuesta por tu parte, pero...

El segundo punto que quería comentarte es que me has parecido más un físico que otra cosa, en tanto que has dicho cómo se comportan los fenómenos humanos; es lo que has dicho. La esencia me parece que no la has tocado y, en mi opinión, yo creo que la esencia viene probablemente de lo más revolucionario que ha ocurrido en los últimos años y, por suerte, como estamos comprobando, y es lo que viene en el Manifiesto Comunista, de Marx, y es el hecho de que las cosas se cambian y desvanecen de un momento a otro. Ese hecho es el que ha producido la revolución real del capitalismo y ese hecho es el que tiene como consecuencia la implantación de este ciclo... no quiero...

Agustín: Aclárate, antes que te diga algo, lo de 'se desvanecen en un momento'. Pero no te van a entender muy bien. Yo mismo no te entiendo muy bien.

Público: Sí, Agustín. Que no hay nada perecedero sino que todo está en continuo cambio, tan rápido que ese... que el proceso capitalista, como funciona, como ha empezado a funcionar,

es que lo que crea inmediatamente, tiene que autodestruirlo para generar otro nuevo, y eso produce una transformación...

Agustín: Eso lo sabían los antiguos ya, ¿eh?

Público:... en las relaciones, en la relación de intercambio de mercancías en cualquier sitio en el siglo XVI. Esas relaciones de intercambio son las que han cambiado y son las que han producido el Dinero.

Agustín: Bueno, dejando este punto que, desde luego, no lo veo como ninguna novedad, en las dos cosas que me has dicho yo creo que eres bastante razonable (no sé si era lo que más falta hacía, pero, desde luego, razonable y agudo y habiendo entendido bien lo que he dicho, no se te puede negar), la una con la otra. Os voy a explicar brevemente sobre ellas. Efectivamente, he exagerado despiadadamente; pero tened en cuenta esto, que os lo recomiendo: si queréis acercaros a decir la verdad de cómo están las cosas, no tenéis más que exagerar como fieras, porque, si no exageráis, os vais a quedar siempre cortos. Es decir, los medios de asimilación que el Poder tiene para las protestas y las críticas son tales, que si no tratan de hacer sangre hasta lo más hondo, se quedan en ideas, entretenimientos. Es verdad que lo que he contado no es todo; o sea, que, como decía al final, algo debe de quedarnos de pueblo, de vida, de gente, que sabe todavía sentir, como tú mismo nos lo has recordado con varios ejemplos. Sé que la cosa no está hecha del todo; porque, si no, ¿qué diablos estaré yo haciendo esta tarde en Puerto Real con vosotros si pensara que el Régimen había triunfado definitivamente y que las cosas son perfectamente como os las he contado? No, esto uno lo sabe y lo siente por debajo, y gracias a ello habla. Pero respecto a la realidad dominante, si uno no la dice de la manera más descarnada y tratando de cargarse todas las ideas y compromisos con que os hacen vivir, no dice nada, no dice nada. Así que os lo recomiendo... La segunda cosa, si me recuerdas un momento, era...

Público: Sí, sobre la esencia del Dinero mismo. Yo lo entiendo más como algo que la revolución industrial y el capitalismo mismo han creado y le hemos dado el nombre de Dios. Realmente, no sabemos qué es ese Dios, pero su esencia no es el propio Dinero, sino que su esencia viene determinada por factores anteriores a la propia realidad hoy del Dinero; es decir, que el César es del siglo pasado casi, y es una transformación, la propia transformación de...

Agustín: Bueno, tú sabes que, por otra parte, lo que llamamos Historia, es decir, aquello de lo que tenemos un registro, comienza con la escritura, y con la escritura empieza el Dinero, porque la primera forma de escritura es una serie de palotes que cuentan las reses de un ganado, lo mismo si es de un señor privado que de uno público. Toda la Historia está regida por el Dinero; el Dinero, que, lejos de ser cosas, nace de ellas –claro, vaya usted a saber–, pero lejos de ser cosas, es la muerte de las cosas, como lo he presentado. Sólo que en el único Régimen que directamente padecemos –y no por los libros–, el Régimen que hoy padecemos, esto ha llegado a su máxima perfección; esta especie de cambiazo por el cual, en lugar de cosas, tenemos Dinero, más o menos disfrazado, y, en lugar de vida, tenemos horarios, meses de trabajo y de vacaciones, tiempo vacío. Esto estaba desde el principio de la Historia: simplemente, en este Régimen que hoy padecemos tenemos la perfección de todos los regímenes. En ése están todos.

Público: Yo quería plantear dos cuestiones. Una de ellas era, recordando lo de don Antonio Machado de que “Todo necio / confunde valor y precio”, se podría entender un poco la cuestión de lo de la esencia ésta de que hablaba el compañero hace un momento. Uno se pregunta cómo esta confusión entre valor y precio está tan arraigada en la naturaleza humana, es decir, como si tuviéramos una segunda o tercera naturaleza que tendera a asimilar que lo que te cuesta es lo que vale. Por ejemplo,

hay mucha gente que cuando te llega una entrada para el teatro gratis, porque te la han mandado, pues no vas, y, sin embargo, si la compras y te cuesta Dinero, parece que es como mejor la obra de teatro que vas a ver. Esto de que algo te cueste está muy arraigado en la naturaleza humana. Esa es la primera cuestión. La segunda cuestión se refiere al hecho teológico del Dinero desde que aparecía la cara del César. Desde cuando el Dinero empieza a ser moneda y timbrada, tanto la cara del César como los billetes siempre han tenido la cara del poderoso, hasta nuestro Franco o el Rey, ¿no? Lo que pasa que el cambio que ha habido es que, en realidad, la cara del Dinero es la firma personal en la tarjeta de crédito, es que cada uno se ha hecho su propio Dios, es decir, se ha hecho Dinero cada individuo democrático con el asunto de la firma.

Agustín: Sí, gracias por haberme recordado este par de cosas. Está bien siempre recordar palabras viejas que han de volver a sonar, como dice él mismo, y esto respecto a los proverbios de don Antonio Machado, pues hay que decirlo de una manera simple: “Quién fuera diamante puro / dijo un pepino maduro. / Todo necio / confunde valor y precio”. ‘Todo necio confunde valor y precio’ es justamente de lo que hemos estado hablando. Es una exageración, porque dice “necio” como si se pudiera determinar quién es necio y quién no. El sabía que esto no puede ser, que siempre se es más o menos, que siempre se es más o menos y que las clasificaciones no sirven. Pero podemos corregirlo mejor: la mayoría de la población del Estado democrático desarrollado, la mayoría, que es con la que ellos juegan, es necia por esencia. Es decir, que no cabe ninguna mayoría que no sea idiota. Esta es una condición de la democracia: si no, éste no sería el Régimen que estamos padeciendo. Si el Señor en este momento no pudiera estar seguro de que en cualquier votación, en cualquier promoción de un producto, no va la mayoría a hacer lo que está mandado que haga, no habría Régimen. La

mayoría es necesariamente idiota. Esta es una condición. Pensadla bien, porque sin esta condición la democracia no se sostiene. El Poder confía ciegamente en que jamás, ni por casualidad, la mayoría, en una votación o en una promoción, se va a pronunciar en contra de lo que está mandado, que va a querer lo que le mandan que quiera; esto es una cosa que se sabe. Es respecto a ella, respecto de la que se dice, llamando no a personas por separado, sino a cualquier individuo de la mayoría, idiota o necio: su característica es ésta: confunde valor y precio. Para él no hay cosas, no hay cosas, no hay más que cosas disfrazadas de Dinero, y éstas son las que considera buenas, y el Dinero es, de esa manera, el sumo bien que se ha cargado todos los bienes palpables. Ves una rosa... ah, “todo necio / confunde valor y precio”, que él presenta así como comentario al “Quien fuera diamante puro, / dijo un pepino maduro”, y notad que la envidia del pepino no puede referirse a lo esplendoroso y muchas veces muy atractivo de un diamante, sino al diamante entendido ya como inversión, por supuesto, un diamante como una de las inversiones más claras del Capital. Sí, has dicho bien en recordar lo otro. Simplemente vuelvo a repetir el recuerdo: ¿qué quiere decir eso de la aparición de la faz del Rey en las monedas, que es una, no absoluta, pero sí costante aparición desde que se inventó el Dinero amonedado, un poco después de empezar la Historia, dicen que con el Rey Creso, el rey de Lidia, en el Asia Menor? Sí, quiere decir eso. Efectivamente, la cara que aparece en la moneda es un representante. Como a Dios mismo nunca le ha gustado presentarse de una manera directa, ha buscado siempre a un representante. De manera que el Rey, el magistrado romano o quien fuera, cualquier poderoso funcionaba como representante y Le estaba prestando su cara. Gracias a eso podían los fariseos hacer a Jesucristo aquel juego que se cuenta en los Evangelios de enseñarle la moneda y decirle qué se hacía con ella, dando lugar a la contestación “Dad al César lo que es del

César y a Dios lo que es de Dios”, porque aquí hay una confusión: pobres Evangelios, pobre Jesucristo, pues creía que eran distintos, creía que eran distintos. Nosotros ahora sabemos que no, pero es porque hemos sufrido veinte siglos más, tenemos motivos para haberlo experimentado con más detenimiento. Ahora sabemos que las dos caras que quería contraponer él han venido a ser la misma. No en vano, porque ya la moneda ésa tradicional es una mera filfa, es un engaño, porque de las transacciones en calderilla el gran Dinero no se acuerda, ni se acuerda de la moneda, ¿no? Era el Rey y el magistrado, era el representante de Dios, la cara del César mismo. Pero es importante que cuando se dice “Dios”, al mismo tiempo se esté diciendo “cada individuo de la masa. Este es un misterio teológico para el que no tenemos tiempo esta noche y del que trataré otra vez: Dios es al mismo tiempo cada uno, porque a cada uno se le manda ser como Dios. De manera que es eso lo que explica la última transformación que Isabel nos ha recordado. En el Dinero más avanzado, desde el talón de banca para arriba (Tanto más arriba, más claro, ¿eh?, en los sitios donde ya no se juega con talones de banca, sino con transacciones a través de la Red Informática Universal, mucho más claro todavía), ahí la cara del representante ha quedado desplazada y, al mismo tiempo, desnuda, por el nombre, es decir, la aparición de la persona individual o, lo que es lo mismo, la empresa a la que él representa. Ese es el verdadero heredero de la cara de Dios que, en formas más arcaicas, aparecía sobre las monedas. Es un poco complicado, no podemos entrar en ello esta noche /.../ está bien sacarlo, al menos de paso.

Público: Está hablando usted de Dinero como valor de cambio, como valor de uso, no del Dinero como moneda, sino como relaciones de poder, como una de las fases del Poder, como Poder. Y entonces habla del Régimen de... sí, cuando habla del régimen habla de grupos de poder existentes, da igual que sean de izquierda, de derecha, demócratas... , del régimen del poder,

del régimen del Dinero. Pero, claro, yo le haría una pregunta, ¿no?, partiendo de una premisa que dice: aquí nos juntamos el Dinero que podamos llevar encima, no digo un Dinero en metálico, en calderilla, sino en capacidad de poder que tengamos en términos económicos, sería calderilla, posiblemente lo que juntamos todos sería calderilla. Entonces, claro, ¿cómo se puede plantear hablar del Dinero a un término filosófico /.../, que, para intentar superar su propia realidad, que se ve limitada por el Dinero, hubiese necesitado Dinero? ¿Me explico?

Agustín: No, de esto último, nada y, además, no sé por qué me has insultado con lo de filosófico... Nadie te va creer si insistes en que he estado hablando en plan filosófico...

Público: Perdón. No lo digo en el sentido peyorativo ni mucho menos, ¿eh? Los grandes innovadores han sido...

Agustín: No. Yo me lo tomo en el sentido peyorativo: ya sé que tú no.

Público: Hombre, comprenda mi capacidad. Vamos a ver: ha dicho antes que no le interesan las personas, y creo haberle entendido en el sentido de que le interesa el público, ¿no? Alguna que otra vez todos nos hemos sentido pueblo de una u otra forma, y alguna que otra vez todos dejamos de sentirnos pueblo. Cuando ese absoluto que se llama pueblo intenta superar esa realidad que se llama Dinero y el poder, se da el fenómeno, digamos, revolucionario. Pero aun y eso, para llegar a superar esa contradicción, ese pueblo necesita Dinero para superar la propia esencia del Dinero. Pongo un ejemplo práctico...

Agustín: ¿Por qué? Porque eso los has dicho antes, pero no lo entiendo. ¿Por qué?

Público: Perdón. Le pongo un ejemplo práctico. Hombre, no quiero que nadie me /.../, pero para derrocar algunas formas de poder que se aferran mucho se necesitan armas, para lo cual se necesita Dinero para comprar esas armas, que, a su vez, te las vende el mismo Capital. Entonces es un juego...

Agustín: Pero, a ver: el ejemplo.

Público: El problema es: yo... y la inmensa mayoría de los que estamos aquí... que si juntamos todos nuestros Dineros no tenemos ningún poder con las grandes cifras macroeconómicas que se ven a diario en la prensa, pregunto –no tengo respuesta–, pregunto: ¿cómo nosotros logramos, sin Dinero, superar las contradicciones que el propio Dinero nos pone por delante...?

Agustín: Sí. Es que te habías adelantado a decir que no puede ser. Yo no me lo creo ni lo entiendo. Por el contrario, yo he mostrado que, cuando –no voy a decir el pueblo–, los ciudadanos de a pie, los trabajadores, se valen del Dinero pretendiendo hacer algo contra el Capital, la Empresa o eso, se equivocan y se condenan, precisamente por el empleo del Dinero. Yo sé que en otros tiempos se cuenta que, en efecto, ha habido revoluciones y se dice que el pueblo se ha levantado y, a veces, ha habido alguna financiación de las revoluciones y se ha dispuesto de medios. Eso es la Historia: yo os hablo del régimen que padecemos, que es en el que están todos. Lo otro son fantasmas de la Historia, y en éste se cumple que, habiendo llegado al máximo descaro esa identidad entre Estado y Capital, la gente de a pie puede hacer muchas transformaciones y recibir financiaciones, pero es para no hacer nada más que lo que está hecho. Lo otro, a lo que tú llamas revolución y yo no quiero ni siquiera llamarlo así, porque el término está muy desprestigiado, lo otro, que lo que nos queda de pueblo de verdad pueda de alguna manera denunciar la falsedad lo primero, la vaciedad del Dios y, por tanto, acabar con él, es una cosa que yo no veo por qué es imposible: para verlo imposible tengo que ser realista, o sea, tragarme lo que me cuentan y, desde luego, dentro de la realidad eso no puede ser, porque la realidad es el Dinero, como os he mostrado. De manera que eso no puede ser. La gracia del pueblo es que no existe: ésa es su gracia y su fuerza. Como existentes, las personas ni los potentados ni los trabajadores no pueden hacer nada más que lo que

está hecho, están condenados, estamos condenados, como personas. Pero no estamos bien hechos del todo, nos quedan grietas y resquebrajaduras, y por ahí respira el pueblo, respira, como el mismo pueblo dice, respira por la herida, por esas grietas. Y eso siempre está ahí, y después de un siglo de siglos de Historia aproximadamente el Poder no ha acabado con él, Dios no lo ha matado del todo, todavía quedan resabios para sentir, quedan oídos para daros cuenta de que habéis estado oyendo durante un rato lo que todos sentís por lo bajo y en común, quedan cosas de éstas, y que eso tenga sentido, que rompa con, denuncie y acabe con el Poder, para mí es perfectamente posible, es la posibilidad de las posibilidades. Lo que desde luego no es compatible es con la realidad, con los proyectos, con los horarios, con el Dinero: con eso no es compatible. Suceda como suceda, sucederá de otra manera. A lo mejor este rato ha sucedido un poquito y no nos hemos dado cuenta, y a lo mejor ha sucedido tanto mejor cuanto menos cuenta nos hemos dado, personalmente; porque no se habla para llegar a la praxis, como decían los marxistas antaño, no es la teoría para la praxis: se habla porque hablar es hacer. Puesto que el Poder no puede sostenerse más que mintiendo –la falsificación es una condición esencial del Poder–, resulta que cualquier hablar es ya una forma de acción. /.../ Cuando menos se espera salta la liebre; a lo mejor hasta ahora ha sucedido un poco de eso que se llama revolucionario, y que para mí es un término demasiado aterrador para emplearlo; pero donde menos se espera, precisamente donde menos se espera, ahí es como el pueblo puede actuar.

Público: Es evidente, por lo que se ha estado diciendo esta noche, que por lo menos esta noche nos hemos dado cuenta, en este caso, que vivimos en un estado de profunda miseria, en un ambiente mísero y, sin embargo, paradójicamente, vemos a los medios de comunicación y a la prensa que demuestran unos márgenes de locura –se me ocurre decir– que son escalofriantes

¿no?, de la terrible miseria palpable o, aparentemente, más palpable que existe o bien en nuestra zona geográfica o bien en otros estratos sociales. Y, además, se nos solicita, casi se nos exige, lo mismo que cuando se trata de la compra de un producto, que actuemos de determinada manera. Parece sobreentenderse en la mayoría de las ocasiones que esa actuación se tiene que traducir en un intento de redistribución económica. Me gustaría saber la opinión de Agustín sobre esta cuestión.

Agustín: Nada de opinión, ¿eh?, yo nada de lo que he dicho es mi opinión. Yo he venido aquí a decir la verdad, no a dar mi opinión. Porque uno, si no quiere condenarse de antemano a la inutilidad, no puede ir, como mandan los demócratas, no puede ir por ahí dando su opinión, esponiendo sus ideas, porque no es más que hacer lo que está hecho, eso no es más que hacer lo que está hecho. Uno no puede andar por ahí dando su opinión. Dar su opinión personal es decir lo que ya está dicho y de eso, sobre todo desde que hay libertad de expresión, tenéis los oídos y los ojos llenos, ¿no?, de estupideces infinitamente repetidas. No. Uno viene a decir la verdad. Luego, como es normal, pues falla, no alcanza, se equivoca, pero, bueno, ya en eso no manda uno. Pero, si empieza por dar su opinión, entonces ya estamos al cabo de la calle, porque ya no hay nada que hacer. Lo menos que se puede hacer es venir a decir la verdad, y luego fallar, si se falla, claro: eso ya se verá. Bueno, aprovechando esto para un paréntesis metódico.

Lo que propone es muy interesante, es un problema que yo tal vez debería haber tocado si no hubiera temido estenderme demasiado. Os he hablado dando por supuesto que todos pertenecéis, como yo, a /.../ sois miembros, partes de este Estado del Bienestar. En este sentido os he hablado del régimen que padecemos. He dado por supuesto que ninguno de vosotros ha caído aquí en este momento del Senegal, y que ninguno de vosotros es de los que el Estado alimenta en los túneles del metro, despio-

jándose más o menos bien y realizando la miseria metropolitana de la manera más perfecta. He contado con esto, pero tú lo recuerdas muy oportunamente, que esto no es la totalidad y que, aparte de esto, hay en las márgenes de fuera, geográficas, y en las de la escala social, por dentro, hay gente que padece la miseria digamos, de una manera muy arcaica, muy elemental. Yo me he encarnizado en describiros vuestra miseria, como tú lo has notado. Es la que me interesaba, vuestra miseria. Es decir, la de participantes en el Estado del Bienestar, la de los que han sufrido el cambio y ya casi no tienen ni ojos ni labios ni manos para disfrutar de las cosas porque se las han cambiado todas por Dinero. Esta miseria es la que me interesaba. Pero, encima, nos queda la miseria de los pueblos del cinturón de miseria que rodea al Estado del Bienestar, y nos queda dentro del Estado del Bienestar todos los llamados marginados, pordioseros, drogatas, etc. La función más inmediata que los miserables de los alrededores cumplen, y también la de los piojosos de las estaciones de metro, es entreteneros a vosotros, los que no sois ni de los unos ni de los otros. Entreteneros por medio de la prensa y la televisión, que no deja de cebarse en esas formas de miserias de los alrededores, que nos cuenta con deleite las guerritas y las matanzas de los negros en Angola o de los revolucionarios en América Central, que os cuenta las hambrunas y las epidemias en Bangladesh o en la India, o que os cuenta las matanzas entre judíos y árabes o entre bosnios y croatas. Esa es la primera función: ¿De qué iba a vivir la prensa y la televisión si no tuvieran esto? También los marginados, los piojosos del metro también. Eso también es un tema con el cual se consigue tener a las amas de casa corrientes, a las señoras de buena conciencia, alarmadas y, por tanto, entretenidas, no sea que las atraquen o las violen, no sea que tal... Conocéis bien la explotación de esto. Esto es lo que no podemos olvidar. Cuando una cosa cumple funciones económicas tan claras, dado que el Dinero es quien manda, esto

ya nos tiene que hacer considerar la cosa detenidamente.

Lo más terrible de las miserias de los alrededores, de eso que llamamos el cinturón del Estado del Bienestar, del que la televisión vive (entre paréntesis, os recuerdo que en algunos casos extremos, como en el de la falsa guerra de Irak, hasta se hacen guerritas sólo para fabricar las noticias, cuando no se pueden aprovechar otras, un poco más espontáneas), pues, con todo, lo más miserable de toda esta gente de África, de América del Sur, del Oriente Próximo, lo más terrible de todo es que allí también les han puesto la televisión, en medio de su miseria. Esto no quiere decir que yo diga que les han vendido ya directamente televisores, porque, en muchos casos, hasta se los regalan: quiere decir que hasta allí les han imbuido como ideal esto que tenemos aquí. De forma que, cuando cualquiera de la gente de los márgenes, negros, chinos, indios, árabes, latinoamericanos, padeciendo su miseria, es capaz de revolverse contra ella, incluso con ametralladoras o lo que sea, ya está imbuido de un ideal: es la liberalización, la democracia, o sea, esto: venir a esto que tenemos aquí. De forma que ya en medio de la miseria arcaica, marginal, ya se está preparando la asimilación a todo el Estado del Bienestar que aquí padecemos. Yo no digo que no me duelan las otras miserias más cercanas. Ved cómo a las señoras les muestra la televisión los niños escuchimizadas con el vientre hinchado, en África o donde sea. No, me duele; pero, desde luego, cuando encima considero que allí mismo ya ha echado su garra al mismo tiempo el Estado del Bienestar, en primer lugar, diciéndoles a los más miserables a qué es a lo que tienen que aspirar, entonces, naturalmente, las tripas se me revuelven doble y triple, mucho más todavía. No puedo, de ninguna manera, considerar como miserias naturales ésas de los márgenes. Son miserias fabricadas históricamente desde el centro, sostenidas desde el centro y destinadas a la incorporación al centro. Bueno, apenas tengo que deciros, para lo otro (y es porque nos alargamos demasiado) que

no hay ninguno de los Estados del Estado del Bienestar que pueda vivir también dentro sin tener sus bandas fascistas, sus bandas terroristas, sus tantos por ciento de drogotas, sus tantos por ciento de piojosos del metro, sus tantos por ciento de prostitutas de los diferentes niveles, ninguno: lejos de haber desaparecido estas plagas tradicionales de otros tiempos, en el Estado del Bienestar se han consolidado, y da lo mismo Estados Unidos que Alemania, que España, que Italia, que... En todos encontraréis más o menos el mismo tanto por ciento, cuidadosamente mantenido, de esta minoría. ¿Por qué? Porque el Régimen que padecemos, la democracia, se asienta sobre la idiocia de la mayoría, como os he dicho, la confianza en que la mayoría votante y comprante es idiota, y ¿cómo se podría mantener esta mayoría si no hubiera un término de comparación, si los hijos de los señores y señoras del Estado del Bienestar no estuvieran temiendo caer al abismo que se les muestra todos los días, al abismo de la drogadicción, la prostitución y la miseria de todos los marginados? Son necesarios. Cuando los políticos y hasta los empresarios hablan de curar estas lacras, la cosa se vuelve realmente asquerosa por doble vía. Porque ellos, por lo bajo, saben –por arriba no: por arriba creen lo que hay que creer–, saben que eso es una necesidad, que pensar que puede no haber, por ejemplo, bandas de nazis, en un Estado del Desarrollo, bandas de muchachos defensores de los regímenes arcaicos, es imbécil, porque hacen falta. Están cumpliendo su misión. Estas minorías están sosteniendo a las mayoría que interesa. Y quien lo dice de esto, lo dice de los drogadictos y demás de la misma manera: son necesidades del Estado del Bienestar. Si el Estado del Bienestar fuera de verdad honrado, honesto y tal, no le haría falta. Pero el Estado del Bienestar está sostenido sobre la mentira, y para sostenerlo en la mentira, hacen falta, entre otras cosas, esto, estos términos de comparación. Tendría que verse más detalladamente, lo has sacado un poco tarde, pero, bueno, baste con esta pri-

mera entrada y otra vez volveremos sobre ello.

Público: Bueno, me gustaría estar toda la noche aquí, pero hay dos palabras pedidas, terminamos con estas dos palabras y ya se acaba.

Agustín: Sí, nunca se termina de todas maneras. De manera que da igual.

Público: Va ya para ocho años que yo le he dicho a un amigo mío que el Dinero es una lucha de control...

Agustín: ¿Es?

Público: ... que el Dinero es una lucha de control, y yo se lo decía a este amigo que no está mal que haya un control en el Estado. Vale. Lo malo es que haya unos muy controladitos y otros estén descontrolados. No veo, o sea... Por ejemplo, el Conde, con sus fincas, es un descontrol... El parado lo provoca el Dinero, o sea, no tiene ni derecho a la vida. Ahí está /.../ y tú le precedes a esas formas de control y mucho descontrol después /.../ descontrolado, unas formas de cultura /.../ ¿No le precede? ¿No es el verdadero y radical problema la forma estructural?

Agustín: Bueno, está usted, o estás, un poco conformista. Eso es pedir muy poco y... Desde luego, cuando apelas a la educación como previa, pues sigues una línea que, entre los viejos anarquistas, es una vieja tradición, ¿no? Pero no olvidéis que también los anarquistas que enseñaban a escribir en Andalucía hace ochenta o noventa años por los pueblos, no estaban en el Estado del Bienestar, estaban en otro mundo. Hemos sufrido ochenta años más, que no sea en balde. No, no, eso es demasiado poco. No hay... no es la diferencia entre unos controladitos y otros descontrolados lo que importa: es todo, todo el imperio del Dinero tal como lo he descrito. Después de todo, la cuestión de que unos sean parados, otros tengan un empleo, algunos trepen en la pirámide gracias a su idiotez, algunos vengán a creer que manejan Consorcios Bancarios o Estados, eso, después de todo, es secundario, es secundario: lo esencial es lo que, tanto a los

unos como a los otros, abajo y arriba, les da el cambiazco de la vida por otra cosa. Bueno, y está bien... entiendo la intención de que lo primero es darse cuenta –lo que esta tarde he intentado–, darse cuenta: decir la mentira de lo que se vende como verdad. Pero yo no emplearía ya nunca más ni el término ‘cultura’ ni el término ‘educación’: están tomados por Ellos. Cuando el Poder toma los términos, lo mejor que uno puede hacer es dejárselos, y la cultura es un término que es de ellos ya. Tienen hasta Ministerios de Cultura. De manera que lo mejor es dejárselo, y decir cosas más simples como esto que acabo de decir ahora. Sí, lo primero, previo, es darse cuenta. Es darse cuenta y el descubrir la mentira. Dejar pensar al corazón, o sea, a eso que nos queda de pueblo, dejarlo pensar, dejarse hablar. Desde luego, eso es lo primero. Esa es siempre la primera acción. Que los libros puedan ayudar, que las tradiciones puedan ayudar, puede ser de vez en cuando. Pero, en todo caso, el acto primero es el darse cuenta. Sí, yo te recomiendo a ti, como a todos, nunca emplear en el buen sentido cosas de Ellos, palabras que Ellos han tomado.

Público: De tal manera que ya en Méjico se han asociado –una cosa que a mí me resultó terriblemente pintoresca– con los viejos hacendados, los propietarios de las fincas, y van por las calles, en San Cristóbal de las Casas y por las calles del DF, agrardados del brazo los guerrilleros con los viejos señores y con una pancarta que dice...

Agustín: Viejos señores arruinados por...

Público: Arruinados. Son de los viejos señores arruinados a base de pedir préstamos a los Bancos con esta especie de descaro con que la sociedad del bienestar te hace caer en el crédito, ¿no?, porque es una de las trampas, lo del crédito ¿no?, que eso no lo hemos tocado esta noche, pero que es muy importante, el modo que uno paga el Dinero a través del crédito o de la fe en el Dinero, ¿no?; y estos señores, los grandes hacendados, habían

pedido muchos créditos para levantar sus fincas y poder mantener, entre otras cosas, a los siervos, a los indígenas, ¿no?, y cada vez han caído más atrapados, de tal manera que hay dos o tres millones de deudores en el Estado mejicano; y han hecho pachas con el movimiento guerrillero y entonces van diciendo, con unas pancartas que dicen: “El Capi... –el neoliberalismo lo llaman ellos, o el Dinero éste, último, el que llega como mayor depredador, ¿no?–, hace esclavos a los señores y a los pobres, a los pobres y a los señores”. Es decir, que como se ve claramente, en la pirámide de la destrucción de la vida, de la naturaleza, el Dinero allí, y de las gentes, se ha presentado como el capitalismo último, como muchísimo más depredador que ninguno de los otros: el Régimen del Bienestar es el régimen que por excelencia se presenta hasta un pueblo como el pueblo indígena, que tiene las cosas bastante claras, se les presenta precisamente como el elemento más terrible y contra el que más hay que luchar. Entonces ellos no hablan ni contra la democracia ni contra... no, no, no... ellos, de lo que están hablando todo el rato, es contra el Dinero. No quieren que se les venda ni se les compre, porque el Estado, el Gobierno, les ha propuesto llevarlos a la ciudad de Méjico DF, a aumentar los millones de niños de la calle, miserables que hay por allí. Y entonces ellos dicen “No queremos ser miserables, queremos seguir siendo pobres”. Es muy elocuente, y a mí me parecía muy interesante, que os déis cuenta que también hay un modelo de rebelión que tiene las cosas claras, que empieza por el Dios que hay que empezar, yo creo: es el tema del Dinero.

Agustín: Pues yo creo que con esta evocación, de la gente de los pueblos de Chiapas, podemos marcharnos, ¿no? Ojalá que Isabel no sea optimista, que sería terrible, ojalá que ellos se den pronto cuenta de que emplear hasta el mismo término ‘neoliberalismo’ es un pecado y que les puede costar caro, y que es mejor, como ella ha dicho, ‘Dinero’, y que sigan viviendo, claro, que sigan

vivos muchos años, que sean excepción, que sean de verdad una excepción a lo que he dicho respecto a los márgenes envenenados por el ideal del Dinero; que sean una excepción y que vivan mucho.

Conferencia impartida en Puerto Real (Cádiz) el 11 de octubre de 1996.

Placer y negación

Agustín: Espero que os dejéis hablar en cuanto os sintáis animados a ello, ya sea pidiéndome aclaraciones de algo que digo demasiado oscuro o demasiado deprisa, o ya sea aportando vuestras ocurrencias, por vuestra parte, respecto a cuestiones de las que, evidentemente, todo el mundo tiene algo que decir, ya lo creo: negaciones, de una manera o de otra. Las aportaciones se agradecerán sobre todo si vienen de vuestra voz pública, no de la personal. Personalmente todos somos reaccionarios y decimos lo mismo, lo que está mandado, creyéndonos que decimos cada uno lo suyo (ya conocéis cuál es el truco de las democracias: ir todos al mismo sitio, pero cada uno por su cuenta; el automóvil es el ejemplo que ha conseguido eso: todos más o menos al mismo sitio, a la misma hora, pero eso sí, cada uno por su cuenta, como si fuera su voluntad la que lo mueve), y por tanto, en general, las personas no tienen interés, porque una persona como persona individua, ya se sabe: no vale, yo o cualquiera. En cambio, cuando a uno le sale eso que no es uno mismo, sino que es su voz pública, la cosa cambia; y aprovecho cada vez que tengo ocasión de encontrarme con veinte, con cincuenta o con quinientas personas en una sesión pública para solicitar esto: que cada uno deje hablar no a su persona (para eso están la familia, los novios, los

amigotes de la barra: para decir las tonterías de siempre) sino a esa otra cosa que no es uno y que es su voz pública. Eso os pido que empiece a suceder cuanto antes, en cuanto oigáis algo que por alguna razón os llama, o preguntas u ocurrencias.

Os he dado un título que intencionadamente es chocante. Parece que aun sin entrar a saber qué quieren decir las palabras 'placer' y 'negación' –chocan mucho, eso sí–, son, de alguna manera, si no contradictorios, por lo menos contrarios, al menos antes de que empecemos a pensar sobre ellos.

La negación, el 'no', es el germen mismo y el instrumento de toda lógica; y como yo pienso que deben confundirse lógica con lenguaje, con lenguaje común, ese 'no' es el fundamento del lenguaje mismo, es decir, de todo lo que en nosotros vive propiamente, el lenguaje popular, el lenguaje de abajo. El 'no' es lo primero, de ahí nace todo lo demás.

Si no fuera por el 'no', este primer instrumento lógico, no podría ni siquiera empezarse a formar gramáticas de las más elementales, porque para que haya una gramática se requiere que una 'p' no sea una 'b', y que 'verde' no sea 'azul'. Sólo la diferencia hace la identidad; sólo el no ser otro, el no ser otra cosa, el no ser de otro modo, es lo que parece establecer eso a lo que aludo con 'Identidad': por tanto, el ser mismo. Al decir origen del lenguaje se está diciendo la raíz del ser. Una 'p' tiene que ser una 'no b', tiene que no ser una 'b' al mismo tiempo que tiene que no ser una 'f', que ser una 'no f', para conseguir ser una 'p'; si no, no lo consigue. Sólo así se crean los entes abstractos como estos de los que os doy ejemplo, los fonemas o también semantemas como 'verde' y 'azul', que solamente gracias a su diferencia, cuanto más rigurosa mejor, pueden establecerse como seres. Esta es la raíz pues de toda lógica y de todo lenguaje, porque es la raíz de la abstracción y sin abstracción no hay gramática; y sin gramática no se habla; sin gramática no hay razón común, sin gramática no hay pueblo.

Por eso tal vez es por lo que –como descubrió lúcidamente Freud– en los ensueños se supone que no hay negación, que no se puede soñar el ‘no’; justamente en situaciones en que la lógica parece quedar escluida y en que la hilación típica del ensueño es una hilación no lógica, al menos tal como Freud la entendía cuando se empeñaba en considerar que los sueños son un caso del lenguaje, cosa por otra parte discutible, pero que él hacía así, y descubría que faltaba la negación en el ensueño.

Parece que es estraña también, de alguna manera, a esa cosa que se le parece o parecía: la poesía o como queráis decir; ese modo de lenguaje destinado a operar de una manera que no es desde luego la del lenguaje cotidiano, ni mucho menos el lenguaje de los negocios y el lenguaje de la ciencia, que es otro juego lingüístico distinto. En la negación... En la poesía la negación no opera, por lo menos no opera bien o directamente. Si uno intenta producir algo poético del tipo: “No había gaviotas en todo el cielo”, pues ha fracasado ya, porque las gaviotas están ahí y el ‘no’ no ha sido capaz de eliminarlas. Así es como la poesía opera o debía operar en otros tiempos, cuando la había en este mundo. En Banca, si no tienes mil pesetas no tienes mil pesetas, eso está claro; pero en poesía, si no había gaviotas en todo el cielo, las gaviotas siguen estando, siguen estando y no hay quien las quite.

Sin embargo, por otra parte espero que aparezca un poco a lo largo de este rato que la poesía es un ‘no’ también, un ‘no’ como desgarramiento de la realidad; es decir: de lo que se nos vende, que es a lo que propiamente se llama realidad, eso sí; algún modo de desgarramiento, de descubrimiento de la falsedad de eso y, por consecuencia, un vislumbre de otra cosa que no es eso. Fijáos la intención con que enfatizo aquí el ‘no’: al ser desgarramiento de lo que se vende, de la realidad, vislumbre de lo que no es eso. Sobre eso volveremos más adelante.

Por otra parte, lo que estamos hoy haciendo aquí no es

ese ejercicio lingüístico de la poesía, sino éste bien contrario del razonamiento, de la razón. Es a lo que os estoy invitando, lo que os estoy pidiendo que hagáis conmigo, cuanto antes, razonamiento, razón, lógica, en ese sentido; lógica del lenguaje corriente, por supuesto. Una lógica, también, trata de otra manera muy distinta, opuesta al lenguaje poético, trata de descubrir la falsedad, de decir 'no'.

Termino (voy a hacer enseguida la primera pausa, ¿eh?, para obligaros un poco), termino haciendo costar que esto de que el 'no' es la raíz de la lógica y del lenguaje, también podéis observarlo acudiendo a los niños, a lo niño —como tendemos a decir últimamente en la Asociación Antipatriarcal, a la que hace algunos años pertenezco: esa defensa contra los adultos que estos amigos pretendían y que, en realidad, no puede ser más que un ataque, un no a los adultos, porque sólo se defiende a los niños atacando a los adultos; es una ilusión defender a la naturaleza si no es atacando lo que la mata; es una ilusión defender el ferrocarril si no es atacando lo que lo mata, con el 'no' al automóvil, en ese caso. Siempre cualquier forma, por bienintencionada que sea, de defensa, cuando se vuelve positiva, se pierde, fracasa; sólo... sólo se mantiene activa y eficaz cuando está el 'no' en acto, el 'no' en acción, el principio de la lógica—. Pues bien, observando a los niños, a lo niño de los niños, también se observa: los niños entran en el lenguaje, el lenguaje entra en los niños (ninguna de las dos fórmulas es exacta, hay que decirlas juntas), los niños entran en el lenguaje, el lenguaje entra en ellos, empezando por ahí, lo primero que aprenden es a decir 'no'. Ya sé que a muchos os habrán contado cuentos de esos que suelen contar, en el sentido de que lo primero que dicen es "mamá" y cosas de esas que convienen para la glorificación de la realidad reinante, que en la figura de la madre tiene un centro muy importante, pero es mentira: lo que los niños aprenden a decir primero es 'no'; unas veces aprenden a decirlo con la boca

y otras con el gesto convencional de la cabeza, que ya es lenguaje; pero en todo caso, aprenden a decir 'no' y a partir de ahí, a partir de ahí la lengua entra en ellos, ellos en la lengua.

También con esa observación esterna, pues, se muestra lo que os iba diciendo de que el 'no' es la raíz de la lógica, del razonamiento, del lenguaje mismo en cuanto lenguaje vivo, lenguaje popular.

Por eso en el título parece que esto debería entrar a chocar con aquella cosa de 'placer', porque ¿qué cosa —diríamos— más ajena a la negación que aquellas sugerencias que palabras como 'placer' o como 'gozo' proporcionan? Parece que debería estar claramente en contra. Cuando pensamos en placer pues, uno —y una— sabe que esencialmente uno está pensando en amor, porque de alguna manera las demás formas... las demás formas son como aproximaciones o sustitutos, las demás formas de lo que se llama placer; y uno piensa que el amor es muy ajeno a la negación: ¿qué tiene que ver? Uno diría, sobre todo si se pone un poco sumiso al orden social y un poco cursi por tanto, uno diría que es como lo más positivo, que es como la fe ciega, ajena a todo razonamiento; apoyándose tal vez en aquello de que tiene que ser ciego o de que tiene que ser loco, porque, efectivamente, como se dice en el soneto de don Antonio Machado, "Huye del triste amor, amor pacato, / sin peligro, ni venda ni aventura, / que busca en el amor prenda segura, / porque en amor locura es lo sensato." Como uno, uno piensa así: uno, uno piensa que amor y cualquier otra forma de placer —o de vida, si queréis—, cualquier cosa de éstas, sería lo más contrario del razonamiento y, por tanto, en primer término, de la negación.

Esa es la forma de haceros explícito el choque que en el título estaba en germen. Sin embargo, —termino por ahora—, sin embargo es evidente que hay un placer del razonamiento, todo el mundo lo conoce más o menos. Esas cosas tan opuestas se encuentran en ese conjuntamiento: hay un placer del razona-

miento. Y si es un placer del razonamiento, es un placer de la negación por lo que he dicho, porque la negación es la raíz misma de toda razón.

Hay un placer de la razón en marcha –entiéndase bien: razonamiento, razón en marcha, lenguaje que está hablando: no confundáis con otra cosa–; en eso, en ese ejercicio hay un placer evidente, que compite o por lo menos se coloca en otra punta con el amor mismo, con el placer mismo del amor.

Esta es mi primera pausa, de manera que –como supongo que ya os he contado unas cuantas cosas que puedan suscitar o preguntas o discusión u ocurrencias– adelante. Espero que me deis vuestras manos bien, recurriendo al habitual procedimiento.

Público: A mí me ha sorprendido bastante que hayas dicho que en la poesía la negación no... fracasa, que no se use, porque yo creo que no es que sean cuestiones, no sé, de la negación ni de las gaviotas; no es tan sencillo. Entonces...

Agustín: A ver, ¿en qué estas pensando, si puedes? Con ejemplos, digo.

Público: Por ejemplo, de León Felipe hay un poema que se llama “Los locos”: “En España ya no hay locos”. Entonces...

Agustín: Fracasa como con las gaviotas, ¿eh? “En España ya no hay locos”: España queda llena de locos, irreversiblemente. No puede ser, fracasa.

Público: No sé, pero vamos...

Agustín: Entiende bien: supongo que...

Público: /.../

Agustín: En ese sentido que he dicho, ¿eh?, no funciona, no anula; no anula como en el lenguaje de los negocios o como en la aritmética o como en la lógica: no anula. No anula. Por eso he dicho que es semejante a lo que Freud piensa del ensueño como lenguaje. Pero no olvides que he dicho que, de otra manera, que espero que se vea, se puede decir que la poesía es una forma de negación; entera, la operación poética es una operación

de negación. Esas son las dos cosas que hay que compaginar: la costatación de que no funciona como en el lenguaje lógico ordinario, y luego esa otra costatación, más difícil, de que ella misma como acción lingüística, como acción, como operación, es también a su modo una operación lógica, es decir, negativa; pero eso irá apareciendo, espero, con un poco de paciencia.

Público: No sé si... si es lo mismo o es distinto, pero yo diría que Freud no dice que el sueño es un lenguaje, sino un pensamiento, o sea, una forma de pensamiento; y el lenguaje... bueno, que una forma de pensamiento inconsciente que precisamente es el precosciente, es decir, el lenguaje, lo lógico, lo que lo trasforma para poder ser aceptado. Es decir, para poder entrar dentro de la aceptación haría falta entonces seguir las reglas de la lógica del lenguaje, donde entraría la contradicción, como puede entrar en mi sueño; mientras que en el inconsciente los contrarios siempre son posibles, las leyes son distintas, no hay pasado ni presente ni futuro, el sí y el no estarían de tal manera que serían lo mismo y eso, inaceptable para lo consciente, es lo que se convierte a través del lenguaje en precosciente o, como diría Lacan también, en algo lógico que sí se puede entender y aceptar —o negar—. Quiero decir, como cualquier sueño que pueda ser recordado, se puede recordar como negaciones, pero porque ha entrado otra instancia, desde el punto de vista de Freud, en el asunto. Y con lo de la poesía se me ocurre algo que podría ser un verso, ¿no?: “No hay paz en la tierra”; el principio de un verso, ¿por qué no?

Agustín: Puede ser el principio de un verso. Hay muchos.

Público: No. Quiero decir que “no hay paz en la tierra” es no hay paz en la tierra.

Agustín: “No hay paz en la tierra”. Eso es un equivalente de “hay guerra en la tierra”, ¿quiere decir?

Público: Quiere... Quiero decir algo que realmente expresa una negación, porque cualquier negación también es una afirmación de —a veces—, de otro contrario, ¿no?

Agustín: Bueno...

Público: O sea, “no hay paz...”, “no hay paz en la tierra” es “hay guerra en la tierra”; a lo mejor es igual, es equivalente, no lo es. Bueno...

Agustín: Sí...

Público:... quiero decir, por hablar, vaya.

Agustín: No, no. Por hablar no.

Público: Bueno, por hablar... en el sentido de estar sintiendo el...

Agustín: Son aportaciones... aportaciones muy agradecidas. Bueno, dejemos esto de como si la negación es afirmación, porque esto es complicado. Lo que he dicho es que la identidad necesita la diferencia y en ese sentido la negación es creadora del ser y demás. Lo que ha recordado respecto a Freud, bueno, es muy de agradecer que lo haya recordado –yo no pensaba detenerme tanto– y es exacto hasta cierto punto; hasta cierto punto. De manera que como me hace detenerme en ello, pues nos detendremos. Es exacto sólo hasta cierto punto.

La primera distinción, que en Freud está a veces clara y a veces no lo está, es ésa entre inconsciente de verdad, es decir, lo que no se sabe, y que por tanto uno se siente inclinado a decir incluso con reproche a Freud: puesto que no se sabe, lo mejor es no hablar de ello; y eso es lo inconsciente de verdad; y luego está esa cosa que a veces se traduce por precosciente, que yo suelo decir subscosciente, sobre todo desde que me di cuenta de que la gramática de las lenguas está justamente en esa región que Freud describió, subscosciente es un sitio adonde va a parar lo que ya se ha sabido y ha dejado de saberse; por tanto, nada de inconsciente: es lo que se ha sabido y ha dejado de saberse. Y eso hay que imaginárselo, sin grave peligro, como una bolsa: no hay una verdadera devolución al inconsciente. Nunca, nunca se devuelve nada a la pura pérdida, al puro no ser: queda como una bolsa. Y la gramática queda así. Freud lo describió para lo que queda, por censura, de la manera que ha recordado, para lo que tiene que dejar

de ser consciente para poder seguir viviendo en este mundo. Pero, por otro lado, hay también un subconsciente técnico, que es la misma región y que es de la gramática.

Los ensueños se elaboran evidentemente a partir de la censura, por tanto a partir del subconsciente. Los motores pueden venir de más abajo, pero allí ya no sabemos nada. Pueden venir de más abajo, sí. A veces sabemos, por ejemplo, que en un ensueño puede intervenir que la vejiga esté llena. Cosa más inconsciente no hay, porque desde luego la vejiga o la secreción de la bilis son cosas de verdad inconscientes, en cuanto a incontables. Pero aunque cosas de verdad inconscientes intervengan, desde luego la elaboración, sobre todo en los aspectos en que Freud se detuvo, la elaboración es en el nivel de lo subconsciente, que es lo que hace que justamente para esa aceptación de que hablabas, pues el lenguaje que se adopte, si se le llama lenguaje, o la forma de pensamiento que se adopte, si se le llama pensamiento (yo no distingo, ya lo dije al principio: es un error intentar distinguir) no ha de ser la de la vida cotidiana, la del lenguaje de los negocios, la de la lógica corriente aplicada y sometida, sino ésa que decimos que empareja algo a lo de la poesía, ésa de la hilación, el encadenamiento, en el cual él descubría la negación de un juego. Ese es el sitio en que se efectúa la elaboración.

Claro, por desgracia, el ensueño mismo nunca se tiene directamente; el ensueño, encima, sólo se tiene cuando se rememora y, claro, cuando se rememora, ya estamos en la realidad; cuando se rememora, se lo cuenta al analista o lo escribe uno a media noche o al despertarse, pues ya está haciendo una operación tremenda, está queriendo ya convertir aquello en la lógica corriente. Y nunca se puede saber bien cuánto, en una narración o rememoración del sueño, cuánto ha intervenido necesariamente este lenguaje de la vigilia, este lenguaje corriente; y cuánto ha quedado de aquella otra elaboración propiamente onírica o poética o como se diga.

Bueno, permite que aproveche así, en la parte más interesante de lo que decías esta... esta cosa, ¿no? De manera que si alguno todavía le queda alguna oscuridad o curiosidad relacionada con estas formulaciones, puede preguntarnos, a ti o a mí, o a cualquiera que haya estudiado estas cosas.

Público: Quería preguntarle si cuando nos ha dicho que el placer de la... razón...

Agustín: Ah, perdona. Perdona un momento. Sí, sí. Ya veo que vas por otro camino. Por eso yo quería... si alguno, de estas cuestiones (por tener un poco de orden, ¿sabes?), si alguno tenía o tendría curiosidad respecto a estas cuestiones de ensueño, Freud, (pre) subconsciente, inconsciente... si no queda lo bastante claro la relación entre psicoanálisis y gramática.

Público: Sí. Respecto al subconsciente, en el que están cosas que se han sabido alguna vez. Si se afirma eso, el aparato del lenguaje profundo, que no se aprende en ningún momento ¿dónde está?, ¿no está en el subconsciente?..

Agustín: Está...

Público:... ¿está más abajo?

Agustín: No, no. Está ahí. Está ahí.

Público: Si está, pasa inadvertido.

Agustín: No por... no por la persona, desde luego, porque la persona ni siquiera está; esa es la cuestión: si suponemos, como estamos obligados a suponer, que un niño viene ya con una gramática común, una predisposición para aprender una lengua cualquiera; y viene, por tanto, con los elementos esenciales de una gramática, entre los cuales está la negación; y que sólo gracias a este aparato general, común, puede aprender cualquier lengua que le pongan luego por delante; si suponemos esto, el problema que planteas es un problema –claro– evidente: ahí, de ése, no podemos decir que el niño lo ha sabido, porque el niño no estaba; el niño empieza a estar bastante después, cuando entra en una lengua particular y se convierte en persona. Por

eso en la imaginería biológica se dice: bueno, 'aprendido' quiere decir: hay 'registrado' en el código genético. Por supuesto, a mi no me gusta mucho decirlo así, pero es una opción. Registrado en el código genético, quiere decir de alguna manera aprendido y no por el niño.

Público: No. Bueno. No se ha sabido nunca. No se puede decir que alguna vez se haya sabido...

Agustín: El niño no lo ha sabido porque el niño no está. Que el niño no lo sepa no quiere decir que alguien no lo sepa: ¿por qué?: aparte de la persona hay más cosas. Bueno, se podría seguir hablando más, sí, pero tal vez demasiado.

Público: Lo mismo: que cómo es posible que el niño no lo sepa si no lo está aprendiendo para luego olvidarlo.

Agustín: No se si he cogido bien; repite.

Público: Que cómo es posible que el niño, al aprender, sepa eso, ¿no?; porque si luego se le olvida, ¿cómo es posible que lo sepa?

Agustín: El niño lo tiene olvidado porque viene con ello, y si está en el código genético, literalmente estaría en lo que he llamado incosciente; pero esto no creo que sea exacto: en todo caso, no es consciente porque la conciencia no está. Y lo que el niño va olvidando es lo que aprende de su entorno, la lengua particular, el idioma. El niño pasa por un periodo en que, ayudándose de ese útil común que trae, tiene que habérselas con la lengua de sus padres y de sus vecinos, una lengua cualquiera. Todo el mundo sabe que hay, alrededor del año y medio, un periodo de lucha entre la gramática común y la gramática del idioma que quieren imponerle. Normalmente triunfa el idioma de los padres, que el niño aprende. Mientras el niño está aprendiendo, sabe, es consciente, sabe lo que está aprendiendo, y lo va olvidando según habla bien. Esto es difícil comprobarlo directamente en los niños, pero como resulta que en la carrera humana, después, hay cantidad de otros automatismos que evidentemente se han formado sobre el modelo del lenguaje, nos encon-

tramos que cuando uno está aprendiendo a escribir a máquina, hay un momento, un periodo en que sabe dónde están la teclas, dónde están los implementos, mientras no escribe bien; y a medida que va escribiendo bien a máquina, luego va olvidando todo. Es decir, que va quedando reducido al subconsciente, un sitio... a lo subconsciente, un sitio muy cómodo, que es capaz de mover los dedos y de mover los ojos y que, sin embargo, me permite no intervenir para nada. Esa es la maravilla del subconsciente técnico, ¿no? En la medida en que todavía estás aprendiendo, sabes; en la medida que vas aprendiendo la técnica bien, olvidas. Es decir, no olvidas del todo, porque nada se olvida –según Freud–, sino que lo vas recluyendo a lo subconsciente.

Bueno, tenemos motivos para pensar que todas las actividades automáticas, ésa o la del baile o la del piano o cualquiera otra, todas las actividades automáticas están fundadas sobre el modelo de la gramática. De manera que también la primera vez, también ha sido así. Ha habido unos meses, un año tal vez, de lucha, en que el niño comparaba con la lengua de sus padres algo, luchaba. Y ha habido un momento en que ha empezado a hablar bien, antes de los dos años normalmente, y entonces, desde ese momento, ya el niño tiene su subconsciente gramatical, que –ayudando en este punto a Freud– le va a servir para que después pueda meter allí lo que él tenga que meter, por obra de la censura también. Una vez creado por la gramática, ya ese saco queda bien dispuesto para recibir todo lo que la represión le obligue a meter allí dentro.

Público: Cuando nos ha dicho que el placer de la razón es el placer de la negación, ¿se estaba refiriendo a la negación como ese primer motor del mecanismo, es decir, el placer mediante o a partir de la negación? o ¿nos estaba diciendo algo más?

Agustín: Bueno, lo he enunciado nada más que como portada para lo siguiente, pero evidentemente he dicho: hay un placer del razonamiento, un placer que todo el mundo conoce; un pla-

cer de pensar y un placer de razonar y un placer del hablar –incluso del dejarse hablar–, que, evidentemente, quiere decir placer de la negación, puesto que hemos quedado que todo razonamiento es, en la raíz, negación. No he querido decir más que eso.

Público: Sí. Pero en cuanto /.../

Agustín: /.../ pero eso es más bien nuevo.

Público: Sí. Quiero decir si es simplemente como una costante lógica, no es objeto, bueno, o bien del estudio lógico o, en este caso, objeto del placer. Existe simplemente como un mecanismo de ese sistema. Quiero decir, no nos está diciendo que sea objeto, simplemente...

Agustín: No. Objeto no, desde luego.

Público: Por eso digo que no hay nada más, ¿no? Que no hay nada más.

Agustín: No, no. Sí hay, más: hablar...

Público: Más, pero no por ahí.

Agustín: Más, pero no eso. Pero no eso. Es decir, que de ninguna manera estaba pensando en que hubiera que hablar de la negación, esto es lo más sofisticado e inoportuno. Se habla de cualquier cosa por medio de, esencialmente, la negación; por medio de la negación. La negación está en acto en el razonamiento. Bueno, puede llegarse, con mucha sofisticación, a hablar de la negación como yo estoy haciendo, como se nos hace en lógica; pero eso son evidentemente casos del lenguaje muy especiales. De ordinario la negación está actuando, está actuando, no hace falta que se hable de ella. Y apelaba a esta cosa, bueno, de sentido común, de que todo el mundo sabe que hay un placer del razonamiento que me atrevía de alguna manera a equiparar con el placer por excelencia, con el placer amoroso, por opuestos que estén.

Bueno. Me alegro de que estéis contribuyendo tanto desde el principio, como os he pedido, y me veo, sin embargo –para

no eternizarnos—, me veo obligado a seguir un poco; pero haré pronto alguna otra pausa.

¿Cómo es esto, pues, de que haya una contraposición tan neta —al parecer— entre placer, especialmente amor, que tiene que ser loco, tiene que ser ciego, y razonamiento, lógica, negación, mientras por otra parte costatamos que —por lo menos en ese reconocimiento del placer de razonar, del placer de hablar— parece que se pueden dar el uno con el otro? Vamos a verlo un poco.

La negación más elemental, primera, no es desde luego una negación muy lógica, que digamos: la negación primera o más elemental es la negación del rechazo. Para lo primero que los niños aprenden el signo convencional (convencional, no natural) de menear la cabeza de una cierta manera o pronunciar algo que se parezca al ‘no’ de los adultos, para lo primero que lo aprenden es para rechazar, para decir “no”. Es un no prohibitivo, no es una negación. Es un ‘no’ que quiere quitar de en medio algo, hasta la presencia de una persona que le resulta por lo que sea antipática: le dice “no”; y a una comida que no le gusta “no”. Pero eso es lo primero, es la forma primera de la negación. Es una negación práctica, activa, de forma que es de suponer que, en algún sentido, a pesar de que la he puesto como raíz de todo pensamiento, sus usos puramente lógicos son una purificación a partir de ahí, a partir de sus usos prácticos. Eso conviene costarlo. Y esto, por supuesto, nos pone en relación muy estrecha con algunas de las cuestiones que me alegro de que me hayáis invitado a adelantar: nos pone en relación con las cuestiones de la represión.

Porque, efectivamente, ¿qué es la represión? (en el sentido freudiano), ¿qué es la censura?: es una acción de este tipo. Es una acción de este tipo: un ‘no’ le dice el padre o la madre al niño: “Eso no”, “no debes hacerlo”; y le dice Dios a Moisés lo mismo: “No matarás”, “No desearás la mujer de tu prójimo”:

cosa más evidente: ahí está, en la voz del padre o de la madre o en las Tablas de la Ley, está una acción bien visible de la negación. Y ésta es la que hemos visto en la discusión anterior que es la creadora de lo que, de una manera, con una precisión pluscuamfreudiana, he denominado subconsciente; es la creadora de eso. Pero aparte de ser la creadora de eso, con ello es la creadora de mucho más todavía: es la creadora de eso –¿recordáis?–, es la creadora de esa especie de bolsa donde va a parar lo que ha sido consciente y ha tenido que borrarse de conciencia, empezando por la gramática de los lenguajes y siguiendo por los objetos de censura; pero más todavía. También aquí vuelvo sobre Freud, sobre la noción del Principio de Realidad.

¿Qué es lo que el padre o la madre le están haciendo al niño cuando le dicen: “¡No! ¡No te toques ahí!”, “No comas eso”; o Jehová a Moisés: “No desear la mujer de tu prójimo”. Pues están haciendo esa operación que Freud describe muy bien, aunque –como siempre– de una manera muy dispersa, a lo largo de las obras, que es la imposición del Principio de Realidad, el reconocimiento del Principio de Realidad. Ya sabéis que los alemanes disponen de ‘Wirklichkeit’ y ‘Sachlichkeit’, y en Freud las dos cosas juegan. La realidad en cuanto efectividad, operación, y en cuanto coseidad, cosa, están debidamente confundidas en el término español ‘en realidad’: las dos cosas están ahí. Y la operación a la que nos referimos es la creación de la Realidad. No parezca esageración: imposición del Principio de Realidad a los niños es lo mismo que creación de la Realidad; no hay manera de separar lo uno de lo otro. Si la Realidad estuviera ya creada, por ejemplo, de una manera natural, no haría falta imponérsela a los niños, eso está claro. Si hubiera naturaleza ¿qué falta haría que el padre, la madre ni Jehová le dijeran a nadie: “No hagas eso”?, si eso ni se le va a ocurrir; las cosas... las cosas naturales parece que de por sí funcionan bien y no necesitan leyes. Si es preciso decirle al niño: “¡No!”, y Jehová a Moisés “¡No!”,

es porque esa Realidad no estaba creada antes, se crea en ese momento.

De manera que imposición por parte del que manda, sumisión por parte del que obedece al Principio de Realidad, incorporación del Principio de Realidad, eso equivale al mismo tiempo a esa cosa que –por distinguir como distinguen los filósofos– diríamos objetiva, a esa cosa que es la creación de la Realidad misma. No ha lugar a distinguir, las dos cosas son la misma.

Bueno, entre paréntesis, la actitud de Freud mismo respecto a esto, a esto de la imposición del Principio de Realidad, es ambigua, es típicamente ambigua. Porque, claro, él se da cuenta de que en ese Principio está todo lo que se puede llamar civilización, toda la cultura, y ¿quién se atreve a desdeñar toda la civilización y toda la cultura de un golpe?. Y por supuesto, él sabe muy bien que no hay industria, no hay progreso, no hay gobierno ordenado, no hay música, no hay literatura, si no es gracias al reconocimiento del Principio de Realidad. Por tanto él descubre que eso es efectivamente una imposición; la actitud se vuelve más bien reticente frente a ello. Por otra parte tiene que reconocer su admiración por la cultura, y entonces la actitud se vuelve más bien de aceptación. Pero esta misma ambigüedad de Freud, en que Freud se presenta como una persona cualquiera (en esta ambigüedad, no en lo demás; pero dáos cuenta que no como descubridor; pero en esta ambigüedad se presenta como una persona cualquiera), es típica, vale para cualquiera: ¿quién no está condenado a esa misma ambigüedad? Uno siente la repugnancia de que al niño le digan “No toques ahí”, o que te digan “No desear la mujer de tu prójimo”; sabe la mala intención que hay, porque se sabe que con esa negación se están creando efectivamente los crímenes y los jueces y la justicia y las prisiones y todo lo que viene detrás; sabe la mala intención de eso y al mismo tiempo dice. “Bueno, pero tenemos la música,

tenemos la paz –para quienes creen en ella–; tenemos las leyes, que son tan buenas, tenemos un orden social, tenemos automóviles; entonces, claro, la cosa no debe de ser tan mala, ¿no?” Esa es la ambigüedad a la que todos estamos condenados.

Eso sobre la imposición del Principio de Realidad. Fijáos bien que el procedimiento a que me he referido, la represión –la que Freud tuvo ocasión de estudiar de una manera tan clarividente–, está en gran parte pasada de moda en la situación actual que vivís, no se lleva mucho. Hace mucho tiempo que los padres mismos, las figuras del Poder, no sólo no son represivos ni les dicen a los niños: “No te toques”, sino que si alguna vez se sorprenden siendo represivos, les da vergüenza, saben que eso no puede ser; dicen: “No, no sufras: un padre no puede ser así, una madre no puede ser así, no puede decirle al niño eso; hay que dejarle que se desarrolle y que se desenvuelva”, –ya sabéis, todas las doctrinas pedagógicas–. Hace muchos años; de manera que aquí ha habido evidentemente una represión contra la represión, que ha triunfado en gran medida.

Si una madre se siente con mala conciencia cuando le impone la ley a su roro, a su cría a medio hacer, si se siente con mala conciencia, es que ha habido un ‘no’ contra el ‘no’, ha habido un ‘no’ respecto al ‘no’ mosaico o al ‘no’ del “No te toques”, y de nuestros días es característico que en una gran medida ha triunfado. Las cosas han cambiado. Pero ya os advierto que las cosas, por ahí arriba, cambian precisamente para seguir siendo las mismas; eso es una cosa que el pueblo lo sospechamos, acá abajo, para todos los casos, y que comprobamos una y otra vez. El pueblo sabe que por allí arriba se cambia para seguir igual y que los cambios no tienen más función que la de engañar a la gente haciéndole creer que algo ha cambiado. Eso es lo que vamos a ver ahora.

En los tiempos de la represión, que los más jóvenes de vosotros, de vosotras, no habéis conocido bien, gracias a esta

actuación de la negación, creadora de la Realidad, se habían desarrollado incluso cosas muy perversas, como todo el mundo sabe: se había desarrollado —dejando otras perversiones que en este momento no me interesan mucho, aunque son interesantes en sí—, se había desarrollado una especie de gusto, sustitutivo evidentemente del placer, en el pecado; los mayores lo saben bien (bueno, no quiero tampoco engañaros demasiado: hasta los más jóvenes lo sabéis). Hay la posibilidad de que se desarrolle en la desesperación de encontrar un placer por las buenas, un amor por las buenas, es muy normal que se desarrolle eso que podemos llamar una libido peccandi; ya que no se suele tener gusto en el amor, se tiene gusto en pecar; un sustituto aceptable. Todo el mundo sabe que la cosa puede marchar así, y eso es uno de los sustitutos indirectos de la negación como represión, la negación creadora de la Realidad.

Claro, la otra manera era el contentamiento, que también más o menos sigue rigiendo. Contentamiento, otra forma de la desesperación, un poco contraria al gusto de pecar. Podía ser el contentamiento puro y simple, es decir, aquello que le podía preguntar la madre a su hija al mes después de haberse casado, “¿Eres feliz, hija mía?”, y ella decía: “Sí. Sí, mamá, soy feliz”. Eso, esa especie de tontería, claro, es una cosa... evidentemente todo el mundo sabe que es una resignación, una resignación más o menos disfrazada. Pero es otra forma de habérselas con el aparato de la represión, el contentamiento, el decir “Bueno, yo he renunciado, ya sé que no hay amor, que no hay locura, que no hay placer; entonces tomo lo que me dan, tomo lo que hay: novio seguro, un marido seguro, una mujer segura, tomo lo que me dan, el sustituto”. Eso lo conocéis muy bien.

En la situación actual, veamos un poco más el cambio para seguir igual. El procedimiento que hoy rige, sobre todo, el procedimiento rey, es el contrario al de la represión, es el procedimiento de la asimilación. Es el que os he insinuado antes

haciéndoos aparecer la mala conciencia del padre o de la madre, respecto a prohibirle o a decirle ‘no’ a su retoño; está obedeciendo al principio más actual, que es la asimilación. Es decir, el Poder, Jehová, Padres, –Poder, por arriba–, ha asimilado aquello que parecían tendencias demasiado fuertes en la gente no formada, aquello que antaño se reprimía. Se ha dado cuenta de que el procedimiento era muy torpe, que era mejor hacerse cargo de ello, asimilar desde arriba, en el Poder, esas cosas, y entonces imponerlas positivamente. Cambiar la negación, el “No matarás”, cambiar la negación del “No desearás” por “Harás, lo harás”, ha demostrado ser mucho más mortal, es decir, mucho más eficaz para el Poder.

Efectivamente, el padre o la madre estarán dispuestos a decirle al niño que dé rienda suelta a todos sus gustos. Un maestro muy progre estará dispuesto, no sólo a decirle a los niños que no es malo masturbarse, sino a recomendarles que se masturben, de determinadas maneras, los niños y las niñas. No estoy diciendo cosas del otro mundo, ¿eh?; estoy diciendo cosas de éste, que ya están ahí. Tenéis asignaturas de educación sexual, consultorios de médicos de tipo sexual, por todas partes; estáis llenos de eso. Esta es la Iglesia, esta es la verdadera Iglesia, que es la misma, pero con la cara cambiada. Pero ésta es la que hoy triunfa, la técnica de la asimilación. Se cambia para seguir igual.

En esta técnica de la asimilación, naturalmente, a lo que asistimos es, por supuesto, a una forma de obediencia que no es más que la generalización del contentamiento, de la resignación de que antes he hablado. A lo que se os ha enseñado desde pequeñitos y se os sigue enseñando, es a contentaros con los sustitutos, con los Ersatz. Esta es la técnica. Es la técnica esencial, dicha en dos palabras. Es la técnica del Ersatz, del sustituto. Os han enseñado y os enseñarán todos los días a que adoptéis una actitud que, si se hiciera consciente, sería: “Bueno, como yo sé que placer no hay, que vida no hay, que amor no hay, que amor

loco no hay, entonces acepto esto que me venden”.

Lo que me venden ya sabéis lo que es: pues son no sólo los manuales de masturbación, os venden –mucho más importante– diversión, discotecas, televisión, cambio de auto, compra de moto, después de moto auto, cambio de marca de camiseta pintada sobre el pecho. Bueno, todos sabéis a qué estáis condenados, no hace falta que yo os lo cuente. Y esto es el fruto de la asimilación tomado desde abajo: obediencia, contentamiento con la diversión. Es la industria más importante del mundo, no hace falta que os lo diga. No hay ninguna industria del capital, en su forma actual, que pueda compararse con la industria de la diversión; es decir, la industria del Ersatz, de la sustitución.

La industria de cosas que al niño se le enseña que le gustan y se le convence de que le gustan, para que evidentemente nunca pueda gustarle nada, ninguna cosa; para que se pierda aquello que en él podía haber de deseo, de verdaderamente vida, placer, amor, cosas que no sabemos. Al niño se le enseña que le gusta un chupa-chups o... ¿cómo se llaman esas porquerías que hacen, que hacen una especie de efecto picante y refrescante cuando se lo rozan por los dientes?, no me acuerdo cómo se llama (¿Cómo se llama eso? –¡eh? –No, polo es una cosa muy vieja. –Bueno, es igual; las porquerías son innumerables), pero si os fijáis bien, si sois observadores, percibiréis en un niño el proceso: evidentemente a un niño eso no le gusta, eso que acabo de describir, ¿a quién diablos le va a gustar?; pero con un poco de empeño, con un poco de empeño al cabo de meses, al crío le gusta. Y “al niño le gusta” quiere decir que ha renunciado, que ha renunciado al placer, que ha aceptado la sustitución. Ese niño se ha educado. Ese niño se ha sometido al Principio de Realidad, pero en su forma actual, no en la forma que Freud estudió, cuando el imperio de la represión. Ese niño con ese proceso se ha...

¿A qué muchacho o muchacha le puede gustar una dis-

coteca? Ahí eso no cabe; es una cosa imbécil pretenderlo, sólo con enunciarlo. Una cosa que reúne, como integrantes, casi todas las molestias posibles, todas juntas, que impide, por supuesto, no sólo el placer de hablar, el placer del razonamiento, sino el otro, el placer amoroso; lo impide con la pretensión de provocarlo, ésa es la trampa a la que todos estamos acostumbrados. Y sin embargo, pues ya sabéis, al cabo de un poco de tiempo de insistencia, pues, amigo, pues le gusta ir a la discoteca: “¿qué voy hacer? No tengo otra cosa”.

¿Cómo voy a pensar yo que esas ancianas y tías disfrutan viendo la televisión?

... Para que os voy a contar nada, si es lo que tenéis alrededor todos los días. Estoy... (voy a cortar casi enseguida: espera, ten un momento de paciencia), ésa es la técnica de la sustitución.

Termino esto, antes de la pausa siguiente, preguntando. Si digo que se cambia para seguir lo mismo, ¿qué es lo que hay de común entre la represión típica estudiada por Freud y esto que acabo de describiros como su forma actual? Está bastante claro: lo que hay de común es que se pretende que se sabe qué es. Es decir, se pretende que se sabe qué es el placer, la vida, el amor. Se pretende que se sabe qué es, porque sólo pretendiendo que se sabe qué es, se le puede o reprimir o vender, alternativamente. Pero las dos cosas tienen de común que saben qué es. Verdaderamente la gracia de eso es que no se sabe qué es, que no se sabía qué es.

Eso es lo que... es la manera en que creo que podéis entender un poco esta dialéctica de cambiar para seguir igual. Las dos cosas son la misma, en cuanto que ambas implican un saber de aquello que probablemente pertenecía a esa región, que antes le decía el padre Freud que mejor no hablar de ello, a la región de lo verdaderamente no sabido, de lo verdaderamente inconsciente.

Aquí efectivamente hago la segunda pausa, y como ya te veo impaciente, adelante.

Público: Bueno, simplemente comentar que, respecto a lo de la asimilación, yo creo que es importante resaltar el concepto de... uno era el concepto de masa y, por el otro lado, era el concepto de una teoría que hay de comunicación que se llama –bastante antigua–, que se llama la teoría del silencio, yo creo que es que el concepto de masa y, relacionado con esta teoría, que dice que... que todas las personas intentamos hacer lo mismo que las demás para sentirnos seguras y para evitar el negarnos, para evitar unas negaciones que son incómodas, porque nos van a producir el rechazo. Que nos creamos que todos son como borreguitos, que van a hacer todos lo mismo. Entonces, yo creo que eso tiene mucho que ver con..., y también con lo que decía más Ortega y Gasset sobre la masa.

Agustín: Sí, algo tiene que ver, pero –te lo advierto– está muy equivocado, ¿eh? Yo esa cuestión no la quería sacar porque me he dedicado a ello, sí: si tienes mucho empeño en cuestiones de masa, masa y personas y pueblo, pues cometeré esta descortesía de decirte que leas algunas de las cosas que he sacado. No, no quiero insistir, estoy un poco cansado. La única cuestión que recuerdo (por lo cual Ortega mismo –digo– estaba equivocado) es que una masa es una masa de personas siempre y que el individuo no se contrapone a la masa. En parte, lo que has dicho al principio lo confirma: para ser uno el que es, es por lo que tiene que obedecer a la ley del imperio común, y es así como se consigue ser el que es.

Ahora tal vez entenderéis un poco mejor por qué al principio os pedía que no hablaráis con voz personal, sino con voz pública, porque yo sé que las personas son masa, que uno como persona no dice más que lo que está mandado, no hace más que lo que ya está hecho. Se confía en otra cosa que no es ni masa ni persona, porque personas y masa son la misma cosa.

Por lo demás, los fenómenos que tú dices tienen que ver, pero, vamos, son una descripción evidentemente más superficial, más conforme que la que os proponía. Sí, ¿quién más había que había manifestado...? Bueno, venga; venga, aprovechemos esta pausa, sí.

Público: Nos ha hablado de la realidad como creación. Yo le quería preguntar de quién o de qué es creación la realidad.

Agustín: Es decir, ¿quién la crea?

Público: Sí. O...

Agustín: Bueno. La crea el mecanismo este que he descrito, ¿eh? El mecanismo que he descrito la crea, la crea como Realidad. Y he dicho que al imponerla, al hacerla aceptar, la crea como tal Realidad. Y he mostrado que evidentemente antes no estaba. Pero no hay ningún sujeto personal que la cree; no podemos ahora restablecer la figura de sujeto personal en otro sitio, después de haberla quitado. No hay ningún Dios personal que la cree.

Había motivos en las viejas religiones para (ellos por supuesto no hablaban de Realidad, hablaban del Mundo, del Universo), para poner un Dios personal que creara el universo. Había un motivo, porque efectivamente esa realidad es una creación de la persona –no de una persona, de la Persona en sí– por eso mismo que hemos dicho de que su imposición y aceptación por la Persona es lo mismo que su creación. Por tanto, hay un motivo para decir: lo crea la Persona, pero la Persona en abstracto; la Persona en abstracto. Como la Persona en abstracto –acabo de decir– son las masas y las masas son el Poder mismo, son las dos mitades de la relación dialéctica, también puedes decir “la crea el Poder, el Estado, el Capital”, los nombres modernos de Dios que quieras dedicarle.

De forma que, si hay que responder a ¿quién la crea?, hay que responder siempre por abstracto, siempre por abstracto. No la pretensión del Dios de la vieja teología de ser persona como

usted y yo, sino con abstractos: no hay ningún Señor. Estado, Capital y Poder, la Persona misma, la Persona misma esencialmente reaccionaria, son los que crean la Realidad y la crean, crean la Realidad pues, no se puede decir para su placer, sino para su contentamiento, para su seguridad, para todos estos sustitutos del placer que he enumerado; son aspectos: Estado, Capital, la Persona misma, son aspectos; son aspectos del Poder, aspectos del Señor, aspectos del dominio, pero siempre abstractos, nunca referidos a fulanos o menganos concretos.

Público: ¿Es posible vulnerar los aspectos de estos dos principios que significan arrepentimiento?

Agustín: ¿Qué dos principios?

Público: El principio de imposición y de asimilación. Es decir, si a ti te dicen que tienes que hacer una cosa y tú haces otra, siempre acabas en puro arrepentimiento o ¿es posible encontrar el acuerdo, la verdadera... de tu personalidad, el placer...?

Agustín: No es posible. Lo más que puedes hacer, si eres algo valiente o más bien despreocupado, es volver a recrear aquella... aquel gusto de pecar de que antes he hablado, o el gusto de delinquir. En realidad, muchos de los vicios que hoy tanto se proclaman, por lo menos por mitad consisten en eso: son la libido peccandi, el gusto de llevar la contraria. Pero eso es una manera de obedecer. Es una manera de obedecer, no tiene mayor gracia. Todo el mundo siente que es una manera de obedecer también. Por eso antes dije que el gusto de pecar y el contentamiento del “sí, mamá, soy muy feliz” son, en realidad, dos aspectos de la misma cosa, no son cosas distintas.

Por desgracia, los intentos de rebelión personales, a partir de uno, siempre acaban en el castigo exterior, en el arrepentimiento, como tú has dicho, interior. Uno, como persona, es evidente, no está hecho para rebelarse. Uno es esencialmente reaccionario, uno es sumiso: ¿cómo no va a serlo si uno es parte de la Realidad? Uno ha aceptado el Principio de Realidad, pero ha

venido a concebirse a sí mismo como parte de la Realidad. Entonces, si mira por sí mismo, esencialmente es reaccionario, conservador, buscador de la seguridad; de ninguna manera rebelde ni revolucionario.

La persona no está hecha para eso. En la medida en que se rebela, pues, sí, lo más probable es que los mecanismos que has citado funcionen: castigo, cárcel –exterior– caída en el gusto de pecar, vicio, etc... ; o simplemente, arrepentimiento, dolor y necesidad de cambiar de camisa: eso es lo propio de la persona, así estamos hechos. Uno es una desgracia, eso conviene que se sepa. Uno –y una, por supuesto– es una desgracia, en cuanto persona. Si hay alguna posibilidad de romper, será en otro sitio.

Pero no querría yo que por haber sacado... No quería que confundierais esto con una cuestión esencialmente ético-política. Yo, desde luego, me niego a distinguir entre moral personal y política, pública. No hay que confundir esto con una proclamación que fuera la de los padres, “Sométete, hijo. Adáptate a la realidad, porque si no, te lo vas a pasar muy mal”: esto no, esto no, porque es mentira, simplemente; porque es que uno se lo pasa mal de todas maneras; de manera que no ha lugar. Se lo pasa mal sometiéndose y se lo pasa mal no sometiéndose. De manera que, la respuesta a los padres cuando te digan: “Sométete, hijo mío”, no es decirles: “No me da la gana. Yo soy el que soy, yo hago lo que quiero”: inútil, es lo mismo, la persona es reaccionaria. La respuesta es decirles, cuando digan, “Porque si no, te lo vas a pasar muy mal”, “Claro; anda que tú. ¿cómo te lo has pasado tú, que te has sometido” –o el vecino, o la vecina–.

La respuesta es hacer costar que ni siquiera, que ni siquiera la amenaza, ni siquiera la amenaza tiene sentido. Uno se lo pasa mal de todas maneras y más o menos bien por motivos esencialmente azarosos. De manera que, efectivamente, rebelándose uno se lo pasa mal (a lo mejor te toca caer en una dictadura y lo meten en los calabozos, unas cuantas veces, lo cual no

tiene ninguna gracia, pero por eso lo pasa mal; o queda muy pobre, tiene que llegar a pedir y no comer carne: eso es verdad), pero si te sometes, pues te lo pasas mal, de otras maneras que todo el mundo conoce; es decir, que te condenan a esas formas de idiotez, en el sentido etimológico, de las que antes he dado ejemplos. Y, evidentemente, pues no hay motivo para elegir una cosa o la otra.

Si se adopta una actitud rebelde —o se intenta adoptar—, no ha de ser por el desprecio de esa amenaza ni por motivos de esa amenaza, sino porque efectivamente da igual: la vida está perdida de todas maneras; la vida está perdida de todas maneras, a la desesperación estamos condenados; y elegir lo uno ni lo otro, respecto a mi bienestar personal, no cuenta, da igual, es una lotería. Si algo se rebela, es otra cosa.

Público: Sí. Para mí ese acomodamiento, pues... es decir, que no es fácil tampoco.

Agustín: ¿Que uno...?

Público: Bueno, usted sugería que dijésemos que... que la otra persona que está diciéndote. “Sométete, hijo”, que dijésemos a esa persona que... que no está bien, tampoco; lo que pasa es que, para mí por lo menos, no ha funcionado, porque las personas te pueden negar que lo pasan mal; pero dicen que tan bien.

Agustín: Sí. Sí, eso todas, ¿eh? El padre al cual tú reconoces como una perdición, que te da vergüenza a lo mejor hasta tener ese padre, ese padre efectivamente dirá, dirá que no, no, está muy bien; que gracias a que de pequeño, pues le arrearón, él se ha hecho un hombre: esas cosas que dicen los padres. Pero el drogata o el punto de discoteca te dirá igual, él te dirá que lo pasa muy bien. Nadie lo va a negar. Eso es común, ¿eh? La actitud normal es sostener el engaño, decir: : “No, no, si yo me lo paso muy bien, ¿qué coño me vienes a decir a mí, que estoy sudando yapestado y que no puedo hablar?; ¿a qué coño me vienes a contar eso? ¡Yo me lo estoy pasando muy bien!”; dicen eso,

igual que el padre, es igual; esa es una actitud común, con eso hay que contar. Uno... uno tiene que mirar por debajo de eso.

Público: Lo que no entiendo es cómo podemos decir que en este mundo todo es resignación, todo sometimiento, y a pesar de eso, o sea, estamos infelices, somos infelices, si no estamos de acuerdo con eso. O sea, no sé cómo se puede decir que...

Agustín: Sí, sigue hablando un poco, porque no está muy claro.

Público: Pues eso, me refiero, o sea, que todos nos hemos sometido, todos nos hemos resignado a eso que nos han vendido, y a pesar de eso ¿estamos mal?..

Agustín: El fracaso del negocio, ¿quieres decir?; ¿que no tenemos motivo, vamos?

Público: O sea...

Agustín: Eso me podrías decir. Es decir: “Mira, si yo he cumplido, he comprado todo lo que me mandaban, he comprado todo, he comprado todo, lo tengo aquí, y sigo igual de desgraciada que antes”. Eso podría ser. Por desgracia es difícil, porque te venden más cosas siempre. Nunca acabas de comprar todo lo que nos venden.

Público: O sea, por ejemplo, hay muchísimas alternativas para divertirnos, entonces unos van a la discoteca, otros hacen otras cosas y a pesar de eso, ¿todos estamos resignados y todos estamos infelices? Es que... es que yo no...

Agustín: Hombre, decir “Todos” y “infelices”, esas cosas son tan absolutas: deben evitarse. Debe uno intentar hablar de maneras, pues así, más concretas, que son más precisas. Lo general, lo normal, es que la gente, cada uno o cada una, en cuanto persona, efectivamente se someta y acepte los sustitutos: la discoteca unos, la gimnasia otros, el irse a hacer esquí los de más allá; cualquier sustituto, lo que acepte uno, y que se crea que aquello es la vida. Hacer esquí en Granada o en el Mont Blanc es la vida, ¡qué se le va a hacer!

Público: Pero, y ¿por qué no es la vida?, es que yo no lo entiendo.

Agustín: ¡Eh?

Público: O sea, si para esa persona es lo que ha elegido y es...

Agustín: Es lo que le han vendido, evidentemente. Ella se cree que lo ha elegido, pero tú sabes, si tú no eres una de las que están comprando ese producto, tú lo miras desde fuera, y sabes que ella cree que lo ha elegido, pero que no ha elegido nada, simplemente se lo han vendido.

Público: ¿Y por qué sabe que son sustitutos?

Agustín: No...

Público: ¿Por qué lo sabe usted?

Agustín: No se sabe.

Público: Ah.

Agustín: He terminado mi parte anterior diciendo que la gracia de esas cosas era que no se sabe. Recordad, porque es con lo que terminaremos después la última parte. Lo común entre la represión y estas tácticas de asimilación, lo que las dos cosas tienen en común, es que pretenden saber qué es amor, qué es vida, qué es lo que gusta, qué es lo bueno, qué es lo que a la juventud le gusta, qué es lo que a los niños les gusta; pretenden saberlo todo.

Público: Sí. Primero, quería... quería decirle a ella que el lema de la publicidad es conseguir que tú compres libremente lo que yo quiero que compres. O sea, que tú creas que eliges libremente, mientras lo que estás haciendo es comprar lo que yo quiero que compres.

Agustín: Sí, sí. Pero es esencial, la creencia en la voluntad personal, para el Poder, es lo esencial. En el Poder, en su forma más avanzada, que es la democracia, es esencial que cada uno se crea que sabe lo que quiere; y por tanto, que sabe lo que vota; y, por tanto, que sabe lo que compra. Si no insuflara esa creencia firme en cada uno, la creencia en su propia voluntad, ni democracia ni forma avanzada de Poder ni nada; no habría lugar, ni, por supuesto, comercio, claro, por supuesto, ni Capital en sus formas avanzadas. Es esencial que cada uno se lo crea.

Público: Perdona, ¿no es un juicio decir que: “Es porque se cree que se sabe”?; pero, ¿y quién es el que sabe que se cree que se sabe?; ¿quién es el sabio que sabe?

Agustín: No...

Público: Decir eso: “Es porque se cree que sabe, es por lo que pasa lo que pasa”, pero ¿quién es el sabio que está diciendo eso?

Agustín: Pero si no hace falta. No hace falta porque es que ellos lo dicen.

Público: ¿Quiénes son ellos?

Agustín: Ellos: es decir, el comercio, los políticos, los representantes del Poder, los padres; lo dicen espresamente; no hace falta ser ningún sabio: hace falta oír.

Público: No, no, no. Yo me refiero a lo otro: a... al... un poquitín más... no sé dónde está esto ¿Cómo se puede decir que es porque ellos saben... creen que saben, y no lo saben...? Pero ¿quién es la voz que está diciendo que no lo saben?

Agustín: Ah, yo no lo digo: yo hasta ahora he dicho que creen que lo saben, y que hacen creer que se sabe. Eso por supuesto.

Público: Pero ¿es que hay alguien que lo sabe?

Agustín: De momento...

Público: Si todos los hombres somos creyentes... todos somos de esa realidad, y todos nos comemos y nos devoramos lo que nos dicen, que sabemos que... Pero ¿quién es la Voz que dice, hace ese juicio final de que es porque...?

Agustín: No hay ningún juicio final. ¿Tienes que sacar uno? No: por ahora, de momento, de momento, voy a decir algunas costataciones, pero por ahora no he llegado más que hasta este punto en que costato que las formas estas que describo se caracterizan por que, efectivamente, saben lo que saben: “Lo he pasado bien”. Y esto lo costato pues por –no sé– por observación directa: es así. Así es como funciona la Realidad. Nadie, nadie puede hacer un anuncio de un refresco diciendo “¡Vive la vida!” o “¡sabor a vivir!” o... (¿cómo puñetas dicen por ahí?, que no

veo la televisión nunca) nadie puede decir eso, nadie puede decir eso sin saber qué es 'vida'. No sé... esos anunciantes y todo lo que está detrás saben qué es 'vida'.

Público: No, pero usted está diciendo que no lo saben.

Agustín: Ah, yo no, no, no. Yo no estoy diciendo... Yo digo que lo saben, que es evidente que lo saben, porque nadie puede operar si no es sabiendo esas cosas. Lo único que he añadido después, como para venir a la parte final, es que a lo mejor la gracia de esas cosas es que no se saben. Es lo único que he añadido.

Ahora, lo que me interesaba era la costatación elemental de que, evidentemente, tanto en la represión "No hagas esto", como en la asimilación "Contra esto", lo que hay de común es un saber evidente; evidente, descarado y claro; que no se oculta. Hay que saber qué es 'vida', qué es 'amor', qué es 'juventud', qué es esto. Sí: perdón, que es que hay una cuantas voces, y no tenemos...

Público: Sí. Hemos hablado antes de la existencia en el hombre de un lenguaje innato que permite aprender cualquier lengua después por el niño. Al fin y al cabo, esta devoción de escoger una forma u otra de vida, vamos, de manera de actuar, por tanto de la represión o aceptación, ¿no es la misma? ¿No es la negación una necesidad de comunicación? Igual que necesitamos comunicarnos en un idioma con los demás, necesitamos comunicarnos también con una fórmula que sea afín a varias personas...

Agustín: No es la misma necesidad; por lo menos yo no lo veo claro ahora. Es decir: que la gramática sea común para entenderse en un diálogo, eso es evidente. Que uno tenga que participar de las mismas ideas para comunicarse, no lo creo. Para ser solidario, sí; para formar masas, sí; para casarse, también. Ahora, para entenderse y conversar, no. ¿Qué falta hace participar en las mismas ideas? Lo único que es necesario es una gramática común, siempre. Si la sintaxis no funciona, la misma para ti que para mí, entonces sí que se acabó la comunicación, entonces no

se habla. Pero ¿que tus ideas no coincidan con las mías? Al contrario, tal vez eso puede favorecer la conversación.

Público: Sí. Estuvimos hablando del placer, es decir, de algunos, por ejemplo, de ir a una discoteca, o el placer de esquiar, o el placer de pecar. Pero, realmente, no se puede hablar de que todos los placeres son creados, en el sentido de que, por ejemplo, el placer de pecar supone que exista la ley, que se cree un pecado, ¿no?, en contraposición a una cosa que no es pecado. O sea, que ¿realmente la realidad y los placeres son creaciones? es a lo que quería decir yo... y por naturaleza ¿no habría placer?

Agustín: Cabe. Esa sospecha cabe, claro. Como debajo no podemos mirar, como digo (incluso frente a Freud he dicho) que de lo que no es consciente más vale no hablar, esa sospecha siempre cabe. Es, desde luego, la sospecha que el Poder se alegraría mucho de oírte que le prestas fe, que dices: “Sí. Yo creo que sí: no hay placeres de verdad, no hay más que lo que este señor llama sustitutos, que eso es lo único que hay. No hay más que sustitutos. Aquí no hay más que placer de pecar, contentamiento de la niña que es feliz cuando se casa, discoteca, ir a esquiar; y eso es la vida, y esos son los placeres y eso es todo”. Claro, comprenderás que, si te oyera el Señor, pues se regocijaría, se frotaría las manos. Eso es lo que se está deseando, que se reconozca el cierre total.

Yo no puedo nunca afirmar que haya alguna posibilidad de vida ni de placer ni de amor, nunca. Nunca podría afirmarlo, estaría haciendo justamente aquello que critico. Ahora, puedo reconocer que no hay motivo para pensar en esa totalidad, en esa cerrazón: no hay motivos. Puedo después husmear y decir: “Bueno, entonces, si eso es lo único que hay, ¿cómo es que siempre se echa de menos otra cosa que no es eso?, ¿cómo es que siempre se sienten vacías las diversiones, se sienten vacíos los matrimonios y todo, todo lo que le venden a uno como un sustituto? ¿Es que eso no representa este sentimiento común, no

representa algo?” Esto es husmear, como en sospecha.

Desde luego, lo que la lógica puede hacer es decir “No”, no hay motivo para declarar: “Eso es todo. Eso es todo lo que hay y, por tanto, fatal”. No hay motivo para declarar “Los placeres de verdad, reales, no son más que lo que usted llama sustitutos”. No hay ningún motivo para declarar eso, carecemos de todo fundamento; es un mero capricho o imposición desde arriba el que tengas que decir: “Sí, sí. Estoy convencido. Es todo, no hay más que eso”.

Por algún motivo, que no es desde luego razón, te ves obligado a decir eso, es una forma de sumisión; por algún motivo que no es razón: por lógica, por razón, nada: el menor motivo para declarar esa totalidad; ningún motivo, ningún apoyo.

Público: Dijo antes –no sé si lo he entendido yo bien–, dijo que la vida o estaba perdida o la estábamos perdiendo, ¿dijo eso?

Agustín: Dije que estaba perdida.

Público: Que estaba perdida. Es muy amplia la pregunta, pero, vamos, quizás se pueda –creo– resumirla. ¿Qué sería ganar la vida?

Agustín: Bueno, ‘perdida’ ahí no está como contrapuesto a ganar, ¿eh?, en ese sentido. “Está perdida la vida” quiere decir que está contrapuesto a ‘salvar’, no a ‘ganar’. Es que, efectivamente, el verbo es un poco ambigüo. Declarar: “La vida ya está perdida. Por lo menos, que no nos duelan prendas: no tenemos motivos personales para elegir rebelión o (como quieras) aceptación” quiere decir eso: un reconocimiento de que, de todas formas, uno no puede aspirar más que a esto, a esto que yo llamo sustitutos, uno no puede aspirar a vivir. Eso es lo que quería decir, ¿no? De forma que ‘ganar la vida’ no tiene sentido.

Si contraponen ‘perder’ con ‘ganar’, lo que a uno le resuena más, por supuesto, es (supongo que a muchos os habrá sonado ya, aunque, seguramente, estoy seguro de que muchos de vosotros tenéis el vicio de no leer jamás los Evangelios, cosa

que está muy mal hecha), pero, seguramente, a alguno la habrá sonado la fórmula del Evangelio: “Quien quiera ganar su vida, la perderá”: ésa es una fórmula siempre de verdad “Quien quiera ganar su vida” (su alma, queriendo decir su vida), quien quiera ganar su alma, su vida, la perderá. Esa es la relación que hay. Lo seguro es que, queriéndola ganar, se pierde. Queriéndola ganar, se pierde.

La otra mitad, el recíproco, ése no se formula, ése queda allí. Pero, “Quien quiere ganar su vida, la perderá”, eso, seguro; en el supuesto de que hubiera alguna vida que perder –en el supuesto–. Entonces, es seguro que obedeciendo a la imposición de sustitutos, uno se ha perdido las posibilidades de aquello otro; eso es seguro.

Público: A lo mejor me repito: que qué es lo que no es sustituto, ¿se conoce?

Agustín: No, no. Ahora estaba hablando con este chico justamente de eso. No, no. He dicho: lo único que se puede decir con claridad es que no hay ninguna razón, ninguna lógica que te diga: “Eso es todo lo que hay”. El razonamiento no pasa de ahí. Y antes había dicho: la gracia de eso, probablemente –si lo hay–, es que no se sabe.

Público: No sé si es cambiar un poco de tema y, además, has dicho antes que estabas cansado. Pero, en esto de la asimilación de la realidad, que parece que es común a todos, ¿qué diferencia habría entre las mujeres y los hombres?; es decir, ¿qué es lo que asimila, como parte de realidad, los hombres? No sé si...

Agustín: Hombre, por supuesto es un tema muy largo y, vamos, no voy a desarrollarlo, porque sería interminable, a pesar de que también a eso le he dado muchas vueltas en otras ocasiones. Lo esencial para nuestra cuestión de hoy es que, en cuanto personas, no hay diferencia. Asimilación personal: igual para hombres que para mujeres; una señora es como un señor. Está claro, se ve en los casos extremos: una ministra es como un ministro,

una jefa de Estado es como un jefe de Estado, y una presidiaria es como un presidiario, eso está claro. Supongo que nadie conserva la menor duda. De forma que es de suponer que en los casos menos extremos, también; en cuanto ente individual, personal, la menor diferencia: todos reaccionarios, todos sometidos al Principio de Realidad, todos aceptando; y nada que valga la pena en cuanto a la diferencia sexual. Salvo que la diferencia sexual es, como sin duda sabéis, el fundamento mismo de la Historia. Lo que llamamos Historia en la visión mítica de la Biblia es la espulsión del Paraíso, y el comienzo de la mortalidad, los partos, el trabajo, y luego las ciudades.

Lo que llamamos Historia propiamente está fundado en el sometimiento de las mujeres; no hay ningún acto histórico anterior a ése. La sociedad es esencialmente patriarcal y todo está fundado sobre el sometimiento de las mujeres. Hay un sexo dominante y un sexo dominado, y así es la Historia: así es. Y ninguna alteración ni moda cambia esto fundamental: eso es así, sin más, para la Historia entera; acabar con eso es acabar con la Historia. Ojalá- diría alguien. Pero, desde luego, que coste que acabar con eso es acabar con la Historia.

Ni que decir tiene que las formas actuales de acceder al Poder de las mujeres, lejos de contradecir lo que digo, lo confirman y reafirman de la manera más clara. Ningún sometimiento más extremo que la aceptación de las formas de Gobierno, de Poder, de Comercio y de Cultura, que los hombres han impuesto; eso está claro. Perdona, perdona: esto, aunque sea muy breve, hay que rematarlo.

La Historia está fundada pues en el 'sometimiento' de las mujeres. Por tanto, si, cuando se dice sometimiento, se implica que hay algo sometido, entonces estamos en la misma cuestión del placer y de lo no consciente; con respecto a las mujeres, es la mismo. Entonces, ¿es verdad que por debajo del sometimiento hay algo, 'algo mujer' –como antes he dicho 'algo

niño’—, que sea ajeno al Poder, que esté ahí siempre, aunque sometido, o, precisamente porque sometido, dispuesto a rebelarse? ¿Hay algo en las mujeres que sea del orden ‘vida’, ‘amor’, ‘locura’, ‘No consciente’, etc? Es posible. Hay que decir que es posible, que nada lo prohíbe. Pero que, en cuanto mujeres personales, desde luego no. Cuando una señora se hace señora, es como si se hiciera un señor: todo eso ha quedado debidamente enterrado, y la aceptación del Principio de Realidad es total.

Así es la cosa de ambigua, y siento no poderla desarrollar más, sólo por lo que os tocaba más de cerca.

Público: Si. No, a propósito de la imposición y aceptación del Principio de Realidad y del cambio de la vida por sustitutos, me estoy acordando de unos versos que recogen, pues muy... muy bien esta intervención de la voluntad o el gusto en todo el mundo, en todo esto, en todo el proceso. Creo que son de Don Sem Tob, y dicen: “Ya que no es lo que yo quiero, quiera yo lo que es”.

Agustín: Sí, lo recuerdas bastante bien: “Quand’ non es lo que quiero, / quiera yo lo que es”, dice. Bueno, eso efectivamente es una declaración de sumisión al Principio de Realidad. Efectivamente, tienes mucha razón, porque él lo dice claro. Lo que pasa es que de ordinario nadie lo dice: lo hace, pero no lo dice. La gracia de los versos de Don Sem Tob es que lo dicen, y eso, desde el punto de vista del Poder, es peligroso, esas cosas no se deben decir. Esas cosas no se deben decir, sobre todo no se deben decir tan claras. De forma que, en efecto, la fórmula es una fórmula de aceptación y de sumisión, pero demasiado clara: por eso es por lo que los versos tienen una cierta gracia.

Público: Quizá lo que se da en el placer es anticipar una imaginación de futuro que, al ser futuro, y totalmente desconocido, es lo que nos produce el placer; y cuando ya llegamos a él, ya lo conocemos y nos..., y es cuando estamos insatisfechos, porque no es lo esperábamos...

Agustín: Es curioso, porque dices una cosa que a lo mejor del revés podría ser bastante razonable, dicha del revés. Es curioso. Desde luego, eliges, evidentemente, mal con lo del futuro, porque el futuro es lo que nos venden, ¿eh?: si hay algo que nos venden, es el futuro, y eso todo el mundo... todo el mundo lo sabe. De manera que no hay cosa más sabida que el futuro.

Público: Al revés: el futuro como desconocido, como precisamente lo que deseamos.

Agustín: No, no: no hay cosa más sabida que el futuro. Vamos, ¿no te suena ahí?, quiero decir: ¿no responde a tu costatación?: no hay cosa más sabida que el futuro. Es decir, uno puede pensar que a lo mejor sabe muy bien lo que ha pasado este año, lo que le ha pasado a uno por la mañana, pero nada comparable a lo que va a pasar el día de la inauguración de la Expo de Sevilla, nada comparable: cosa más sabida que esa no hay; o nada comparable a lo que va a pasar con la profecía de que en el 2035 los dos tercios de la población se agruparán en conglomerados de más de seis millones de habitantes: cosa más sabida que ésa, ninguna. Como hay en el futuro... como hay muy pocas cosas que se palpen, que te estorben, pues tú costruyes... tú costruyes tus castillos y tus ideas con toda libertad, y de eso viven los constructores del futuro y te lo venden.

Por eso digo que seguramente tú estabas diciendo el revés, otra cosa que, no diciendo lo del futuro, es bastante exacta. No es que uno aspire a un cielo futuro, a una gloria futura que, después, cuando se encuentre con esto que yo llamo sustitutos, se desilusione: es que de alguna manera, tal vez uno (tal vez, ¿eh?: ya lo dije, de lo que no se sabe, pues no se puede nunca hablar), lo que pasa tal vez es que uno recuerda siempre, uno recuerda siempre. “Uno siempre recuerda” quiere decir, no que recuerde históricamente, con fechas; recuerda justamente eso: recuerda el paraíso perdido. Hay un soneto de don Miguel de Unamuno, del que siento no acordarme, donde lo dice muy cla-

ro, lo dice muy bien. Le dice a Dios: “No quiero tu cielo futuro. / Mi cielo es vivir lo que he vivido”: vivir otra vez lo que he vivido: eso está... eso está muy claro.

Y, efectivamente, el recuerdo, el recuerdo es lo que es de verdad. El recuerdo es lo que nos hace sentir la desilusión, porque no hay ningún placer que se pueda comparar con el placer del recuerdo. Miradlo en el caso que os he dicho por excelencia, que es el caso del amor, el caso de los placeres amorosos: no hay ninguna cosa que se pueda comparar con el placer del recuerdo. Cuando las cosas están pasando, los abrazos y eso, pues hay demasiado negocio, ¿no?; hay demasiado negocio, uno está estorbado por demasiadas cosas; hay que atender a mil pejugue- ras; hay que atender a la persona del otro, a la persona propia, a las circunstancias, a las conveniencias; bueno: total, un lío que... Hay intervención... intervención siempre de las instituciones. Y, claro, cuando hay suerte, resulta que de aquello queda algo, que en el recuerdo sí, en el recuerdo de alguna manera le parece a uno que es feliz, que es placentero y que de alguna manera le alimenta. Supongo que estoy aludiendo a experiencias de todos y de todas, ¿eh?; de manera que no hace falta que me alargue más.

Es el recuerdo el que, por contraste, nos hace sentir lo que tu decías: nos hace sentir que los placeres reales –los reales–, pues no se pueden comparar, vamos; no cumplen con aquello; no alcanzan ese placer, esa dulzura poderosa del recuerdo. Sí, tal vez recordamos el paraíso perdido, tal vez. Un ‘tal vez’ que está en el mismo sentido de los otros que he pronunciado. Y es –si es así–, es este recuerdo el que nos hace pronunciar toda esta denuncia. A eso voy, y voy a terminar un poco más rápido de lo que pensaba.

Público: Vamos, dice que es el recuerdo lo que más placer tiene; o sea, lo perdido; entonces, el paraíso perdido, aquello que no éramos y que al venir a ser ya no, ya no podemos ser; y no podemos saber precisamente cuál es.

Agustín: Muy exacto.

Público: Pero ¿no está pensando ahí en una idea de felicidad o en una felicidad que es precisamente anulación de uno mismo? Quiero decir, anulación de uno mismo, porque uno, cuando es él mismo, cuando lucha o cuando piensa o cuando hace cualquier cosa, ya no, ya no accede, porque le es imposible, porque no tiene que ser para ser feliz; o sea, lo único que puede hacer es recordar. Pero la felicidad no puede ser otra cosa, no puede ser precisamente “lucha” o “consciente de uno mismo”. Quiero decir, está pensando en una felicidad que me choca un poco.

Agustín: Sí, sí. Es... Has sido muy exacto: no hace falta más que hayan recogido tus palabras. En efecto, la felicidad le niega a uno mismo, a uno mismo en cuanto constitutivo o como parte de la realidad. Uno, en cuanto ente real, en cuanto Fulano de Tal, Mengana de Cual, tal como registrado en realidad, uno no, no puede. Si uno recuerda y siente ese placer vivo del recuerdo es porque –como tú has dicho muy bien–, ya no se está recordando a sí mismo, allí se ha liberado de sí mismo, por lo menos en alguna medida.

Yo pienso que a eso es a lo que alude la palabra ‘placer’ cuando llamo sustitutos a las otras. Es decir, que yo lo que estoy haciendo es: buscando de dónde viene este motor de la negación, que hace decir a la realidad una y otra vez: “No: es mentira”. Una de las formas de enunciación que ha dado muy bien es ésa: “Uno recuerda el paraíso”; que es: “Uno recuerda la vida”. La recuerda, pero no como de uno: no como de uno. En efecto, lo has dicho muy bien.

¿Qué es lo que el ‘no’ hace?, ¿qué es lo que el ‘no’ de lo lógica, del lenguaje popular hace? Bueno, pues ya se ve... ya se ve claramente: el ‘no’, y en general, el razonamiento, no puede darnos nada, no puede darnos nada positivo, no puede proporcionarnos ninguno de los regalos que nos proporciona todos los días el Estado y el Capital: no puede darnos nada: negar es

negar. La negación lo único que puede hacer es negar lo que puede negar, es decir, lo que está establecido como Realidad; la negación es esencialmente una negación de la Realidad.

La lógica, cuando es lógica en acto, cuando es el pensamiento en marcha, cuando es lenguaje hablando, es contra las ideas, está destruyendo las ideas. “Destruir las ideas” quiere decir “Destruir la Realidad”. El pensamiento va, el razonamiento en marcha va contra las ideas, y ésta es su función; y es por eso por lo que –como veis– el elemento esencial del razonamiento tiene que ser la negación, siempre. Su destino es ése, dedicarse a negar lo que se vende como positivo, real, establecido. Cualquiera que reúna esas condiciones, cualquier cosa que se quiera vender como verdad, como una realidad verdadera, como algo positivo, ya se ha puesto como objeto, como cebo de la negación; está ahí: se ha puesto ahí para que se la niegue. El razonamiento funciona así, va contra eso.

Bueno, yo creo que lo podéis ver ilustrado en la historia de la Ciencia: cada vez que los hombres han inventado un sistema científico, el razonamiento ha venido inmediatamente a descubrir los fallos del sistema; evidentemente, para que después se reconstruya otro sistema que a su vez encontrará su negación. Pero una y otra vez, en la historia de la Ciencia, el razonamiento viene a descubrir los fallos del sistema que se quiere vender como sistema de la realidad. El sistema solar de Ptolomeo, adoptado por la teología en los últimos tiempos, es objeto de la negación de Galileo; evidentemente, sobre la negación de Galileo se establece un nuevo universo, con otra ley y otras cosas; pero, evidentemente, ése está sujeto a sucesivas negaciones, y así hasta nuestros días.

Esto que veis con la Historia de la Ciencia es la historia de todos los días y de cada uno: en la vida cotidiana lo mismo. Uno llega a conclusiones, establece ideas, se hace propósitos, hasta se marca horarios: esto es un momento; el momento

siguiente, naturalmente, es darse cuenta de la tontería que era todo aquello: pretender tener controlada la vida, hacerse propósitos y tal, posiblemente razonamientos sensatos –en un sentido un poco perverso–, que acaban con aquello que antes se vendía como lo sensato; y así con todo lo demás.

La negación, en los varios terrenos, actúa del mismo modo, como destrucción de la Realidad. Es el lenguaje popular, no lo olvidéis: la lógica, la razón común; es decir, que viene de abajo, de aquello que hemos llamado subconsciente, pero tal vez por bajo del olvido de cosas que ya no sabemos, de más abajo todavía. Es en todo caso algo que viene de ahí, de la razón popular, y que se levanta contra lo que está arriba, claro, contra lo establecido, contra las facultades superiores de uno mismo, contra el Estado y el Capital en la estructura política, y todo lo demás. Es la negación de lo que es: sólo puede lanzarse sobre aquello que es; si ya no es, ¿qué negación va a haber? Pero contra todo aquello que es –y, por supuesto, ahí quedo incluido yo mismo, al lado del Dios sumo–, contra todo lo que es, evidentemente la negación tiene su objeto.

Esto es algo que tiene que ver con lo que llamaba placer del razonamiento. Uno sospecha que ahí hay una alegría, que en esa destrucción hay una alegría popular: uno tiene muchas tentaciones de decir que, cuando ve caer una idea, una condición, algo que se ha vendido como Realidad, es cuando siente latir el pueblo en uno mismo; es una especie de alegría que reconoce, no que se haya llegado a la verdad, sino simplemente que se ha derrumbado una mentira. Y ese derrumbamiento de una mentira cualquiera es algo que, bueno, un poco vagamente, se puede decir una alegría popular, sin muchas pretensiones de más, pero apelando también a sentimientos que creo que serán bastante comunes.

Es tal vez algo más. La negación, que no puede hacer nada por nosotros, que no puede darnos el placer, no puede darnos la vida, no puede darnos nada, al destruir lo que mata la

vida, al destruir lo que cierra el posible placer, al destruir todo lo que impone, por represión o por sustitutos, aquello que llamamos Realidad, sin duda, con esas roturas –negación como rotura–, deja abiertas las puertas para aquello otro que viene de abajo, pero cuya gracia consistía en que no se sabe si es de verdad de abajo, de más abajo que el lenguaje: si es no consciente, su gracia está en que no se sabe.

Sin duda, la destrucción de lo que es –la única revelación posible: la destrucción de lo que es–, de alguna manera puede que abra vías para lo que no es. Fijáos el salto que la negación da. Y no se puede prudentemente pasar más allá en la afirmación de nada. La negación de lo que es, que es el oficio de la negación, de alguna manera tal vez deja roturas, deja vías para lo que no es. “Lo que no es” y que, de maneras muy torpes, llamamos “vida”, “amor”, “felicidad”, “placer”, cualquier cosa, todo eso que hacemos muy mal en llamarlo –incluso hacemos mal en llamarlo inconsciente; no digamos en llamarlo “animal” o “natural”, que es mucho peor todavía; pero, sin duda, deja abiertas vías para lo que no es y que tiene su gracia en que no es.

Es decir, si el amor es esencialmente loco, según el soneto de Don Antonio Machado que antes citaba “En amor, locura es lo sensato”, se puede decir en ese sentido que la operación de la razón es una operación de dar razón a la locura; tomando la locura, naturalmente, no en el sentido de la locura de los locos, que encerrados están y por tanto pertenecen al sistema, igual que todo hijo de vecino, sino, bueno, locura en un sentido que quiere decir justamente lo contrario de lo que se vende como cordura, es decir, lo contrario del Principio de Realidad y de la asimilación al Principio de Realidad, eso es lo que ahí puede querer decir “un amor loco”. Y es lo que ahí puede querer decir que la razón, que no puede hacer otra cosa más que negativa, está, por medio de la negación, haciendo eso a lo que aludo como “dar razón a la locura”.

Bueno, con esto ya me callo en mi esposición. Si os queda algo relativamente urgente que soltarme... Y si no, nos vamos. De manera que... Adelante...

Público: Sí. Yo quería preguntar si antes has dicho, hace ya bastante, bastante rato, sobre esto de los lenguajes que utilizábamos, por ejemplo el musical, que estaban basados en los esquemas del lenguaje, que es lo primero que aprendemos. Si también funcionaría, por ejemplo en música, el principio que has dicho, porque estaría fundamentada sobre la negación, se podría diferenciar en ella algo popular, que sólo se valdría por la negación de lo que se vende; es decir, no veo muy clara la negación.

Agustín: Sí. Evidentemente en música no hay negación. En música no hay negación de una manera directa: nadie puede hacer con un instrumento un no. No, no. Hay una pequeña confusión. La comparación era entre la técnica de tocar un instrumento o de escribir a máquina con el funcionamiento de la gramática del lenguaje. Son, efectivamente, técnicas automáticas la de tocar un piano o la de bailar y demás, que están fundadas sobre el primer modelo de automatismo, que es la creación del subconsciente lingüístico. Esa era la comparación. Pero la música no es un lenguaje. La música no es un caso de lenguaje -vieja discusión que también me aburre un poco, porque la he traído mucho con los músicos, que muchas veces se empeñan, no se sabe por qué, en decir que la música es un lenguaje-. Y, evidentemente, la música no es un lenguaje, no es un caso de la lógica de que estaba hablando, es otra cosa. Hombre, si es el canto, sí. Si es el canto, pues claro, está cantando: eso es una forma de lenguaje.

Pero la música separada, la música como música instrumental, no es, evidentemente, un caso de lenguaje, no tiene una gramática en sentido propio, y, entre otras cosas, no tiene negación.

Conferencia impartida en el Colegio Mayor Isabel de España (Madrid) el día 25 de marzo de 1992.

.....
Isabel Escudero

El verdadero fundamentalismo

III ENCUENTRO ENTRE DOS CULTURAS

Sevilla, 12 de Diciembre de 1996

Estas Jornadas que aquí nos han convocado intentan celebrar el encuentro entre dos culturas; fijáos que se intenta –con la mejor voluntad y desde instituciones bien intencionadas– hablar de culturas en plural, en este caso, dos culturas: la marroquí y la española. Como si no fuera claro y evidente que, desgraciadamente, en la actual realidad– la de los Medios de Información de Masas o más propiamente de Formación de Masas– no hay más que una CULTURA, o por lo menos diríamos que se tiende a un Modelo de Cultura Única, uniformadora, depredadora de cualquier otra cultura, una Monocultura (la Cultura del Régimen Tecnodemocrático o Mundo Primero) que amenaza con englobar y someter a su Modelo único a todos los pueblos, a cualesquiera otras culturas y a cualesquiera otros mundos. Pero, sin embargo, se juega a fomentar a propósito, desde los Estados, el Capital, el Mercado, y los Medios de Información, la ilusión, cada vez más vana, de las culturas diversas, un ‘multiculturalismo’, como les gusta decir a las autoridades tanto políticas como académicas. Exaltando las particularidades étnicas de los pueblos, y hasta el idioma, con

fines bastardos, aprovechándolas, unas veces, para la fabricación de ideologías nacionalistas (ahora el mono civilizado, paradoja de las paradojas, se nos ha vuelto nacionalista cuanto más idéntico y uniformado), nacionalismos, en nombre de los cuales, se manipula a las gentes en beneficio de los gobernantes; y más frecuentemente, para beneficio del Mercado, ofreciendo todo tipo de exhibiciones folklóricas de los restos de tradiciones populares que todavía queden sólo para mover el Turismo de lo exótico, un negocio bastante rentable, se hace la hipocresía de alentar y publicitar las singularidades y diferencias culturales de los pueblos menos desarrollados, porque eso es dinero, mientras que, por otra parte y al mismo tiempo, son arrasadas y uniformadas, sin el más mínimo pudor, todas las culturas y todos los comercios sacrificados al Modelo único de Cultura y al Mercado único omnipotente y globalizador.

Fijáos, por ejemplo, qué diferente y contrario tratamiento, se hace de Marruecos y sus culturas, y de cualquier otro pueblo más atrasado en el Desarrollo, cuando lo tomamos como aventura turística –como espectáculo visual objeto de ansiosa apropiación fotográfica para luego guardarlo en nuestros álbumes de vacaciones- y el tratamiento duro y paranoico, despreciativo de las tradiciones, con que luego el Mundo del Desarrollo trata a esas mismas gentes cuando vienen ellos aquí a buscar vida y cobijo. Tenemos que ver y sentir en nosotros mismos primero lo fabricados que están nuestros sentimientos y conductas desde Arriba, desde el Mercado, desde los Estados, desde el Dinero, para darnos cuentas de la trampa.

Tenemos, pues, nosotros en primer lugar que no engañarnos y no aceptar de entrada esa falsificación impuesta desde los gobiernos progresados del Régimen Demotecnocrático, y denunciar que es mentira lo del pretendido Multiculturalismo: la verdad es que se están exterminando las diversas culturas por imposición del Modelo de Cultura imperialista o televisiva, que

ya no hay “culturas” en el sentido popular del término, que cada vez se obliga más a adoptar una sola Cultura mayúscula dominante e impuesta uniformadoramente sobre todos los pueblos aspirantes al Primer Mundo: eso o perecer. No parece haber otra alternativa. Ese Modelo único de Desarrollo no es solamente un modelo en potencia, de aspiración, de topos utópico o lugar al que van a dar a parar todas las culturas, sino cada vez más un modelo real, en acto, el modelo hipnotizador y demoleedor de todas las culturas y de todos los pueblos. Ese es el modelo difundido e impuesto por los llamados Medios de Comunicación de Masas que más propiamente habría que llamar: Medios de Formación de Masas, con la televisión a la cabeza como foco primordial de atracción y consolidación de esta telecultura uniforme. Si no vemos esto con claridad, y creemos que todavía la cosa es un juego de poderes entre los pueblos, estamos desviando el problema de su verdadera raíz.

No se trata de nada que tenga que ver con el juego de dominio entre los pueblos, como quizá antaño en otras épocas históricas se diera alguna vez; ejemplos de gloriosa comunidad que compartía por igual riquezas y conflictos, han tenido lugar en la Península Ibérica durante siglos en la convivencia popular y viva, valga la redundancia, entre moros, cristianos y judíos, de lo cual quedan hermosas huellas variopintas y perennes en nuestras ciudades más refinadas, Córdoba, Toledo, Sevilla, Granada... Pero ahora no conviene distraernos con pasados históricos. El enemigo de hoy es más astuto, poderoso y asolador.

No. No debemos entretenernos con otras épocas donde el juego vivo entre las culturas podía tener algo de sentido común y popular: Hoy, bajo el imperio audiovisual del Régimen Tecnodemocrático, en las llamadas Sociedades del Bienestar, cúspide última del Mundo del Desarrollo, bajo el dominio televisivo de la Formación de Masas a través de la fabricación del Individuo democrático, que es el elemento básico

constitutivo de las Masas (eso que tan soberbiamente se denomina El Hombre), todo lo que no responda a esa fe, basada fundamentalmente en una única y devastadora ideología que no es otra que la del Dinero, nada puede vivir, ni se va a dejar vivir al margen de esa doctrina, que es sin duda más fundamentalista que todos los más brutales fundamentalismos de las márgenes; sin que esto quiera decir que los otros fundamentalismos no sean también construcciones desde Arriba, desde el Poder de los Estados y las Religiones para el dominio de las gentes. Este verdadero fundamentalismo del Primer Mundo engloba y sostiene como complemento las “supersticiones” de las otras religiones; y aquí en el fundamentalismo del Primer Mundo, el soberbio Modelo del Desarrollo, es el Hombre con mayúscula, el dios del Progreso progresado; ese Hombre tecnodesarrollado y su Humanismo es el que parece representar a la Humanidad; los demás hombres son monos en horda sin vida personal destinados a morir colectivamente o a ser colonizados por los modos más sutiles y radicales de colonización que jamás se dieron en las más sangrientas conquistas históricas de otros pueblos.

Por eso, si no atacamos de frente y sin rodeos a este Modelo depredador y único de Cultura y de Hombre, no estaremos haciendo nada de verdad operativo y honrado para defender lo que todavía pueda haber de singular y particular en las culturas y los hombres y mujeres de los diferentes pueblos; poco hacemos si no denunciamos los engaños y la hipnosis cegadora que impone este Único Modelo prometedor del Bienestar y la Abundancia, un bienestar falso, inalcanzable, como cada día comprueban desgraciadamente nuestros inmigrantes, un Modelo de Desarrollismo falso, que lejos de cumplir sus halagadoras promesas, lo que de verdad hace es convertir a los pobres de la tierra en mendigos del Primer Mundo, en miserables y prostitutos de las Sociedades del

Bienestar ;porque una vez arribados, tras todo tipo de sangrientos avatares, a ese Mundo Primero de equivocada salvación, él mismo se va a encargar de que, generalmente, el que llegue siga manteniendo, aún en condiciones más inhumanas e indignas que en sus lugares de origen, el inamovible status de pobre y de marginado, cuando no de delincuente o perseguido.

Es un juego hipócrita. Por una parte, hay desprecio real del extranjero y su cultura, pero, por otra parte, hay una necesidad del extranjero. Porque la existencia del extranjero, del “otro” le es necesaria a los Estados para la configuración de las fronteras, para la constitución de su identidad, tanto de la de los Estados como de la del Individuo. Pero, del mismo modo que es necesario para la confirmación de la Normalidad, la existencia de lo anormal y patológico, la Cultura de Occidente ha fabricado, más que ninguna otra, desde su prepotencia el concepto de ‘extranjero’. Se trata de una necesidad para su propia constitución y conformación; por ejemplo, le es muy necesaria actualmente para la creación de esa entelequia conceptual que sobrepasa cualquier sentido histórico: Europa. Y Europa se construye así como el Paraíso del Bienestar productor de toda suerte de espejismos engañosos para las jóvenes gentes que habitan en esas formas más arcaicas y más bárbaras de dominio como la dictadura marroquí. Europa se presenta así como topos o lugar físico de refugio y como utopía ensoñada. Una utopía cara y defraudadora.

La integración del extranjero es etnocentrista siempre: su integración es desintegradora; su entrada en la Sociedad del Becerro de Oro, no es percibida ni aceptada como una simétrica contraprestación económica y psicológica que haría ganar por igual, o perder por igual, a ambas partes, como es el caso tradicional del viajero, o del forastero rico del que no importa ni el color ni la cultura porque trae dinero, sino que es

experimentada como una intromisión en el territorio propio que amenaza la propiedad del Amo del Modelo y del lugar, y así se tiende a considerar su trato, en el mejor de los casos, como una cuestión moral, de buena voluntad o de condescendencia condicional y vigilada, de “solidaridad” como se suele decir, y no como comunidad con el prójimo como consigo mismo, según sugería el evangelio. El extranjero se identifica así y se estigmatiza como el invasor al que no se ha llamado, el inmigrante que a su vez se identifica con el marginado, el marginado con el pobre, y la pobreza, ya se sabe, con el peligro y la delincuencia. Una cadena lógica disparatada, pero férrea y operativa.

Así que, visto lo anterior, si todavía mantenemos ingenuamente la pretensión de que hay culturas y pueblos de verdad, desde abajo, que no estén contaminados de esa nefasta fascinación del Modelo único del Bienestar, nos desviaremos del camino más eficaz de nuestra lucha. Es este Modelo único, uniformador y depredador de todas las culturas, el Modelo del Mundo Desarrollado, el que tenemos que intentar atacar y demoler primero si de verdad queremos que siga habiendo pueblos y gentes diversos. Desvelar sus engaños y su imposibilidad de proporcionar vida y disfrute, si de verdad queremos hacer algo por otras gentes, por otros pueblos.

Para ello tenemos que intentar rescatar también, dentro y debajo de este Modelo, en nosotros mismos, en nuestra propia Sociedad, lo que quede de pueblo debajo de esta imposición, lo que quede de gente viva y todavía no anestesiada y convertida en Masas de Televidentes, debajo de esta sutil colonización que se ha producido en nosotros mismos. Si conseguimos demoler algo de esa mentira, que paradójicamente separa a los pueblos y las gentes con la apariencia de unificarlos, en primer lugar desvelando lo que se ha cegado en nosotros mismos, demoler las mentiras de este nuestro Primer Mundo, así podremos hacer

algo por las otras gentes de otras culturas, de otras tierras, cuando ya no haya ni Primeros ni Segundos ni Terceros mundos. Y de paso así nuestra autocrítica del Régimen del Bienestar también les valdrá a ellos, a esas gentes menos desarrolladas, de modelo de lucha contra el dominio particular que a cada pueblo le toque.

Pero ¿cómo se ha conseguido tan perfectamente esta fabricación de la Realidad única de forma tan rápida y exitosa? ¿Cómo se construye la Realidad en y desde el Primer Mundo? Conviene que analicemos la constitución y estructura de este Mundo Primero, si queremos intentar descubrir los mecanismos de ese encantamiento, de esa ceguera que ejerce sobre otros mundos y sobre los propios habitantes del Mundo Primero.

Criterios de Realidad del Mundo Primero: hay dos principales criterios de Realidad en el Modelo del Régimen Tecnoprogresado: el primer criterio de Realidad es el Dinero.

Sólo es real aquello que tiene precio –más real y existente cuanto más alto sea su precio: por ejemplo un automóvil. Esta confusión entre valor y precio ya fue apuntada certeramente por Don Antonio Machado en aquellos versos: “Todo necio / confunde valor y precio.” El otro criterio de Realidad es que salga en la televisión. Como dijo ya en su día Andy Warholl “sólo lo que sale en la televisión, existe”. La televisión da certificación de existencia o realidad no sólo a las personas –que automáticamente se hacen personajes– sino que además fabrica la Historia, fabrica el Mundo. Las noticias son automáticamente hechos en el momento mismo de su emisión. Como bien dicen los locutores en los telediarios: “Hoy se han producido las siguientes noticias”, en vez de decir “les damos noticia de los hechos producidos” Esta fabricación de los hechos por la noticia, esta creación de Realidad audiovisual, toma especial poder en las guerras. Recordad la Guerra del Golfo, que era esencialmente una guerra televisada, más que una guerra,

una chapuza audiovisual, eso sí, sangrienta aunque audiovisual.

Parece que los hechos terribles se producen por y para la televisión. También esas dantescas hambrunas y miserias de los márgenes del Desarrollo con sus niños famélicos, comidos de moscas y desolación, parece que tienen un cumplido destino en la televisión, en la propia espectacularidad de sus imágenes. El mismo espectáculo –extraído de su condición de vida destrozada y aislado en su urna de cristal– crea automáticamente un distanciamiento, una separación: fabrica una película de vidrio, donde el hecho queda congelado en toda su espectacularidad en la pantalla, pero no contamina, no compromete más allá del repelús del instante o la lágrima fácil que vierte y repara la idea con la lágrima; o en todo caso –en el mejor de los casos– desvía el sentido de compasión común hacia la triste condición humana, a la solidaridad sustitutiva: la del envío de dinero, la de la limosna. Parece como si la anestesia audiovisual estuviera en razón proporcional a la magnitud de la desgracia. Ese efecto de espectacularidad o especularidad es más operativo en la desactivación de esa posible flecha, que de veras nos hiriese, que los miles de kilómetros que nos separan físicamente de la desgracia.

Los ojos de los ciudadanos de las Sociedades del Bienestar-Sociedad del Espectáculo pueden ver los mayores infiernos que jamás se hayan dado en la historia de la Humanidad con la mayor impunidad y el más pasivo distanciamiento. Es mentira lo de la aldea global. Porque que las cosas terribles más lejanas estén ahí sucediendo delante de nuestros ojos, (o da igual, la visión de las más cercanas e inmediatas, como tanta inútil muerte, en flor de juventud, ahí al lado, en nuestras vecinas costas andaluzas de cientos de muchachos marroquíes) no quiere decir que por visionarlo –como se dice ahora– eso toque de verdad nuestro corazón y nos empuje a la acción; acción que pasaría, en primer lugar, por no

aceptar de entrada con naturalidad eso de que tenga que haber Mundos Primeros y Mundos Terceros, ricos y pobres, como la cosa más natural y lógica del mundo.

Otra causa de la imposibilidad de entendimiento y sentimiento de lo visto es la celeridad constante de ese vertido de información, esa sobredosis informativa estéril, ese ritmo de embuchamiento que obliga a tragarse cualquier cosa sin posibilidad de conversión ni razonamiento. No se da respiro a la sensibilidad ni a la razón, produciéndose así un catabolismo asimilador inocuo y conformador de cualquier cosa que nos caiga encima.

Los tentáculos de esta fascinación engañadora, de este espejismo del Paraíso del Bienestar, llegan a otros pueblos a través de las ondas televisivas produciendo, sobre todo en los jóvenes desocupados y sin futuro laboral, una zozobra angustiada, una embaucadora ciega que les impele a huir de sus lugares (de por sí insoportables y poco prometedores) para correr atraídos como por un irresistible faro que les imantara hacia las costas de esa fascinadora Europa, aunque —como se comprueba con harta frecuencia— les vaya la vida en ello. El escándalo del Mundo del Despilfarro, la Abundancia, la Felicidad, se les presenta como una estrella engañadora por la que vale la pena morir, cuando la verdad pura y dura es que en ese Mundo del despilfarro ellos van a ejercer de basura social en la mayoría de los casos, y nunca se les colmará con la satisfacción prometida, aunque a veces la mala conciencia colectiva convierta a alguno en héroe de folletín televisivo y le condecoren las autoridades, como el tan publicitado como desgraciado caso del argelino que cayó al Metro por defender a una chica de su agresor. Ese tipo de detalle redentor permite —con mayor legitimidad— seguir imponiendo la represión en leyes de extranjería cada vez más injuriosas a la dignidad humana. Pero eso sí, de paso así se venden más periódicos y

revistas y aumentan los índices de las audiencias televisivas. Todo queda así recuperado para el verdadero negocio, el dinero, y para que todo siga igual precisamente por el procedimiento de que algo cambie: que no pase nada porque parezca que sucede algo.

Todo sirve para engordar al Primer Mundo. quede bien claro que nuestra acción fundamental no debe ir encaminada a cubrir de tiritas al Tercer Mundo, labor por lo demás inagotable, ni simplemente a solidarizarnos con el más desvalido, sino además a desenmascarar de dónde viene la herida y a quién sirve. Si queremos trabajar con las dos manos, hay que retomar la recomendación del evangelio, y que tu mano derecha no vea lo que hace tu mano izquierda, de tal manera que nuestros bienintencionados gestos de solidaridad que hacemos por arriba no hipotequen ni paren la denuncia y el desvelamiento de las mentiras de este Mundo Primero.

No puede, pues, haber encuentro noble y enriquecedor entre culturas si un Modelo de Cultura –la del Modelo Imperial del Régimen Demotecnocrático o Mundo del Desarrollo– engulle a las otras y las convierte a su Modelo, y al mismo tiempo mantiene hipócritamente el juego de la apariencia de alentar y exagerar las posibles diferencias, sólo para el negocio del Turismo. Turismo no es viaje, no es encuentro: es dinero.

Celebremos, pues, aquí y ahora hoy nosotros el único encuentro honrado y verdadero : el del sentido común. Y el sentido común nos dice que hay que revisar hoy día, en primer lugar, el concepto de Cultura y no creernos las patrañas culturalistas impuestas desde Arriba. Hoy la Cultura es el arma más progresada de sometimiento de los pueblos. Cultura es hoy fundamentalmente Televisión y Turismo, y ambos pilares sostienen el prepotente Modelo del Desarrollo, ése que, al fabricar la abundancia y florecimiento del Primer Mundo, está fabricando la miseria y desolación de los otros mundos. Del

homo oeconomicus al homo miserabilis no hay más que un paso, tanto porque uno genera inevitablemente al otro en sus antípodas, como porque dentro mismo de ese hombre económico crece inevitablemente un hombre miserable. Parece que, vistas las cosas tan despiadadamente, se ciega toda esperanza; pero es que una esperanza falsa es una trampa mortal, un engaño aplazado. Además, ya hay demasiados embaucadores prometedores de falsos paraísos, y aquí nos toca contradecirlos diciendo desengañadamente lo que pasa aunque no valga para mucho y aunque sólo sea por amor a la verdad.

.....
Isabel Escudero

Las mujeres y el dinero

Cuando alguien me dijo si podía hablar algo, más o menos político, sobre las mujeres, primero pensé en la asociación más inmediata y tópica, la de mujeres y amor, ya que parece que somos las representantes de Venus en el sentido erótico y también en el otro sentido más genérico del amor, las representantes de la madre, desde Eva hasta nuestros días, y, por tanto, las encargadas de la donación perpetua de amor y de recibimiento de amor. Pero me di cuenta de que tal sentimiento, en un caso y en otro, convendría abordarlo no directamente –como yo misma lo había hecho en repetidas ocasiones– sino a través de metáforas o conceptos interpuestos que lo desplazaban de su nombre propio pero que seguían actuando en nombre de él. Habría, pues, que relacionarlo, por ejemplo, con esa otra cosa tan corriente que llamamos **dinero** y que las mujeres manejan cotidianamente con tanta naturalidad,¹ casi siempre en operaciones ligadas a los afectos familiares y domésticos, cuando no a la compraventa del amor mismo. No olvidemos que la prostitución es la venta del amor a cambio de

1. Recomendamos la lectura del texto: “*La compra-deuda natural. Algunas razones contra la naturalidad de la naturaleza femenina*”, Isabel Escudero, revista Archipiélago, nº 15, 1993.

dinero. (Desde sus formas más arcaicas eran las mujeres las que vendían su amor y los hombres lo compraban, generalmente en beneficio de otros hombres. Las variantes actuales no alteran mucho el esquema primordial). Y, sobre todo, considerar más que nunca hoy día estas relaciones, cuando el dinero va tomando cada vez más un carácter invisible, más abstracto, ideal, divino, y por lo tanto más facilitado de mezclarse con otras abstracciones e ideas afines como el tiempo o el amor mismo.

Porque el dinero, hasta hace relativamente poco, era algo contante y sonante, algo que se palpaba en monedas, y había la figura tradicional del avaro que, generalmente, era masculina. El avaro palpaba con delectación las monedas; recordad al avaro de Molière o cualquier otro de los modelos de avaricia; era habitualmente representado por un hombre agarrado a un fetiche: una moneda, fetiche que en el caso del dinero más que representar a una cosa vale por todas las cosas. Si acudimos a Freud, y en general a la experiencia psicoanalítica, nos damos cuenta de que el fetichista por naturaleza, (también el coleccionista), suele ser un hombre. Parece que esta apropiación simbólica desplazada a un objeto o acto está más ligada a la cuestión masculina que a la femenina en tanto que la mujer, cuando se pone a coleccionar algo, colecciona precisamente al amo del fetiche, que es el propio hombre; es decir, colecciona al hombre como fetiche de fetiches; son las famosas coleccionistas de hombres, a las que la tradición cinematográfica y la leyenda, han asignado el título de mujer fatal. Parece que hay muy pocos casos en la historia y en la novela de representación del avaro por figura femenina. En cambio, por otra parte, parece que sí se da en la realidad la circunstancia de un trato abundante y cotidiano de las mujeres con el dinero; porque, si nos damos cuenta, la administradora palpable del dinero chico es la mujer, la que maneja la economía doméstica. Aunque, efectivamente, el amo del dinero

grande, el de los muchos ceros, es el hombre, son los banqueros, los grandes empresarios tanto del Capital como de la Administración, (también hay mujeres allí arriba, pero en esas alturas las mujeres no son otra cosa que “Hombres”). Es el Hombre, en su masculinidad más radical, el representante legítimo del dinero, y el futuro más halagüeño al que aspira un hombre es a poseer mucho dinero (bien en su forma más burda o en sus formas más sublimes, la fama, la gloria). ¿Y qué hace fundamentalmente con tanto dinero un hombre? Pues, generalmente, una de las cosas que hace primero es que compra mujeres.

Así el dinero se enlaza, sin demasiados disimulos, con la demostración pública de potencia sexual; pero, sin embargo, esto no quita para que antes se establezca una primera relación más honda ya apuntada por Freud; la primera identificación que Freud hace con el dinero es la de las heces, la de la *mierda*. El dinero es mierda; es la primera donación que el niño hace a sus mayores, el mojoncito que el bebé regala agradecido al manoseo de la madre y a los besos y caricias de los adultos en general; esa caca que hace el niño, sobre todo después de sentir la preocupación de los adultos por su circunstancial estreñimiento, es una donación que ya se estima como el primer *capital* del niño, el primer dinero que ofrece a cambio de amor a aquellos que le quieren en justa correspondencia libidinosa.

Por lo tanto, la relación primordial entre dinero y amor no está muy lejana desde el principio; es más, se diría, que el dinero reviste, la mayoría de las veces, dentro del trato humano, un carácter de sustitución y desplazamiento simbólico de algo como una *falta*, como un débito interminable, y esto es mucho más poderoso que su carácter físico, que su carácter palpable, y que siempre viene a ser en lo hondo una metáfora amorosa, algo que viene a confundirse con el amor mismo. Algunas veces he seguido muy interesada las expresiones de los niños pidiendo

dinero; cuando se ven carentes de amor por algún lado, siempre piden dinero; también las mujeres recién separadas de un hombre, cuando el marido las ha abandonado y ya el lazo de amor se ha roto definitivamente, la primera medida es la petición de dinero, la pensión compensatoria incluso cuando no haya hijos; siempre parece haber un discurso, un discurso consciente que consiste en decir “yo necesito el dinero porque tengo que vivir”, “Los niños necesitan el dinero”. Pero la verdad es que el dinero entonces no es sólo propiamente el dinero, es antes que nada otra cosa; el dinero es siempre otra cosa. Se habla del dinero cuando da vergüenza hablar de amor; cuando se siente pudor de hablar de otra cosa más intratable se habla de dinero. Esto lo hacen mucho los niños cuando se sienten olvidados, si les nace algún hermanito o cuando sienten la ausencia del padre porque el padre se ha largado y quedan los niños allá con la madre y no saben cómo dirigirse al padre, *–al pater familiae* que ha abandonado el hogar– le piden entonces dinero para comprar “algo”, no importa qué. Quienes más hacen esto, quienes más recurren a esta identificación son precisamente aquellos seres que más necesitan para su identidad social el amor, y el amor siempre lo necesita el más débil; por ejemplo, los niños necesitan como primera medida una cierta protección, que los adultos les hemos exagerado por nuestro propio interés para demostrar a nuestros cachorros y a nosotros mismos que sin ésta protección nuestra ellos están desvalidos y que así dependen para vivir de una vigilancia amorosa por parte de los mayores, los cuales así ya tienen una justificación para dedicarse a ganar dinero como sea. También los niños se han dado cuenta de que los adultos fabrican la realidad y las relaciones *–relativas–* con dinero. Los adultos suelen, como hacen los pecadores, olvidar de conciencia estas perversiones, lo toman como natural, pero los niños no lo toman con tanta naturalidad y les imitan exagerando. En esos seres de existencia

económica y psicológicamente vicaria, educados dentro de un Régimen de dominación Patriarcal, es donde cuaja de manera más radical, como en el caso de las mujeres, la exigencia y necesidad del dinero como seguridad e identidad.

Sin embargo podría decirse, con una expresión cuasi popular, que *el dinero es lo más barato*, y que muchas veces el dinero resuelve de forma más económica e inmediata, de forma más barata los conflictos derivados de formas de sentimientos que también son dinero disimulado pero sin duda de precio más caro. Todos hemos sentido cuánto hay de dinero mezclado en esas relaciones amorosas más sublimes que llamamos pareja y matrimonio.

Parece que hay, pues, una naturaleza común, o por lo menos de común operatividad, entre dinero y amor; y no hay que dolerse por ello aunque, claro está, *si el dinero es vida, la vida se arriesga también por pura dialéctica a ser dinero*; pero ¿por qué vamos a considerar que esto del amor es lo sublime y el dinero es exactamente la mierda y que la mierda es sólo mierda y no amor mismo como ya lo vio bien el Inspector de las Almas? Está todo muy mezclado en los humanos. El amor participa de estas cuestiones y el dinero, a su vez, es un lenguaje de sustitución: cuando ya no se puede hablar de amor, cuando ya no se puede hablar por vergüenza de amor, se habla de dinero.

Porque aún anterior a esta asociación substancial entre dinero y amor, hay otra previa que está por debajo. A saber: las conexiones profundas que hay entre *dinero y lenguaje*. No podemos olvidar que los mismos mecanismos de abstracción que hacen que una palabra signifique una cosa –y sólo esa– para todos los hablantes de una lengua y, aún más, que un fonema infinitamente pronunciado cada vez de forma distinta sea tomado como idéntico, siempre el mismo, son también los mecanismos que hacen que el dinero sea una abstracción sustituta de todas las cosas.

Las relaciones entre dinero y lenguaje son pues evidentes. Sólo a los monos parlantes, a los humanos, se les ocurrió la fabricación del dinero. El lenguaje también tiene su lado dinerario: de contabilidad del mundo. *Cuenta y echa cuentas*, en el sentido doble de contar números y contar cuentos. Fabrica el mundo nombrándolo, pero las cosas no son en la realidad cosas hasta que no se las puede contar. No hay 'oveja' hasta que no hay varias ovejas.

Pero volvamos al dinero y las mujeres. En cuanto a las mujeres, nos llama la atención poderosamente el hecho de que la independencia económica de las mujeres, conseguida en el progreso, y cada día más, no resolviera la relación de dependencia de ellas hacia los hombres, fundamentalmente hacia los hombres con los que guardan una relación de Amor serio. Me explico: las mujeres independientes, a través de su independencia económica, no resuelven la relación de dependencia que tienen con el otro; lo puedo ver en mí misma y en cualquiera; incluso entre mujeres acostumbradas a la introspección y al análisis no hay una verdadera liberación de la dependencia psicológica y moral, ni aún cuando sean ellas las más pudientes. Parece que hay dos planos: un plano real y consciente, que responde a la creciente conquista real de la independencia económica pero que, una vez conseguida, de hecho parece no romper ni aminorar, tanto como sería de esperar, la dependencia psicológica y moral. No se alivia, en la medida en que debía de aliviarse, el hecho de la dependencia vital con el otro; quiero decir, con el hombre u hombres que a cada una le hayan tocado como marido, padre, hijos, etc.

No son sinónimos, pues, independencia económica con autonomía, ni con libertad; ni significan tampoco liberación de la angustia, de los deberes. Eso es evidente, y cada mujer lo ha experimentado en sus propias carnes. Otra cosa es el discurso superficial que acepta la ilusión como real. Tenemos que

considerar siempre, en cualquier análisis de cuestiones tan interiorizadas como éstas, como el amor y el dinero, que hay dos lenguajes y dos discursos. Uno es el discurso de la acomodación o el discurso de la realidad, del *contentamiento*, que dice “independencia económica es autonomía, en el caso de las mujeres y en el caso de cualquiera”; pero hay otra voz más honda, que no se conforma, que no se queda contenta con esta afirmación y confiesa que: “a pesar de todo, no se me calma la zozobra, no se me calma la relación de dependencia con aquel, y los mandamientos de la institución, aunque sea yo ahora la que tiene y administra el dinero”. Por cualquier lado que miremos vemos que no está claro que el dinero sea sólo dinero, que el amor sea sólo amor, pues ahí hay siempre una especie de polimorfía perversa en las cuestiones que atañen al dinero en relación con los sentimientos.

Por otra parte, la cuestión que se me presenta como más llamativa y, desde luego, que yo creo que influye muchísimo en esta especie de relación de las mujeres con el dinero, es el considerar que las mujeres fueron **la primera forma de dinero**, fueron la primera propiedad, y, por lo tanto, sobre ellas se constituyó *la primera división de clases sociales: la división sexual* entre hombres y mujeres. Esa es la primera división de clases sociales, que, por supuesto, se establecía entre uno que poseía y un poseído. Generalmente, eran mujeres que se daban al enemigo, al vencedor, al otro, que se vendían y se contraprestaban por tierras o por prebendas o por poderío o por acuerdo entre hombres con poder. También se compraban para uso personal, se compraba una mujer para la esclavitud, sea la esclavitud de la casa, del trabajo, o para el trato sexual, y su precio variaba, y hoy día sigue variando, en relación a la belleza y juventud de aquella que se vende. Queremos decir que la mujer debió ser la primera forma de dinero de los hombres y que esta fue su entrada primera en sociedad. *Las mujeres eran el*

dinero de los hombres, y esa antigua huella no desaparece. Por tanto, ¿qué hace todavía el dinero? ¿cómo funciona ese dinero hembra, suponiendo que las mujeres arrastran aún de alguna manera la sensación de ser ellas en sí mismas dinero de los hombres? ¿qué hace el dinero de mujer cuando se administra a sí mismo? porque ya no es sólo manejado por el varón que lo tiene, sino que, a su vez, las mujeres independientes y con poderío económico, a finales del siglo XX, ya se convierten en administradoras de sí mismas, incluso en propietarias de “su cuerpo”, como celebran algunas erradas voces feministas. Pero paradójicamente siguen aceptando, y toda la Sociedad con ellas, esa especie de creencia profunda –que debe de ser algo más que creencia, algo que viene inmemorialmente arrastrado– de que la mujer misma tiene un valor de cambio, un precio en dinero que, la mayoría de las veces, depende del grado de belleza o el grado de juventud, cosa que a los hombres no les pasa. Una mujer, en cuanto pierde la belleza y pierde su juventud, desde luego, baja sus acciones muchísimo en el mercado, por muy inteligente o buena que sea. El destino social y económico, y por tanto vital, de una mujer fea es infinitamente incomparable con el de una mujer guapa. Una mujer fea lo tiene aún más difícil que un hombre, porque además parece que tiene como que pedir perdón toda la vida por no haber nacido hermosa y suplirlo con toda suerte de habilidades y virtudes, y aún así nunca será perdonada.

Las relaciones entre mujeres y dinero parecen estar muy turbias, muy turbias a fuerza de estar claras. Lo que pasa es que nosotras, las mujeres, siempre hemos servido a las ideologías de cada momento histórico, se ha hecho con nosotras siempre lo que Dios mandaba. Hemos estado habitadas y desplazadas por metáforas y metonimias, esto ha dado mucha literatura; ha dado mucha literatura y ha dado mucho arte: y el arte es dinero y es poder; y, además, gusta el arte, y tranquiliza, porque el arte

promocionado por la Cultura mayúscula está al servicio del orden dominante y lo que hace, salvo raras excepciones, es inflar y conformar la realidad, ratificarla, confirmarla para que perdure como Realidad, la única posible, y nunca sea cosa de otro mundo. Además, se nos dice y repite continuamente desde la Sociedad y el Mercado, (ya cada vez más idénticos), que “la realidad es la realidad y no hay más cera que la que arde”; y también consuela mucho, tanto al Estado como al yo individual de cada uno, que así se realiza, el hecho de que se continúen reproduciendo por inercia y como lo más natural del mundo los fundamentos y pilares del Sistema Patriarcal, que es el único que conocemos y padecemos. Puede ser que haya otra cosa en otra parte ignota pero, desde luego, está destinada a irse pareciendo cada vez más a esta Realidad del llamado Primer Mundo. Nos referimos al modelo predominante de Desarrollo: las llamadas Sociedades del Bienestar. En estas Sociedades tecnodemocráticas que han entronizado al Hombre o la Persona como el Dios moderno están entremezclados con un disimulo mucho más peligroso que en las anteriores formas de barbarie, dinero, mujeres y amor. La cuestión de las mujeres se entrelaza hoy automáticamente con la cuestión del dinero no sólo por su propia filogénesis histórica y fundacional –siempre ha sido así– sino además por el constante aprovechamiento y cultivo de esas conexiones desde los Mass Media y el Mercado de la Cultura. Nunca como ahora se les ha puesto precio a las mujeres, no sólo porque se las ha convencido de que si no ganan su dinerito no son nadie, sino porque constantemente a través de las modas, los modelos de figura inasequible y, en fin, toda la publicidad y aspavientos que se celebran sobre el cuerpo femenino: se la ha convertido a ella misma en dinero puro. Evidentemente, ya antes se presentaba en las mujeres, como una doble o triple naturaleza, esta relación inseparable con el dinero, no solamente porque ellas fueron el primer Dinero del Sistema Patriarcal, sino

porque ese dinero viene disfrazado de amor y, a su vez, recíprocamente, se le da el nombre de dinero a aquello que no se sabe qué es, cuando amor tiene vergüenza de hablar en este mundo de la realidad. Además, se les ha enseñado a las mujeres, desde fuera y entre ellas mismas a necesitar y pedir amor y por tanto dinero. Esa es la forma de queja habitual del más inválido, de los niños, de los ancianos, de las mujeres. Pero es en ellas en donde se cuaja y se alimenta más que en ningún otro individuo del colectivo social la interrelación entre amor y dinero, ese es su negocio, y de sus méritos y voluntades “personales”, tanto social como familiarmente, depende que se les conceda entrar en el Reino del Padre. Se les contó que el logro de sus vidas estaba en función de la cantidad de prebendas, privilegios, o simplemente dinero, que pudieran sacar de las arcas y el festín del Señor, con amor o como fuera. Hoy en día se les propone lo mismo pero además con trabajo asalariado o de otro tipo.

Por otra parte y a su vez, los hombres no olvidan que la profesión más antigua del mundo era la prostitución. Saben que con el dinero se compran mujeres (ese era un juego precisamente instaurado *por y para* los hombres, un juego de hombres, unos que pagaban dinero a otros para disfrutar de las mujeres. El dinero pasaba así de unos hombres a otros y en ello medían ellos su potencia). La cosa, desde luego, no ha cambiado mucho, ya que todo acto de prostitución en el fondo se realiza entre dos hombres, uno disfrazado de mujer que cobra. En el fondo, la operación se reduce a una *capitalización del deseo*, una cuantificación de lo inconmensurable, una domesticación de la indefinida sexualidad femenina, operación sin duda necesaria para tranquilizar el miedo de los hombres. Y ¿qué es lo que pasa?; pues que, a su vez, las mujeres se dan cuenta de este doble juego ancestral y siempre renovado: que ellas tienen poderío con el tráfico y negocio de la sexualidad, no sólo a cambio de la sumisión de su sexo a un dueño sea por amor o por dinero, sino

también porque la dominación de las mujeres es la primera operación a la que recurren los hombres para medirse entre ellos. Pero dentro de todo lo triste que pueda ser esto, suele ser, con algunos disimulos, la pura normalidad, lo corriente, unas veces sólo bajo la forma más barata y directa del dinero, el contante y sonante, otras veces como dinero más caro, que cuesta más, el de la institución del matrimonio, tanto en su forma tradicional como en otras formas modernas aparentemente más liberadoras. Pero la prostitución, además, gracias a su carácter de anormalidad, es lo que viene a sostener la normalidad del matrimonio, porque si no el matrimonio sería insostenible, si no fuera alguien a recordarte que eso es lo decente y lo de veras sublime, que luego hay otras malas maneras que no son normales, que son inmorales, que son comerciales, que se alquilan los cuerpos. Tú no te vendes así a pronto pago, ofreces una exclusividad amoroso-sexual aplazada a través de la formulación eclesíástica matrimonial: una promesa para toda la vida a cambio de la seguridad que da un amor domesticado. Porque sin duda allí había amor, y quizá amor del bueno, pero vaya usted a saber qué es lo que queda de todo eso después de echarle tanto sustituto encima.

Pero volvamos al dinero de hoy; hay que hacer notar que la idealidad e impalpabilidad del dinero actual, lejos de generar silencio sobre él, ha producido, en razón directa a dicha idealidad, un exceso de referencias verbales. Se habla mucho de dinero, de él directamente y a través del precio de las cosas y los llamados índices de vida, y este hablar de ello es su principal movimiento. El dinero sólo se sostiene y crece por su movimiento, el trajín sin fin de las inversiones y en general las operaciones de bolsa. Un continuo hacerse y deshacerse en las pantallas electrónicas de todo el Mundo Desarrollado. Son como operaciones teológicas, actos de fe tal cual los de la vieja Teología. Hasta hace poco daba vergüenza hablar del dinero. Yo

me acuerdo de chica que los grandes terratenientes de mi tierra, de Extremadura, nunca decían que eran ricos, ni hacían ostentaciones. Si algún niño de familia pudiente decía en alta voz que habían comprado sus padres tales y tales cosas, le daban siempre en la mano y le reñía la familia, porque no era de buena educación presumir de dinero, era algo impúdico; evidentemente, era una hipocresía, porque los que más defendían esta pudicia, este disimulo, eran precisamente aquellos que ostentaban de manera más radical y esperpéntica sus grados de poderío sobre las clases más desfavorecidas. Pero el caso es que, de un tiempo a esta parte, lo que más sucede es que se hace exhibición del dinero, un dinero que no da vergüenza ni miedo, que parece no ser mierda, sino tan bendecido como el amor mismo. Este poderío monetario usa para su lucimiento un fetiche universalmente consensuado: el automóvil propio particular. Los coches, un modelo tras otro eternamente mejorado con alguna puñetita que le hace cada vez más caro, la celeridad del consumo y el surgimiento de un estamento mayoritario, una clase dominante como la del sector servicios destinada al consumo del exceso de producción de inutilidades, constantemente destinada a hacerte comprar cosas no pedidas y renovarlas continuamente, a moverte tú tanto como el dinero mismo, a turistear sin qué ni para qué en movimiento uniformemente acelerado, todo este trasiego necesario para el Régimen del Bienestar, ha eliminado aquel viejo pudor hacia el dinero; y por eso, al contrario, hoy día la evidencia del poderío económico, sea en viajes o en consumo, o en automóviles. Es lo que está bien visto. Se hace ostentación permanente de ello. Para eso valen sobre todo los coches, el cambio constante de un modelo por otro. Es paradójico este exhibicionismo, porque al mismo tiempo que las señas del poderío económico se han hecho más evidentes, lo que se ha hecho también más evidente es que el dinero se ha hecho menos visible, el dinero físico. Ya

no hay doblones ni casi ya hay calderilla; ya hay VISA, no tienes ni que palpar el dinero. Es la firma personal el dinero. Y esa firma es suprasexual, no porque sean ya lo mismo hombres y mujeres sino porque ya, por fin, (última fase del sometimiento femenino, por vías de reivindicación de igualdad) todos y todas se han hecho hombres: firma personal; la marca de la escritura, y más del nombre propio, que no es otra que la marca del Señor, aunque sea señora.

El poderío y la omnipresencia del dinero ha ido en relación directa con su invisibilidad, es decir, con su *idealidad*, su divinización. El dinero se ha empezado a hacer divino precisamente cuanto más invisible se ha hecho, cuando se ha hecho más ideal, cuando pasó de ser algo palpable, como en la época de Molière y los doblones de oro, a convertirse luego en letras de cambio y escrituras; después, ha pasado, por un procedimiento muy curioso, a ser pura fe y a interiorizarse en el alma personal, en el individuo personal –el del modelo democrático– a través de las firmas personales en las tarjetas de *crédito*. El crédito, término actual de la fe o credibilidad, que fue en su origen un término teológico medieval, pasó luego a instalarse en las instituciones financieras, estatales, nacionales y posteriormente se encarnó en crédito personal, en tu tarjeta, gracias a la firma tuya. Es tu credibilidad en la sociedad. Vas con tu tarjeta y es como si llevaras todo el oro del mundo, por lo menos hasta unos límites en que puedas, teóricamente, responder de ello, y no importa si no respondes, porque el sistema está hecho para el gasto permanente, de tal manera que, al contrario, a todas las VISAS les encanta que gastes más de lo que puedes gastar. El banco está diciendo siempre: “gasta”, “invierte”, “pide esto, pide una hipoteca”, “pide lo otro”, porque de verdad no le importa que respondas o no respondas; en el propio movimiento del dinero está su única posibilidad, su realidad. No hay otra realidad tras el dinero más que bajo estas

dos condiciones: una es que nos pongamos todos de acuerdo para que la mentira se haga verdad, en una operación de fe teológica (que la Bolsa de Tokio conmueva a la par a los africanos del Sur de Africa, al Mercado de Londres o al de la Patagonia); es decir, que estemos todos de acuerdo en creer en la misma fe instantáneamente y al mismo tiempo, una operación ecuménica con bendición papal *urbi et orbe*. Todos a la vez, esa es la creencia fundamental para que el dinero sea posible; y luego, la otra condición es que se mueva. Si el dinero se para no es nada. Tiene que batirse sin fin; el dinero no puede estar parado, aunque tú lo inviertas a plazo fijo, el banco lo sigue moviendo; a los grandes Bancos lo que les interesa es que todo el mundo gaste más de lo que puede, lo invierta, lo mueva interminablemente en ahorros o en dispendios.

He hecho esta pequeña incursión respecto a la cuestión de la naturaleza femenina, de las mujeres respecto al dinero, porque para el Régimen del Bienestar es importante que las mujeres sigan manejando ese *dinero del amor* que es el dinero chico, el de la familia, el de los sentimientos, el dinero cotidiano que inmediatamente se usa en bienes de uso amoroso (pagar el colegio, la luz, la comida, la ropa, lo que se llama la cesta de la compra), el que manejan las mujeres en y para el ámbito familiar. Pues el hecho es que ese dinero de bolsillo que usan las mujeres, aunque sean ellas mismas asalariadas, que es parecido al dinero de bolsillo que se le da a los niños, es, de alguna manera, tratado por ellas de una manera especial y proyectiva de otra cosa.

Me he dado cuenta de que la mayoría de los jugadores de las máquinas tragaperras son mujeres; o sea, que parece haber algo “femenino” en eso de la palpabilidad de la moneda redonda, en la repetición de meterla en la fisura de un máquina, una y otra vez, abocada siempre a la pérdida irreparable. El juego de la máquina tragaperras es muy simbólico en cuanto a las

conexiones entre dinero, mujeres y amor. Es muy elocuente, porque es como si fuera el símil de la experiencia amorosa pura y dura, que representa una inversión constante –tanto en el modelo femenino tradicional como en otras formas más modernas– para recibir tan sólo unos instantes de disfrute, de desparrame amoroso que dura escasos segundos; y esa mujer está, la pobre, dispuesta a invertir repetidamente en una ruina, a repetir eternamente, pero la máquina tarda, al menos, unas cuantas horas en que se produzca el desparrame si es que se produce. Es una ruina se mire por donde se mire. Porque esa inversión incluye además un trabajoso estar alerta, no sea que después de lo largamente invertido, ¡caprichos del azar y del amor!, aparezca tontamente otra señora por la puerta del bar que con una sola y milagrosa monedita se cobre todo lo depositado por la anterior. Este arriesgado invertir en la espera de la espera es algo gozosamente doloroso que debe tener su pago en sí mismo porque no tiene otra explicación. La inversión en la espera es lo que fundamenta las hondas conexiones entre *amor y amortización*; efectivamente parecieran tener la misma raíz etimológica. Esa íntima conexión entre amor y amortización debe de ser lo que nos empuja a seguir arrastrando insensatamente un amor que es una ruina con la ilusión de que ahí se está recuperando algo de lo invertido, como saldando una deuda, quizá una deuda sin fin.

Desde luego en amor hay una fase mágica (generalmente en sus inicios) en la que ninguno de los amantes cuenta lo que gana y lo que pierde, eso es el enamoramiento. Ahí el perder mismo es el ganar y el ganar es el perder, y no hay cuentas; no puede haberlas, porque si no, no habría enamoramiento; en tanto que luego, la larga batalla de amor que frecuentemente se arrastra por vía purgativa años y años, se ajusta, casi invariablemente, a ese mecanismo ilusorio de la máquina tragaperras. El hecho de por qué las mujeres caen en este tipo de

juego pacato, que no es el gran juego, no sólo se debería, pues, a las dificultades para manejar cifras altas sino, además, a lo relativamente significativo y simbólico del manejo de este dinero chico o doméstico mezclado con el hecho mismo del amor. Este juego, de alguna manera, entronca con esa especie de fatalidad de la feminidad que invierte en la propia espera, como sucede en el efecto de la máquina tragaperras. Me parecía muy elocuente traerlo aquí a colación.

Por otra parte está la cuestión de cómo los hombres enlazan a las mujeres con el dinero. Muchas de las canciones de comienzos de siglo, de la época de la guerra y de las décadas de después, dan cuenta de esto. Por ejemplo, **María de la O**, que dice “*qué desgraciaíta, gitana, tú eres teniéndolo tó. Maldito parné, que por su culpita dejaste al gitano que fue tu querer. Castigo de Dios, castigo de Dios*”, etc... Luego está la de “*Gitana, que tú serás / como la farsa monea, / que de mano en mano va / y ninguno se la quea*”; y luego, una que es muy elocuente de la visión del hombre hacia la mujer como dinero y la relación del amor con el dinero. Es la **La bien pagá**: “*Te llaman la bien pagá, / porque tus besos compré*”, etc...”*bien pagá, bien pagá fuiste, mujer*”. Son algunos ejemplos de nuestros letristas de principios de siglo, ellos bien lo sabían. Hoy día, con eso de los derechos de autor, otra vez entramos en el dinero, los mismos cantautores tienen que hacer sus propias letras sin demasiado miramiento, con lo cual abundan las estupideces con estribillo repetitivo, que la mayoría de las veces no dicen nada, al contrario de aquellas letras tan sugerentes que hacían los que se llamaban letristas, (los Quintero, incluso los Machado, etc.).

El otro día oí cantar a un cantaor un tema flamenco anónimo, que decía así: “*No sé lo que a mí me pasa / cuando te acuestas conmigo / y me pías pa la plaza*”. La letra, al menos, tiene una doble lectura; por una parte es una lamentación: cómo estando en la cama, en una situación de amor, “cuando te

acuestas conmigo me pías pal mercado”; porque se lo está pidiendo en el momento de estar en la cama, por lo cual, este hombre que canta, lo que se plantea quejosamente es el hecho de que efectivamente no es el momento ideal para mezclar esas cosas: “amparándote en el amor que tienes conmigo resulta que te aprovechas como señora de la casa para pedirme para la plaza justo en ese momento”. Pero por otra parte, paradójicamente, parece que hay en él como una excitación morbosa, una especie de ilusión de prostitución, al pensar “tú, que eres mi mujer y por lo tanto consabida, te portas como una desconocida, como una puta a la que hay que pagar”; y, bueno, aquello parece que cobra para el hombre un cierto carácter erótico cuando la otra le pide dinero, ya sea para la plaza o para lo que sea, metiendo al dinero allí en la cama.

Si seguimos los refranes populares también encontramos muchos que relacionan dinero, mujer y sexo. Ya hemos visto anteriormente cómo Freud lo hacía equiparable con la mierda, pero con la mierda en donación, como correspondencia amorosa, porque claro, el niño en esas edades no hace distinción entre genitales y ano. El carácter anal ya de por sí es sexual, pero cuando posteriormente se identifica como sexo diferenciado toma un carácter propiamente sexual, de tal manera que el dinero, aún ateniéndonos a la asociación freudiana, siempre tiene sexo, siempre es sexo. Tiene sexo y tiene que tenerlo en este mundo de la Realidad, porque precisamente la Realidad ha sido fundada y constituida sobre la división sexual como primera separación en clases sociales. En un principio tiene sexo femenino, en el sentido de que el primer dinero de la Historia fueron las mujeres, pero el que detenta el dinero, y sigue representándolo y de verdad teniéndolo, es el hombre, a pesar de las apariencias femeninas de posesión de dinero relativamente secundarios o de los casos –cada vez más abundantes– de mujeres asalariadas que reciben su dinero

mensual en igual medida que cualquier hombre; pero ya hemos dicho antes que no hay relación entre la independencia económica de las mujeres y su dependencia de los hombres. No produce una disolución de esa dependencia la independencia económica de la mujer hacia el varón ni hacia las formas de institución sociales como, por ejemplo, la familia, las cuales en su momento debieron de fundarse sobre la pobreza y la invalidez de las mujeres. Pueden pasar al menos dos cosas diversas, y hasta contrapuestas, que podrían formularse así: ¿No será que la substancia más honda del dinero no sea otra que la propia esencia de la masculinidad y que dinero y hombres son dos nombres de la misma cosa, de tal manera que lo que llamamos independencia económica de las mujeres no sea más que el grado más perverso –por disimulado– de dependencia respecto de los hombres, desplazada hacia el Dinero mismo?. O bien, siendo como fueron las mujeres la primera forma de dinero de la Historia ¿no es entonces claro que una independencia económica de las mujeres hacia los hombres llevaría obligadamente implícita no sólo una independencia económica respecto a ellos, sino también, y quizá en primer lugar, una independencia de ellas respecto a ellas mismas como “Mujer”, o sea como Dinero?. Quizá esta segunda independencia sea la más difícil pero la única que de verdad atacaría de raíz la falsedad del dinero y de paso contribuiría a la disolución de la Realidad que sobre él y por él se ha fabricado.

La cuestión se presenta extremadamente dificultosa y compleja, ya que el dinero mismo se ha constituido en un elemento simbólico y a la vez real de las relaciones más hondas y ancestrales entre las mujeres y sus hombres. No hay que olvidar que las estructuras de la feminidad y la masculinidad están movidas por dos pulsiones bien distintas: a ellas las mueve una secreta *venganza* que, aunque a niveles superficiales aparece

desactivada y desplazada por el amor, el halago y el servicio, no olvida el puntual *cobro de una deuda* sin fin. A los hombres les mueve la *culpa*, la culpa por el sometimiento de las mujeres, la sexualidad masculina parece estar siempre como *pagando* por algo. Es una sexualidad cargada de responsabilidad. Así, entre el pago y el cobro siempre renovados, se columpia, más o menos violentamente, más o menos airosamente, la imposible relación sexual, esa que, aunque no existe, siempre está dando señales.

(Charla alocución de la autora dirigida a los componentes del Seminario de Sociología Crítica reunidos en Madrid en la Librería de Mujeres. Invierno de 1997)

*Este libro se acabó
de imprimir en Sevilla,
en abril de 1999
y es el número 5 de la
Colección Actualidad de la
Fundación Anselmo Lorenzo*

T Í T U L O S P U B L I C A D O S

Víctor García

Utopías y anarquismo

José Luis Gutiérrez Molina

Crisis burguesa y unidad obrera:
el sindicalismo en Cádiz durante la Segunda República

Abraham Guillén

Técnica de la desinformación

El anarcosindicalismo en la era tecnológica

Angel Olmedo Alonso

El discurso anarquista: dos aplicaciones metodológicas

Abraham Guillén

I. Economía autogestionaria / II. Economía libertaria

William Godwin

De la impostura política

Gastón Leval

Práctica del socialismo libertario

León Tolstoi

La insumisión y otros textos

Pedro Kropotkin

El Estado y su papel histórico

Fernando Solano Palacios

La revolución de octubre: quince días de comunismo libertario

Manuel Villar

El anarquismo en la insurrección de Asturias

José Yáñez, Antonio Cerezo y Vicente Espín

Evasión del Penal de Ocaña

T Í T U L O S P U B L I C A D O S

Emma Goldman

Viviendo mi vida (dos volúmenes)

M^a Angeles García-Maroto

La mujer en la prensa anarquista: España (1900-1936)

Abel Paz

Durruti en la Revolución española

Lope Massagué Bruch

Mauthausen, fin de trayecto

Un anarquista en los campos de la muerte

Juan Giménez

De la Unión a Banat: Itinerario de una rebeldía

Durruti 1896-1936

Álbum de fotos (Edición en 5 idiomas)

José Luis García Rúa

Reflexiones para la acción:

una lectura libertaria de la transición
(dos volúmenes)

Ric

Cartel y postal: Lo mujer y las mujeres

Vídeo:

Arte y anarquía

A. Delso

Trescientos hombres y yo

Juan Busquets

Los anarquistas contra Franco: veinte años de prisión

Vídeo:

Durruti en la Revolución española

T Í T U L O S P U B L I C A D O S

VV.AA.

Anarquismo básico: habla la Anarquía

VV.AA.

Mujeres Libres: luchadoras libertarias

EN PREPARACIÓN

Ignacio de Llorens

El último verano soviético

Frank Fernández

El anarquismo en Cuba

Miguel Herberg

Chile 73: la historia se repite
(Álbum de fotos)

Federico Gallo Edo

La raison douloureuse
(en francés)

FUNDACION DE ESTUDIOS LIBERTARIOS

ANSELMO LORENZO

**PASEO DE ALBERTO PALACIOS, 2
28021 Madrid**

Teléfono 91 / 797 04 24 Fax 91 / 505 21 83

Email: <mferna4@roble.pntic.mec.es>

<http://www.ecn.org/a.reus/cntreus/fal/index.html>



- Decir 'no' al Poder, al Estado, al Capital, al Dinero, a la
- Familia, en especial al régimen que hoy padecemos, en el cual
- culminan todos los regímenes de la historia y donde esa labor
- funesta que he descrito se da de la manera más perfecta: en la
- democracia desarrollada, que se funda en la fe en el individuo
- personal; y , por tanto, decir 'no' –y esto es lo más difícil y más
- importante–, decir 'no' a la persona de cada uno, en contra de
- lo que manda la democracia.

- La realidad es necesariamente falsa; por eso precisamente tiene
- que estarse reconstruyendo todos los días: desde la televisión, por
- ejemplo, por boca de los mayores y conformes, en las
- instituciones pedagógicas, en la prensa. Tiene que estarse
- reconstruyendo, demostrando con ello que, si bien es la
- falsificación poderosa, nunca está del todo tan segura de sí
- misma, precisamente porque tiene que estarse cada día
- reproduciendo: “Eso es la realidad, muchacho”, como le puede
- decir un padre típico a sus retoños. “Eso es la realidad”, que
- quiere decir, cuando bien se mira, “Eso es el Dinero”, porque la
- forma más perfecta de la realidad es el Dinero, realidad de las
- realidades, al cual todas las cosas pueden reducirse y con el cual
- se supone que todas las cosas reales –digamos
- redundantemente–, se pueden comprar.

- La primera necesidad del Poder es la mentira, de forma que
- naturalmente quien pretende decir 'no' al Poder, rebelarse
- contra el Poder, está al mismo tiempo obligado a decir 'no' a la
- mentira, a las ideas que os venden: lo uno es lo otro.

ISBN 84-86864-31-3



• FUNDACIÓN ANSELMO LORENZO
• COLECCIÓN ACTUALIDAD/5

9 788486 864316